

Para mi
DESCRACIA
mi jefe



Vega Manhattan

Para mi
DESCRACIA,
mi jefe

Vega Manhattan

Para mi desgracia, mi jefe.

© Vega Manhattan.

1º Edición: Febrero, 2020.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin el previo permiso del autor de esta obra. Los derechos son exclusivamente del autor, revenderlo, compartirlo o mostrarlo parcialmente o en su totalidad sin previa aceptación por parte de él es una infracción al código penal, piratería y siendo causa de un delito grave contra la propiedad intelectual.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personaje y sucesos son producto de la imaginación del autor.

Como cualquier obra de ficción, cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia y el uso de marcas/productos o nombres comercializados, no es para beneficio de estos ni del autor de la obra de ficción.

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

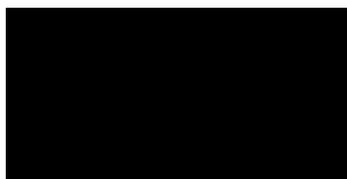
Capítulo 22

Capítulo 23

Epílogo

Iker

Prólogo



—Hola, hermano preferido.

Gemí. Y gemí porque esa frase no podía traerme nada bueno.

—No te voy a “prestar” más dinero.

Entre comillas porque prestar no era la palabra exacta. Prestar conllevaba el hecho de devolver. Y dinero que le dejaba a Lorena, dinero que no recuperaba. Y no es que me importase el dinero en sí, pero ya era hora de que terminase la carrera, que a ese paso se iba a jubilar estudiando.

Mis padres ya no sabían qué hacer con ella y yo... Yo siempre hacía el tonto y terminaba cediendo porque era imbécil y me podía la tonta protección de hermano mayor.

—¿Por qué crees que necesito dinero?

—¿Para qué otra cosa ibas a llamarme si no? —resoplé— ¿Qué ha sido esta vez? ¿Quién te ha cerrado el grifo? ¿Papá o mamá?

Seguramente mi padre, porque mi madre era demasiado blanda con sus hijos. Si su niña necesitaba un año más para graduarse, pues no le veía nada malo. Y si su hija decidía, como hizo dos años atrás, cambiar de carrera, pues ¿qué importaba mientras estudiase lo que de verdad quería? El problema era que de año en año, íbamos por los tres que tenía de retraso.

Increíble pero cierto.

Yo, con su edad, ya había comenzado mi propio negocio y, a día de hoy, mi empresa, Bilmarkt, era la mayor compañía de Marketing y Publicidad de Barcelona.

Había trabajado muy duro, muchas noches sin dormir y un esfuerzo sobrehumano. Pero siempre supe a qué quería dedicarme y no iba a dejar de intentar llegar alto.

Conté con la ayuda de mis padres en el tema económico. Me prestaron el capital inicial para comenzar con mi proyecto y, por fortuna, pude devolvérselo porque todo salió mejor de lo que pensaba.

Mis padres no eran ricos, ni yo tampoco. Pero vivíamos desahogadamente.

Ambos médicos, habían tenido que hacer muchas noches de guardia para mantener a su familia. Y lo habían hecho muy bien, la verdad.

Al menos conmigo, que me había sabido buscar la vida. Mi hermana ya era otro tema.

—Ninguno de los dos, saben que me esfuerzo —puse los ojos en blanco, ¿se esforzaba en qué? ¿En poner al límite la paciencia de cualquiera? —Como tú sabes que eres mi hermano favorito.

—No tienes más hermanos —le recordé.

—Por fortuna para mí —ríe—. Contigo es más que suficiente.

—¿Me llamas para pedirme un favor y me insultas?

Me acomodé mejor en el sofá. Acababa de sentarme en él cuando mi hermana me llamó, había sido un duro día de trabajo y estaba agotado.

—Era un piropo —dijo con voz ofendida.

—Ah... —sonreí imaginando su cara de indignación.

—Iker, sabes que yo no te molestaría si no fuese realmente necesario...

—Aja...

—De verdad que necesito un favor.

Fruñí el ceño al escuchar, esa vez, la preocupación en su voz. Me puse tenso repentinamente. Una cosa era que mi hermana me sacase de quicio, otra muy distinta que yo permitiese que cualquier gilipollas le tocara un pelo de la cabeza sin su permiso.

Y con su permiso pues porque era mayor de edad y me tenía que joder, que si no también repartiría alguna que otra hostia por ahí.

—¿Te ha pasado algo? ¿Tengo que partírtela la cara a alguien?

—¿Qué? ¡¡¡No!!! No que yo sepa, pero te lo diré si es así.

—Me alegro entonces. Que no te haya ocurrido nada, quiero decir. Que no tengas nada que decirme, a eso me refiero —joder, me había puesto nervioso solo de pensar que le hubiese ocurrido algo malo.

—Yo también te quiero —rio—. Pero de verdad que estoy bien.

—Tampoco voy a encubrirte en nada.

—No te pedí eso —resopló.

Como si no lo hubiera hecho antes. Tuve que mentirles a mis padres para que ella se escapase algún fin de semana por ahí con sus amigas. Y, cuando se enteraron, en vez de liarle la de San Quintín a ella, me llevé yo la bronca por ser el mayor y seguirle el juego a mi hermana pequeña.

—Entonces, si no te ocurrió nada, si no necesitas dinero, si no tengo que encubrirte en ninguna locura...

¿Qué era lo que quería de mí? Porque no se me ocurría nada.

—En realidad no es un favor para mí, pero sí es para mí.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Es para una amiga y solo puedes ayudarla tú.

—¿Qué amiga?

—Una muy buena... —esperé.

Y esperé.

Y esperé...

—Lorena... —insistí.

—Y necesito que le des trabajo.

Resoplé. Y lo hice muy fuerte. Porque ya me iba a meter en un lío, estaba seguro de ello.

—¿Qué tipo de trabajo?

—En la oficina, claro.

—Lorena, no tengo puestos vacantes en la empresa.

—Pues te inventas uno.

—Ah, mira qué bien, no lo había pensado... —dije con ironía— Además, no cualquiera entra a trabajar en mi empresa.

Por algo éramos los mejores, era un jefe muy exigente.

—Por eso mismo sé que es la indicada para ella. Es la mejor y podría hacer las prácticas del

máster contigo. ¿Qué mejor currículum que ese? —pues ahí mi ego iba a decir que ninguno, por supuesto.

—Estoy seguro de que la universidad tiene propuestas de empresas interesantes que quedarían bien en su currículum.

—No. Necesita la tuya —qué pesadita con el tema...

—Lorena...

—Iker, ha tenido problemas familiares graves y ha llegado tarde para solicitar plaza en una empresa. Ahora tiene que buscarse la vida y créeme, no es fácil. Joder, es mi amiga, ¿cómo no la voy a ayudar?

—Que tenga problemas y me la quieras encasquetar no ayuda demasiado, Lore.

Lo que yo necesitaba era a alguien que, además de darme quebraderos de cabeza por tener que instruir, tuviera que desaparecer, de vez en cuando, por temas familiares... Resoplé.

—Te aseguro que no te decepcionará. No te lo pediría sabiendo que puede perjudicarte. Además, trabajando contigo, podrá trabajar donde quiera después. Lo sabes.

—¿Estás mirando por tu amiga más que por mi negocio?

—No, porque también miro por ti, te aseguro que será un fichaje del que no te arrepentirás.

—Me estás queriendo endosar una becaria a la que tendré que instruir, no una persona con experiencia. Créeme, no obtendré mucho beneficio de ahí.

—El de hacer feliz a tu hermana. Porque me lo debes, además.

—¡¿Qué demonios te voy a deber yo?! —exclamé.

Sería... Si la que me debía era ella a mí. Y ya había perdido hasta la cuenta de cuánto dinero porque no lo recuperaría nunca y de cuántos favores o de cuántas veces la había sacado de algún lío.

—Por las veces que te he salvado el culo con esas chonis que te atosigaban.

Lo que me faltaba por escuchar...

—No me has salvado el culo en la vida con esas “mujeres” —enfaticé la palabra—. Solo me has destrozado citas. ¿O quieres que te recuerde cuántas?

—En realidad no hace falta, son más de las que imaginas —rio.

¡¿Pero podía tener más morro?! —

Lorena, te voy a colgar después de mandarte rapidito a la mierda —le advertí.

—No, porfa —la risa se le cortó rápidamente—. Iker, de verdad, tienes que hacerme este favor.

Pero ¿por qué, en nombre de Dios, era tan pesada con el tema?

Resoplé, claudicando un poco.

—¿En qué tiene experiencia?

—Pues en nada. ¿Me estás escuchando? —preguntó desesperada— Ha estado estudiando, preparándose como una loca. Termina este año, necesita las prácticas y en ningún lugar mejor que contigo. Las empresas que encontró no la van a formar como lo harías tú. Será la mejor en lo suyo, solo necesita un poco de ayuda. Seguro que después de conocer su trabajo, hasta tú vas a querer incorporarla a tu equipo.

Pues dudaba eso, francamente. Yo exigía demasiado. Aunque también sabía que había que darles una oportunidad a los demás. No habría llegado donde estaba si no me la hubiesen dado a mí en su día.

Mierda, ya iba a claudicar.

—¿Las prácticas en qué, exactamente?

—Marketing e Investigación de mercados.

Vaya... Chica lista... Ya me caía bien por haber elegido el mismo camino que yo.

—No suelo aceptar a becarios.

—Pues haces una excepción —ordenó y yo puse los ojos en blanco.

—¿Y qué gano yo con esto?

—Pues te deberé lo que quieras cuando quieras.

—¿Segura? —enarqué las cejas, porque me lo iba a cobrar y bien.

Me iba a cobrar todos y cada uno de los dolores de cabeza que me había dado.

—Sí —dijo con firmeza.

Suspiré, porque sabía que no podría decirle que no.

A ver, como poder, podría. Pero eso supondría tenerla a todas horas dándome el coñazo hasta conseguir que lo hiciese. Y yo no solo estaba cansado físicamente, también mentalmente. Que mi hermana se convirtiese en un grano en el culo con la cantidad de trabajo que tenía encima no iba a ser algo que pudiese soportar.

Y he aquí todas las excusas que me estaba poniendo para no reconocer que, al final, sin mucho esfuerzo, siempre conseguía de mí lo que le venía en gana.

—Está bien, te ayudaré. Pero me debes un buen favor.

—¡Gracias! —exclamó— No te vas a arrepentir, te lo prometo.

—Ya veremos...

—Ahora júrame que lo harás. Pase lo que pase, mi amiga pasará el próximo año contigo.

Un año... Ni siquiera había caído en eso. Las prácticas de un máster eran de un año.

¿Pero por qué aceptaba antes de pensar en todo?

—Te he dicho que sí —resoplé.

—Necesito que me lo prometas.

—¿Por qué? —pregunté con desconfianza.

—Porque nunca rompes una promesa. Me quedaré más tranquila así.

—Está bien, lo prometo. Palabrita del niño Jesús —dijo con sarcasmo.

—Si es que te adoro —rio, ignorando mi ironía.

—Ahora, dime. ¿Quién es ella?

—¿Por qué?

—¿Porque tendré que saber a quién contrato, quizás? —pregunté en tono condescendiente.

—Oh, tú confía en mí. No te vas a arrepentir. Es una chica muy trabajadora, yo respondo por ella.

Y ya podía torturarla que no me lo diría.

—Está bien —suspiré—. Mañana que se pase por Bilmarkt para preparar el contrato como becaria. Y espero no arrepentirme de esto.

—Te prometo que no lo harás. Gracias, Iker, eres el mejor hermano del mundo —estaba feliz.

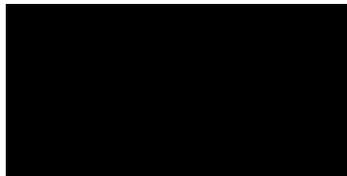
Y yo era gilipollas. No solo había aceptado hacerle el favor, también iba a tener, por primera vez, una becaria. Y ni siquiera sabía quién era.

A saber quién iba a aparecer por la oficina.

Resoplé y me tumbé en el sofá.

Solo esperaba no arrepentirme de todo aquello.

Capítulo 1



—¡¡¡Aliciaaaaaa!!!

Al parecer, este había visto “La isla de las tentaciones” y tenía complejo de Cristófer con su
¡¡¡Estefaníaaaaaa!!!

Con el susto, el contenido de la taza de café que me acababa de servir, se derramó sobre mi ropa.

—¡La madre que lo parió!

Puse los ojos en blanco y resoplé. Acababa de llegar, ni siquiera había soltado el bolso, solo me había dado tiempo a servirme una taza de café a ver si me espabilaba de una vez y enderezaba las cosas.

Pues ya os digo yo que me espabilé de golpe. Continuaba bien el día...

—¡¡¡Aliciaaaaaa!!!

Pues nada, que el hombre de las cavernas no tenía paciencia ninguna.

—Te llama el jefe —rio Patri, una compañera de trabajo que se había convertido, además, en una amiga.

—No me había dado cuenta —dije con ironía en la voz.

Patri se había acercado a mí con un par de toallitas para que pudiese limpiar el desastre. Poco iba a limpiar cuando la mayoría del contenido del vaso se escurría entre mis pechos. Menos mal que no estaba demasiado caliente, porque entonces...

—¡¡¡Luc...!!!

—¡Que ya voy! —lo interrumpí a grito pelado.

Siempre intentaba mantenerme calmada y guardar la compostura, al menos de cara a la gente porque en privado no me cortaba ni un pelo si tenía que mandarlo bien lejos. Pero esa mañana no estaba ayudando.

Escuché las carcajadas de algunos de mis compañeros y suspiré pesadamente. Si es que con ese hombre no se podía, terminaba con la paciencia de cualquiera.

Al menos con la mía, porque, al parecer, era la única con la que se comportaba de ese modo. ¿Qué había hecho yo para merecer eso?

Nada, os aseguro que nada. Solo respirar, lo que ya parecía enfadarle sobremanera.

Maldije un par de veces y caminé hasta su despacho, todavía con mi bolso colgado en el hombro.

Refunfuñé un buenos días a Josefa, su secretaria, quien no dejaba de reír, abrí la puerta de su despacho de par en par (con este dato podéis imaginaros cuánto gritó cuando se enteró toda la oficina de que me estaba llamando) y entré como un torbellino.

—¡Pero se puede saber qué quiere?! —exclamé, desesperada y enfadada, tras cerrar de un portazo que debió de resonar en todo el edificio.

Y es que, en ese momento, a mí me importaba poco que fuera mi jefe. Yo no tenía paciencia, no tenía ninguna en absoluto. No la tenía por naturaleza y, menos aún, la tenía ese día. Y ya ni os cuento con él.

Estaba siendo una semana muy pesada, me sentía agotada y de lo único que tenía ganas era de que terminase y pasarme el fin de semana en mi sofá, comiendo helado y viendo películas románticas de las cutres en la televisión. Y cuanto más cutres, mejor, porque esas eran las que me hacían llorar a moco tendido.

Estaba muy estresada con el proyecto. Y aunque después volviese a enfrascarme en el trabajo, pero, al menos, una noche para mí, porque esa era la única manera que conocía para relajarme.

Bueno, esto no era del todo cierto. Había una manera mejor, o al menos eso era lo que recordaba. Pero como ningún tío era capaz de proporcionarme lo que necesitaba, pues mejor olvidar que a ese paso me iban a salir telarañas y que mi próximo amante, cuando existiese, iba a tener que usar una radial para poder abrirse hueco ahí. Y no, no era exagerada. Porque ¿cuánto hacía ya?

Mejor ni pensar en eso o me iba a poner de más mala leche.

Con el enfado mañanero, mi pecho subía y bajaba rápidamente. Lo miré y maldije porque no se me hubiese ocurrido traer otra taza de café conmigo y haberle vaciado el contenido sobre su hermosa cabeza.

Porque las cosas como son, era insoportable. Un incordio, un grano en el culo, más molesto que una mosca cojonera, pero tremendamente atractivo. Hasta yo tenía que reconocer eso.

Os explico por encima...

Metro noventa, lo que venía siendo un gigante cuando yo apenas medía un metro sesenta y cinco, así que agradecía que la mayoría de las veces él estuviese sentado en esa silla y yo de pie, frente a él. Así no me dislocaba el cuello.

Su pelo era un desastre, siempre lo era. No había un día en el que viniese peinado. Y tenía la maldita costumbre de ponérselo aún peor cuando estaba nervioso con tanto meneo que se daba.

Es decir, siempre.

Le quedaba bien, para qué negarlo. Un moreno de ojos grises, de rasgos marcados y duros que hacía babear a cualquier tía que lo mirase.

Menos a mí, porque si babeaba, era por haber vomitado antes.

Era todo lo atractivo que os podáis imaginar, de esos que parecen actores de cine, pero no nos soportábamos, esa era la realidad.

Porque todo lo que tenía de guapo y sexy, porque sí, también lo era, lo tenía de gilipollas.

Empecé en esa empresa porque conocía a su hermana, éramos buenas amigas desde hacía unos años. Y, siendo sincera, estaba allí como enchufada.

De eso hacía ya once meses. Pero once meses que parecían once años. Qué largo se me estaba haciendo mi tiempo como becaria allí.

Maldito el día en que firmé ese contrato, porque ya no me quedaba más remedio que cumplirlo.

Lorena nos la había jugado bien a los dos, así que además de por contrato, le habíamos dado nuestra palabra de que llegaríamos hasta el final.

Cada vez que recuerdo cuando me di cuenta de dónde paró el taxi ese día y cómo Lorena me agarró antes de que echara a correr...

Porque ella sabía que su hermano y yo no nos llevábamos precisamente bien. Y la muy capulla nos había montado una encerrona.

El cavernícola se acomodó mejor y continuó mirándome con el ceño fruncido.

Yo, en otro momento, me habría quedado ahí, esperando a que soltase la estupidez del día, porque era lo único que salía por esa boca.

Pero no estaba el horno para bollos.

Me había levantado esa mañana golpeándome el dedo pequeño del pie con la mesilla de noche, señal evidente de que el día no iba a ser muy bueno. Maldije hasta en idiomas que no sabía que conocía y fui hasta la cocina, llorando por el dolor. Y, para mi desgracia, descubrí que la cafetera no funcionaba. Le propiné algún que otro golpe, ¿no se arreglaban, a veces, así las cosas? Pues no, esa era una de las que no.

Y si golpeaba la cabeza de mi jefe, ¿se arreglaría?

En resumen, lo de la cafetera era lo peor que podía pasarme. Yo, sin mi dosis de café recién despierta, sin ese momento en el que me sentaba en el sofá, miraba por la ventana al todo y a la nada con cara de estar matando en mi mente a alguien cuando, en realidad, solo estaba intentando despertar a mi cerebro... Sin ese momento, podía convertirme en el ser más peligroso de la tierra.

No necesitaba mucho para ponerme de mal humor...

Me di una ducha rápida, más que nada porque el agua comenzó a salir fría y, para colmo, el metro se retrasó.

El metro de mi ciudad era perfecto, siempre puntual. Pues nada, el universo se había propuesto que ese día nada funcionase como debía.

Lo único bueno es que llegué al trabajo a tiempo. ¿Lo malo? Seguía sin mi dosis de café.

Al menos en vena, porque en mi ropa y en mi cuerpo sí que llevaba algo.

Él me observó el rostro, y lo que no era el rostro, lo que venía siendo darme un repaso de arriba abajo (¿a qué demonios venía eso?), tranquilamente y yo tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para controlar mi lengua. Algo que no solía lograr porque él no ponía demasiado de su parte.

Enarcó las cejas cuando, mientras volvía la mirada hacia arriba, se detuvo en mis pechos y me miró rápidamente a la cara.

Apretó la mandíbula y yo, para mi sorpresa y desgracia, tuve que esforzarme para no apretar mis piernas.

Tenía que ser la falta de café, porque no podía ser que ese ser que tan mal me caía me hubiese excitado.

La falta de café y la falta de sexo de los últimos meses.

O años... Ya había perdido hasta la cuenta.

—Llegas tarde —cómo no, sonaba enfadado. Y gilipollas.

Espera... ¡¿Qué?!, exclamé mentalmente.

Salí de mis tontos e irracionales pensamientos en milésimas de segundos. No, ese idiota no provocaba ese tipo de efecto en mí. Provocaba de todo menos eso.

No abrí la boca y dejé que la mandíbula rozara el suelo de milagro. ¿Para eso tanto?

—Llegué a mi hora —*obseso de la puntualidad*, refunfuñé para mí misma.

Lentamente, porque parecía ser que él todo lo hacía de esa manera y yo estaba segura de que era una táctica para volverme loca, miró su caro reloj que llevaba en la mano derecha y negó con la cabeza.

—Llegaste dos minutos tarde.

Señor, dame paciencia...

—Fiché a mi hora.

—Pues ficha antes —gruñó—, aquí arriba debes de estar a las nueve en punto.

Maldito idiota.

Tuve que coger aire y llenar mis pulmones. Por Dios, tenía que calmarme y controlarme y...

¿Me había mirado, de nuevo, los pechos?

Pestañeé, incrédula.

No, no, no...

Él me odiaba, nunca me miraría así. Todo era la falta de cafeína, me estaba provocando hasta alucinaciones, así de adicta era a ella. Menos mal que no tomaba otro tipo de drogas, porque a saber lo que podría imaginar yo con un mono de esas características.

—¿Algo más, señor Vidal, o puedo comenzar con mi trabajo?

Dios era testigo de lo que me costaba comportarme como debía, pero tenía que hacerlo. Sobre

todo por mantener mi salud mental.

Ese hombre no me soportaba, eso lo sabía todo el mundo. Pero tenía que aguantarme, como yo a él. Solo un poco más...

Después de eso y de la gran ayuda que habría significado para mi currículum, podría buscar un buen trabajo. Lejos de ese ogro.

Porque ni loca se me pasaba la idea por la mente de permanecer más tiempo en ese lugar. Y no era porque no me sintiera bien con mis compañeros, porque todos me habían tratado muy bien. Siempre ayudándome, les había cogido mucho cariño y había hecho buenos amigos. Sino porque mi jefe era...

Además, que él tampoco...

Pues en fin, que no.

Me giré para marcharme, sin esperar su respuesta. Si estaba de mal humor, como siempre, yo no sería, ese día, su diana.

En ese momento llamaron a la puerta y el abogado de la empresa entró sin esperar a que le diesen paso.

—Vaya... —sonrió al verme— Buenos días, Alicia.

—Buenos días, señor Herrera —sonreí, mi mal humor desapareciendo por completo.

Ese hombre era un encanto. No solo alto, guapo, elegante, sexy, simpático, casi perfecto... Sino que también era alegría en estado puro.

Y un buen candidato para quitar telarañas.

Joder, Alicia, ¿tan necesitada estás?, me pregunté a mí misma.

Pues sí, la verdad era que sí. Más de lo que quería admitir.

El abogado se acercó a mí y estrechó mi mano.

—Ángel, Alicia. Me llamo Ángel —me guiñó un ojo, pidiéndome, como siempre, que lo tutease. Me miró el pecho, carraspeó y sonrió al mirarme a los ojos, ignorando el gruñido de mi jefe—. ¿Qué te ha pasado? —preguntó un poco incómodo.

—Nada, un energúmeno que, por desgracia, no se queda afónico —sonreí.

Escuché cómo mi jefe refunfuñaba por lo bajo y reí cuando Ángel también lo hizo.

—¿No es hora de que vayas a trabajar, Alicia? —gruñó mi jefe, de peor humor que el mío, al parecer.

Ni siquiera me giré a mirarlo, pero no pude evitar poner los ojos en blanco.

—Que tengas un buen día, Ángel—suspiré y me encaminé hasta la puerta.

—Créeme, ya lo tengo —una sonrisa en mi cara ante el coqueteo en su voz.

—Pues a ver si contagias un poco al neandertal —abrí la puerta, salí y la cerré de un portazo.

No era fácil con ese hombre tener paciencia.

Resoplé y dejé que Josefa riera de nuevo. Se levantó, con unos papeles en la mano y me

señaló el teléfono cuando sonó. Me pedía que le hiciese el favor de contestar mientras ella se marchaba.

No dudé en hacerlo. Al fin y al cabo, tenía experiencia en ello. Habían sido mis inicios. Porque lo primero que hizo mi jefe fue enseñarme a ser secretaria, hasta que le demostré que podía servir para más que coger llamadas, prepararle su café y seguirlo como un perrito faldero.

Me costó bastante tiempo, pero un día, en una de las reuniones, di mi visión, menos mal que acertada, sobre unas mejoras en uno de los proyectos que discutían.

Desde entonces, trabajaba en lo que me gustaba.

Cuando me dejaba y no me llamaba para estupideces, claro.

—Buenos días, dirección de la compañía Bilmarkt, ¿en qué puedo ayudarle?

—Hola... ¿Con quién hablo?

—Soy Alicia Montero, asistente ejecutiva de Bilmarkt, ¿en qué puedo ayudarla? —repetí la pregunta.

—Necesito hablar con Iker.

Así que Iker. Y una mujer...

El casanova de mi jefe manteniendo su reputación. No era, precisamente, lo que necesitaba para que mi humor se agriase aún más.

—Lo siento, el señor Vidal no puede atenderla en este momento. No se encuentra en la oficina —mentí.

Porque estaba. Y poder, podía, pero no me daba la gana de pasarle la llamada. Por capullo.

—¿No está? —*no, ya te dije que no...*

—Pues no, lo siento.

—¿Y se puede saber dónde está?

¡Tendría morro la tía! ¿A ella qué le importaba? ¿O es que acaso era su pareja y yo no sabía nada? Claro que tampoco era algo de mi incumbencia, pero era extraño que no me hubiese enterado de que el casanovas al que toda la familia quería ver comprometido con alguien, lo estuviese y que Lorena no me hubiese dicho nada.

A lo mejor ni ellos lo sabían.

—Lo siento, señorita, pero eso es información confidencial que yo no puedo facilitarle.

—Lo entiendo. Pero discúlpeme —pues eso sonaba a que no lo entendía— y espero que me entienda —pues como la entendiera como ella a mí...— Yo no soy una cualquiera —ah, ¿no? *¿Entonces quién eres?*, me pregunté a mí misma— Hoy es jueves —sí, hasta ahí había llegado yo...— Verá, nosotros siempre nos vemos los jueves— ¿Tenía mujeres predefinidas para cada día de la semana? Yo flipaba en colores—. Y hoy aún no tuve noticias de él —*será porque aún son las nueve de la mañana*, pensé irónicamente. Esa mujer estaba muy necesitada, ¿no? Más que yo, al parecer. Y eso era mucho decir— Necesito saber... —carraspeó, incómoda. Normal porque ¿a

mí qué demonios me importaban sus citas? Pues mucho, al parecer, porque me puso de peor humor la llamada— Era por saber si lo veía esta noche, me preocupa que aún no me haya llamado. ¿Le podrías dejar un mensaje de mi parte? —pues sí, muy pero que muy desesperada.

—Verá, señorita...

—Soy Tamara.

—Tamara... —como si me importase su nombre... Miré la puerta del despacho de mi jefe y me puse de más mal humor aún, si es que eso era posible. Entonces se me iluminó la bombilla. Imbécil, iba a acordarse de mí...— En confianza le digo que no sé si lo verá hoy. Ni en un buen tiempo.

—¿Y eso por qué? ¿Ocurrió algo? —la preocupación en su voz.

—No, pero yo de usted, no lo haría.

—No la entiendo...

—Le digo esto porque soy mujer y me preocupo por nosotras. Pero me puedo meter en un lío y... —terminé fingiendo que se me apagaba la voz por el miedo a que pudiese perder mi trabajo.

—No, tranquila, nuestro secreto estará a salvo, pero no me deje con la duda, ¿qué ocurrió? —sí, estaba muy preocupada.

Y la pobre no tenía culpa de nada, pero yo a ese imbécil se la tenía que devolver de alguna manera. Y esa era la oportunidad perfecta.

—Es demasiado personal, no sé yo...

—Por favor —casi rogó—. Si le ocurre algo a Iker, yo debería de saberlo, se lo aseguro.

La pobre estaba locamente enamorada por un tío al que solo veía los jueves y que no se iba a comprometer con ella, como no lo hacía con ninguna, en la vida.

Pobre ilusa. En realidad también iba a hacerle un favor a ella, merecía alguien mejor que un hombre así, como el capullo de mi jefe.

—Verá, el señor Vidal no vendrá a trabajar hoy, tiene cita en el urólogo —carraspeé.

—¿En el urólogo? —preguntó extrañada.

—Sí... Unas verrugas genitales creí entender... No sé bien qué significa eso, pero... No suena bien, ¿verdad?

—¡Oh, Dios mío! —exclamó, horrorizada y colgó la llamada.

Sonreí. *Que te jodan, jefe. Te quedas sin tu cita de los jueves por joder aún más mi mañana.*

—¿Verrugas genitales? —Josefa apareció y me miró con las cejas enarcadas.

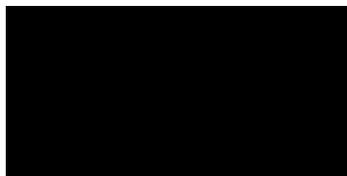
Me encogí de hombros.

—Es lo que tiene cuando no me dan mi dosis de caféina matutina.

Su secretaria soltó una sonora carcajada. Y yo, con toda la tranquilidad por haberlo jodido de alguna manera, fui a servirme otro café, a ver si mientras el abogado de la empresa lo entretenía, yo podía ser, por fin, persona y marché hacia mi despacho.

Me senté en mi sillón y suspiré tras darle un sorbo al café. Tenía que confiar en que el día no podía ir a peor.

Capítulo 2



Miré cómo desaparecía por la puerta y no sabía qué era lo que me había puesto de peor humor. Si llegar esa mañana y ver que aún no estaba allí, algo que me provocaba una úlcera y no entendía por qué. O la familiaridad que tenía con Víctor y que, sin entenderlo tampoco, me sentaba como una patada en los testículos.

Le había sonreído mientras a mí me había gritado como la energúmena que era siempre conmigo.

Cuando había entrado en la oficina, con esa cara de enfado, con la ropa manchada de café y con ese escote del que un poco más y no puedo despegar la vista, ya me había tranquilizado. Era como si ya pudiese sentirme mejor al ver aparecer a la mala pécora en mi despacho.

Ya la tenía cerca, ya podía relajarme un poco. Y eso, a su vez, me enfadaba. Así que vivía en una constante mala hostia por su maldita culpa.

Y eso había sido así desde el momento en que descubrí que mi hermana nos la había jugado a los dos.

Algún día se la devolvería a la lianta de Lorena.

Porque hasta ese momento había logrado evitar a la chiflada, pero trabajando conmigo era imposible.

Aun así, me sentí tranquilo al verla, allí, enfadada, frente a mí. Me habían entrado ganas de sonreír, me encantaba volverla loca. Era con lo que más disfrutaba en el mundo. Pero había tenido que aparecer Víctor cuando mejor me lo estaba pasando y ponerme, de nuevo, de mal humor.

—Joder, no sé cómo lo soportas —se dejó caer en la silla, frente a mí y suspiró.

—¿Cómo soporto qué? —porque había muchas cosas que no soportaba en ese lugar.

A Alicia, por ejemplo.

Y a la falta de Alicia aún menos.

—Tenerla cerca y que no se te pongan morados.

Enarqué las cejas, comentario fuera de lugar. Desafortunado e incierto porque, para mi desgracia, sí se me habían puesto así más de una vez. Cada vez que la llevaba al límite de su paciencia.

Lo que venía siendo casi siempre.

—No seas imbécil —gruñí.

Víctor era un gran amigo, pero en ese momento me estaba cayendo bastante mal.

—El imbécil eres tú si aún no te has fijado en la mujer que tienes cerca. Pero mejor para mí.

—¿Mejor para ti? —no quería que la pregunta sonara a amenaza, pero no pude evitar que ocurriera.

—¿Tienes algo con ella? —elevó sus cejas.

—¡Claro que no! —exclamé. Al menos fuera de mi mente— Trabaja para mí, nada más.

Yes la mejor amiga de mi hermana.

Y no la he soportado nunca.

Yes... ¡Inaguantable!

Y siempre me lleva al límite.

En todos los sentidos.

—¿Y fuera del horario laboral? —insistió.

—No mantengo relaciones con mis trabajadoras —le recordé.

—¿Entonces ningún interés?

¿Y a él qué le importaba de ser así?

—¿Qué demonios quieres saber, Víctor? —mi mal humor estaba rozando niveles extremos.

—Si hay algún problema en que le pida salir.

Me acomodé mejor en la silla y lo miré fijamente. De verdad que era un buen amigo. No solo un gran abogado en el que confiar, también un gran hombre. No era un mujeriego, aunque, de haber sido así ¿quién era yo para criticar eso si siempre andaba de flor en flor?

Víctor podía tener una lengua muy larga y hacer comentarios que podían estar fuera de lugar, pero era el típico hombre asentado, con un trabajo, una casa, unos ideales y en búsqueda, desde siempre, de formar una familia.

Un gran tipo, sin duda, eso no podía negarlo. Pero no lo que Alicia necesitaba.

¿Y qué puedes saber tú de lo que Alicia necesita?

Odiaba las voces de mi cabeza...

Pues no lo sabía, no con certeza, pero podía imaginarlo. La conocía un poco, al menos su parte más insoportable. Y necesitaba un hombre que pudiese con ella, que la retase y que supiese entender su carácter explosivo. Un hombre que entendiese que no tenía que cambiarla en ese sentido, porque ella era así, una bomba de relojería. Y eso era lo que más tenía que gustar de ella.

Ella necesitaba otra cosa. No un tío como Víctor. El pobre era demasiado...

Demasiado...

Ella terminaría con él en la primera cita. Se lo iba a comer con papas. Mi amigo era demasiado tranquilo y educado. Eso solo conseguiría alterarla aún más a causa del aburrimiento.

Porque un hombre así la aburriría, estaba seguro de eso.

—¿Me estás pidiendo permiso?

—En realidad no. Pero me gustaría contar con tu aprobación.

—Ya sabes lo que pienso sobre las relaciones entre los empleados.

—Y como abogado de esta empresa que soy, sé que tampoco hay ningún castigo si llegase a ocurrir.

—Tal vez deberíamos cambiar eso —refunfuñé.

—Técnicamente, tampoco me afectaría —sonrió—. No soy, en sí, tu empleado.

—¿Entonces para qué demonios me preguntas mi opinión?

Si tan claro lo tenía todo...

—Porque me ha dado la impresión de que podría molestarte.

—No sé de dónde sacas eso —y no sabía por qué mierda tenía razón, me estaba molestando y mucho.

—Entonces mejor —sonrió ampliamente. Y yo quise estamparle el puño en la cara—. Espero que ella acepte.

Espero que no...

Aunque tampoco tendría que preocuparme tanto. Ella no duraría más de dos citas con él, se aburriría pronto.

En realidad no debería de preocuparte porque no es nada tuyo.

Maldita mente, pero volvía a tener razón.

Alicia era mi empleada, alguien que me hacía disfrutar, aunque ni ella lo supiera, mientras la sacaba de sus casillas. Me hacía sonreír, pero nunca se lo reconocería.

Además de eso y de algunas incómodas reacciones que había sufrido por su causa y en las que podía haberme quedado eunuco de por vida, nada más.

Y nada menos...

Era una becaria tocapelotas.

Pero también era la única persona que le ponía un poco de sal a mi sosa y aburrida vida.

—¿Has venido aquí solo para eso? —estaba siendo de lo más desagradable, pero no pude evitarlo.

Antes de que pudiese contestarme, sonó mi móvil. Un mensaje de Tamara.

Mierda, era jueves y lo había olvidado. Además, no estaba de humor para ver a nadie esa noche, como casi no lo estaba últimamente. Por eso venía poniendo excusas continuamente, pero ese día aún no había pensado en si quedar o no.

“Espero que lo de las verrugas genitales no sea lo que estoy pensando... Maldito idiota, te quiero, pero ¡no vuelvas a llamarme más!”

Releí el mensaje porque seguramente no había entendido bien...

Pero sí, era precisamente eso lo que ponía.

—¿Ocurre algo? —miré a Víctor, quien mantenía los ojos en mí, preocupado, seguramente, al observar mi rostro.

—Dame un segundo...

Me levanté, con el móvil en la mano y salí del despacho. Mi secretaria estaba ordenando algunos papeles y me miró.

—¿Necesita algo, señor Vidal?

—¿Ha llamado alguien preguntando por mí?

Ella carraspeó y miró a todos lados menos a mí.

—No lo sé —dijo finalmente—. Fui a por unos papeles.

Pero una sonrisa se le formó, seguro que involuntariamente, en sus labios.

Cualquiera habría imaginado que había sido ella, pero yo sabía bien que no. Josefa era una gran persona, una gran secretaria. No sería capaz de algo así.

Pero sabía quién sí.

—¿Fue esa loca? —la contención en mi voz.

Porque ¿quién más podía haber sido? Si la única persona que se había acercado allí, era ella. Y sería la única que se atrevería a coger el teléfono de mi secretaria.

Blanco y en botella.

—Yo... Tengo mucho trabajo.

La estaba protegiendo, como siempre. Como hacían todos. Porque todos y cada uno de los trabajadores de esa empresa la adoraba. Claro que no conocían su lado viperino como yo.

Que también la adoraba, pero no de esa manera. Porque no era el ser angelical que todos creían, conmigo era un demonio.

Porque yo la provocaba, también, pero no era el tema.

Crucé la pequeña estancia que separaba mi despacho del de ella, donde trabajaba Josefa y abrí la puerta de su oficina sin llamar.

Del susto que se llevó, el vaso de café salió volando. Madre mía, la que había liado...

—¡Joder! —exclamó. No perdió el equilibrio y se cayó de la silla de milagro. Claro que lo tendría bien merecido, de ser así, por tomarse el café tranquilamente con los pies sobre la mesa—
¿Pero qué es lo que le pasa?

Se levantó rápidamente, no por ello sin darme tiempo a admirar bien sus piernas y comenzó a maldecir como un camionero cuando se miró la ropa, porque todo el contenido del vaso se había derramado sobre ella.

Cerré la puerta de un portazo al escuchar que Víctor venía y me acerqué lentamente a ella.

Estaba que echaba humo, pero yo no menos.

Le enseñé el móvil y lo moví algunas veces, llamando su atención. Algo que no resultó porque

estaba bastante dedicada a limpiarse el café de su pecho con las toallitas que había sacado de su bolso. Y por Dios que no iba a ponerme de mejor humor que hiciese eso, notaba cómo comenzaba a apretarme el pantalón.

No era el mejor momento para tener una erección, joder.

—¿Qué es esto? —gruñí, enfadado con ella y enfadado también conmigo mismo por reaccionar de esa manera.

Levantó la mirada, me habría asesinado si hubiese podido.

—¿Un móvil?

Puse los ojos en blanco por su sarcasmo.

—Qué inteligente —la ironía, también, en mi voz.

Cogió más toallitas y siguió limpiándose el café que aún mojaba su piel.

No sería así como yo se lo limpiaría...

Mierda, no sigas por ahí, Iker, me regañé. El pantalón se sentía más tenso de la cuenta.

—Joder —gruñó al ver que no podía arreglar el estropicio. La verdad era que no mejoraría a no ser que se duchase y que se cambiase de ropa.

Morados. Morados se me iban a poner por culpa de esa loca.

—¿Verrugas genitales?

Me miró rápidamente y suspiré de alivio al notar cómo mi pantalón comenzaba a apretar menos. Cómo no hacerlo con esas palabras.

—¿Perdón? —se estaba haciendo la tonta, pero tuvo que morderse el labio para, por lo que podía suponer, no soltar una carcajada.

Yo se lo mordería por razones muy diferentes...

—¿No tenías otra manera de joderme que inventarte una posible enfermedad sexual? Que digo posible —gruñí—. Si hablas de verrugas ¡es porque ya la tengo!

—Yo no... —abrió los ojos de par en par, con la mano en el corazón, haciéndose la ofendida.

La miré detenidamente, intentando acojonarla de algún modo para que lo reconociera. Pero ella actuó como menos esperaba.

Soltó una carcajada. Por primera vez en esos meses, se rió conmigo. Más bien de mí. Lo que debería de enfurecerme y, sin embargo, solo consiguió excitarme aún más.

No podía creerlo...

—No me voy a disculpar —dijo entre risas, limpiándose las lágrimas de los ojos.

—Pues deberías —aunque no esperaba que lo hiciese—. Soy tu jefe, no sé si lo recuerdas, hay cosas que no voy a pasar por alto. Y esto —continué cuando quiso replicar—, meterte en mi vida personal, no es algo que esté dispuesto a consentir.

No, al menos, de esa manera.

—Pues ya sabe lo que tiene que hacer —se encogió de hombros, dejó las toallitas manchadas

de café sobre su escritorio y me miró, desafiante.

¿Me estaba retando?

Oh, sí, lo estaba haciendo.

Cualquiera la habría echado ya a la calle. Claro que yo no era cualquiera, para mi desgracia más que nada. Y no podía romper la maldita promesa ni el jodido contrato.

—¿Y qué es lo que tengo que hacer, según tú? —me acerqué más a ella, rodeando el escritorio.

—Usted es el jefe, ¿no? —caminó hacia atrás todo lo que pudo, hasta que llegó a la pared. Maldijo por lo bajo al sentirse acorralada, porque yo ya estaba casi encima de ella.

Y no se me iba a escapar.

Esa vez se había pasado tres pueblos y esa loca no iba a irse de rositas.

Para que no se moviera, puse mis manos a cada lado de su cabeza. Noté el asombro en sus ojos y el nerviosismo en su cuerpo. Nunca habíamos estado tan cerca el uno del otro y mis zonas bajas comenzaban, de nuevo, a despertar. Esa vez con más fuerza.

No sabía qué tenía esa mujer, pero me volvía loco.

Guapa era. Hermosa en realidad. Unos rasgados ojos verdes, una pequeña y delgada nariz y unos labios que madre del amor hermoso, ¿cómo sabrían?

Era de estatura normal, ni muy delgada ni rellenita. Perfecta en proporción, con buenas curvas y con unos pechos que...

Por todo esto siempre me ponía de mal humor.

—¿Sabes qué es lo que me gustaría hacer, Alicia? —no pude evitar que mi voz sonase ronca.

Y aunque pensase soltarle una burrada como en plan “azotarte” o “taparte esa bonita boca”, maldije por el tono excitado de mi voz.

—No —carraspeó, nerviosa. Miró mis labios y lamió, inconscientemente los suyos. Estuve a punto de gemir. ¿No le era tan indiferente como yo pensaba?—Pero sí sé lo que debería hacer —me miró, desafiante. Aunque temblase. Y no era por miedo, era por mi cercanía.

Interesante...

No habría pensado...

Ella me odiaba, ¿no? Y con razón, además.

—¿Y es...? —acerqué nuestros rostros un poco más. Podía notar su aliento, el olor a café.

—Separarse de mí si no quiere terminar, de verdad, en el urólogo por la patada en los huevos que estoy a punto de darle.

Abrí los ojos de par en par por su respuesta y estuve a punto de soltar una carcajada. Tenía una lengua viperina que me divertía como no se podía imaginar.

Me separé de ella lentamente, viendo cómo tragaba saliva porque continuaba nerviosa y la miré de arriba abajo, deteniéndome en sus pechos.

—Deberías ir a cambiarte de ropa —fui hasta la puerta y puse la mano en el pomo—. No me gusta que mis empleados se vean... —le di otro repaso— Así —abrí la puerta, evitando sonreír porque, por su rostro, sabía que estaba a punto de echar humo—. ¿Quieres que te acompañe? —pregunté, burlón.

—¿Acompañarla dónde?

Joder, maldito fuera Ángel. Entró en el despacho de Alicia y nos miró a los dos, inquisitivamente.

—Debería ir a arreglar este estropicio —ella señaló su ropa.

—Claro... —carraspeó mi amigo, quien, tras mirarme más detenidamente de lo que debería, volvió a posar sus ojos en ella— Yo me iba ya, no me importaría acercarte.

—No —dije rápidamente.

¿Qué demonios tenía que ver él en eso?

¿Iba a aprovechar el momento para invitarla a salir?

Joder, iba a golpear algo. O mejor a alguien. A ese imbécil que consideraba mi amigo. Sí, podía romperle la nariz y adiós a mi mal humor.

—No quiero ser molestia —dijo ella, educadamente, ignorando mi negativa.

Cuando conmigo era la bruja mayor.

—No es ninguna molestia. Te cambias y te devuelvo sana y salva.

—¿Tú no habías venido para hablar conmigo?

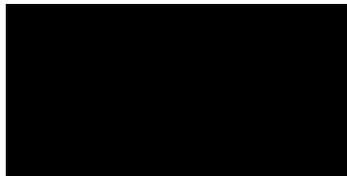
—No, solo vine para saludar —Ángel enarcó las cejas—. ¿Alguna objeción en que la acompañe? —me estaba poniendo a prueba, lo sabía.

La miré, su cabeza levantada en un gesto desafiante. Dios, aún estaba alterado por lo cerca que la había tenido. Negué con la cabeza.

—No tardes, ya has perdido demasiado tiempo hoy —me fui de allí sin ni siquiera esperar a ver cómo se marchaban.

Estaba de más mal humor que nunca.

Capítulo 3



—¡Mamá! ¡Papá! ¡Lore!

—¡Es Iker! —gritó Lorena levantándose, rápidamente, de la cama.

Me había hablado en varias ocasiones de su hermano mayor. Lo adoraba y lo idolatraba y, por fin, iba a conocerlo.

Con lo que me había contado Lorena y sabiendo a lo que se dedicaba, la verdad era que tenía muchas ganas.

—Corre, ¡ven! —exclamó mi amiga.

La seguí escaleras abajo. Ese día habíamos quedado en su casa para estudiar y eso estábamos haciendo hasta que su hermano nos interrumpió.

Mientras bajaba las escaleras, vi cómo saludaba a su hermano, ella con una sonrisa de oreja a oreja. Él revolviéndole el pelo, también sonriendo.

Apenas habían cruzado dos palabras cuando su mirada se posó en mí. Inquisitiva.

Y Dios mío, un poco más y se me cae la baba con ese hombre. ¿Los hombres como él existían?

—Menos mal que viniste, tenía ganas de que por fin la conocieras —dijo Lorena, sacándome de mis absurdos pensamientos. Me acerqué a ellos, viendo cómo la expresión de él se endurecía con cada paso que daba. Me puse un poco nerviosa, extrañada por su cambio de actitud. Pero, a lo mejor, solo bromeaba, ¿no?— Ella es Alicia, la amiga de la que te hablé. Él es Iker, mi hermano favorito —Lorena, como siempre, derrochando alegría.

Sonreí, nerviosa y retorcí mis manos. Un poco intimidada por su mirada y un poco alucinada porque era... Perfecto.

Claro que tenía que habérmelo imaginado porque Lorena también era guapísima.

Pero su hermano, el famoso publicista, era... Algo más.

—Un placer conocerlo —le ofrecí la mano, sin saber si debía de saludarlo así.

Él enarcó las cejas, miró mi mano y la ignoró.

—Iker... —la voz extrañada de Lorena.

—Será mejor que me vaya.

Y dicho y hecho. Se marchó sin decir adiós.

—No entiendo nada —Lorena estaba alucinando y yo aún más.

Desde ese momento, nos habíamos encontrado en un par de ocasiones más y el poco tiempo que permanecía cerca, se comportaba como un gilipollas borde y cortante. Así que supe, desde siempre, que no era santo de su devoción.

¿Por qué? Nunca lo había sabido. Pero le hice la cruz. Si él se comportaba como un gilipollas, yo no iba a ser menos.

Así que podéis entender ahora por qué estuve a punto de echar a correr cuando Lorena nos unió laboralmente a los dos.

Discutí con ella después de eso, le pregunté sus razones, pero solo decía que confiase en ella, que sería lo mejor para mi futuro.

Eso lo sabía, era la mejor empresa de la ciudad. Pero...

No era lo mejor para mi salud mental.

Porque me había preguntado muchas veces, mirándome al espejo incluso, qué había de malo en mí para que un hombre que no me conocía, me tratase de esa manera.

Con el tiempo aprendí a aceptarlo y desde que trabajaba con él, dejé que mi furia saliese.

Él me provocaba, pues allá él con las consecuencias.

No me gustaba, las cosas podían haber sido diferentes, pero...

Él no lo había querido así. Él, simplemente, me odiaba.

—¿Te encuentras bien?

Giré mi cabeza para mirar a Ángel. Desde que me había montado en el coche y le di la dirección de mi casa, había estado en silencio, mirando por la ventanilla.

Recordando ese primer encuentro.

—Sí, lo siento. Solo estaba pensando —se estaba portando muy bien conmigo y estaba comportándose como una desagradecida.

—Nada que sentir —sonrió tras mirarme rápidamente y volver su mirada a la carretera—. Solo espero que te sientas cómoda conmigo.

—Ningún problema contigo —sonreí, era la verdad—. Es solo que ese energúmeno me saca de mis casillas.

—¿Iker? —rio— Si te digo la verdad, es la persona más tranquila que conozco.

—¿Estamos hablando del mismo hombre? —abrí los ojos de par en par— Yo me estaba refiriendo al neurótico de mi jefe.

Ángel soltó una carcajada y yo sonreí, más relajada.

—Te juro que lo es. Lo conozco desde hace bastantes años, éramos unos adolescentes. Y si por algo se caracteriza, además de por tener una voluntad de hierro, es por su calma y por su paciencia.

—Definitivamente no hablamos del mismo hombre.

Me miró, sonriendo.

—A lo mejor el problema eres tú.

—¿Yo?

Yo no le había hecho nada a ese hombre. La primera vez que lo vi fue mirarme y crucificarme. Nunca lo entendí.

—Puede ser, no lo he visto perder los nervios de esa manera con nadie más. Y créeme, lo he visto en situaciones complicadas. Sobre todo con su hermana.

—Pues yo no sé qué le hice para eso —resoplé—. Fue así desde la primera vez que me vio, mucho antes de trabajar para él. Desde entonces lo apodo el ogro, el tocapelotas, cosas así.

Otra carcajada de Ángel.

—¿Por qué trabajas para él entonces? Si puedo preguntar...

—No lo sé, la verdad. Yo estaba intentando elegir entre las empresas que ofrecen sus servicios a la facultad y no había elegido cuando me llamó Lorena diciéndome que su hermano necesitaba una becaria.

—¿Iker necesitando una becaria? —preguntó extrañado.

—Eso es lo único que sé. Le dije que no, si ese hombre no me podía ver... Pero si la conoces, sabes que...

—Nunca se le puede decir que no —resopló—. Lorena tiene ese don.

—Maleficio para los demás, por desgracia.

—Eso sí —rio—. La cuestión es que os lio a los dos.

—Parece ser que sí. Pero bueno, ya queda, no tendremos por qué vernos más.

—¿No vas a seguir con él?

—¿En Bilmarkt? No.

—Es la mejor empresa de la ciudad. Y no te lo digo porque sea mi amigo o porque trabaje con ellos. Las cifras están ahí.

—Lo sé y sería lo que cualquiera desearía. He aprendido mucho, más de lo que nunca imaginé. ¿Pero aguantar a ese tipo? Ni de coña.

—Tampoco será para tanto.

—¿Te recuerdo que me llevas a que pueda cambiarme de ropa?

—Un accidente, seguro —rio, el hombre se partía de la risa y yo también me lo estaba pasando bien—. Sé que eres buena en lo tuyo. Te va a querer en la empresa. Si es listo...

—Cosa que no es...

—Si es listo —sonrió—, no te dejará marchar.

—Lo dudo. Que sea listo y que me quiera en su empresa —dije con firmeza—. Además, terminaríamos matándonos. Pero bueno, siempre le estaré agradecida por la oportunidad. Aunque lo haga obligado, como yo.

—Obligado... —sonrió Ángel.

—Me odia, ya lo tengo aceptado.

Ángel se quedó serio unos segundos.

—¿Dónde paro exactamente? —preguntó de repente.

Ni cuenta me había dado de que habíamos llegado a mi casa.

—Ahí enfrente —señalé mi edificio—. Subo y me cambio. Te prometo que no tardo.

—No te preocupes.

Salí rápidamente del coche y corrí hasta entrar en el edificio. No tardé demasiado en asearme, en cambiarme de ropa y en montarme de nuevo en el coche.

Se quedó unos segundos mirándome y yo comencé a ponerme nerviosa. ¿Me había puesto la camisa al revés?

—Tengo la sensación de que su mal humor va a empeorar...

—¿Qué quieres decir? —pregunté con el ceño fruncido.

—Nada... —carraspeó y arrancó el coche.

—Volvamos, no vaya a darle un infarto al ogro.

—Eres divertida —rio y nos pusimos en marcha.

—Gracias —sonreí.

—Quería preguntarte algo.

—Claro, dispara.

—¿Aceptarías una invitación a cenar? Conmigo...

Vaya, pues eso sí que no me lo esperaba. ¿Me estaba pidiendo una cita un hombre guapo, inteligente, divertido...? ¿El pretendiente perfecto para terminar con mis telarañas?

Joder, no podía pensar esas cosas. Me puse roja rápidamente.

—¿Te he incomodado? No tienes por qué aceptar si no quieres.

—¿Qué? No, no es eso. Solo... No me lo esperaba —dije avergonzada.

—Me gustaría conocerte un poco más.

La verdad era que a mí también. Hacía mucho tiempo que no salía con nadie. Entre los estudios, el trabajo y que mi suerte con los hombres era nula, no había salido con nadie del sexo opuesto de esa manera.

Una cita...

—Vale —sonreí—. Acepto la cena.

—¿Mañana?

—Mañana —confirmé.

—Solo espero no perder mi trabajo por esto —rio.

—¿Por qué habrías de perderlo?

—Cosas mías. ¿Te parece bien que te recoja después del trabajo? Nos tomamos una copa y

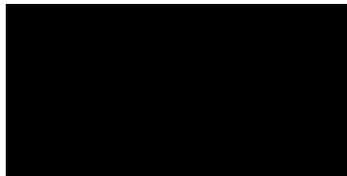
después vamos a cenar.

—Estupendo.

Le sonreí cuando me miró con una sonrisa en sus labios y miré por la ventana.

Deseaba que llegara el viernes para quedarme en casa, sola, como siempre, llorando mientras veía películas románticas. Pues ese viernes, después de mucho tiempo, tenía un plan mejor.

Capítulo 4



Estaba que echaba humo esa noche. Estaba dando vueltas en la cama, era imposible conciliar el sueño.

Porque la loca no se me iba de la mente.

Había vuelto de su casa con una sonrisa tonta en la cara, con un escote que me la había puesto dura, otra vez, y terminó de joderme el día el pensar en el porqué de ello.

¿Ángel le había pedido una cita?

¿Habría ocurrido algo entre los dos?

La duda me carcomía. Por una razón o por otra, esa mujer iba a terminar con mi salud mental.

Intenté enfurecerla en un par de ocasiones, pero ni siquiera logré eso. Estaba como en una nube. Tanto que mis pullas no sirvieron de nada. Lo que me hacía pensar que entre ellos...

¡Maldición!

Me levanté de la cama como un resorte. ¡A mí no debería de importarme una mierda! Llevaba meses repitiéndome lo mismo. Pero era incapaz de lograr que esa mujer no me afectara.

Cuando no afectaba a mis partes bajas, me jodía la mente.

Desde el primer día en que la vi, en casa de mis padres, mi cuerpo reaccionó y se puso a la defensiva. Era como si supiera que solo podría traerme problemas. Por eso siempre la había evitado. Por eso siempre había sido cortante con ella.

Por eso siempre me había comportado como un gilipollas.

Me defendía. No sabía de qué, pero era un mecanismo de defensa al que le hacía caso.

Y la evité hasta que mi hermana me lio. Verla ahí, cerca, de lunes a viernes durante meses. Con horas extras muchas tardes. En su despacho. En el pasillo cuando nos cruzábamos. Trabajando codo con codo con ella mientras la instruía...

Era un maldito suplicio porque no podía evitar ser desagradable.

Y lo peor era que me divertía y por eso empeoraba las cosas. Sacarla de sus casillas era lo mejor del mundo.

Ella siempre con su carita de niña buena. Con su amabilidad. Con su sonrisa.

Menos conmigo...

Conmigo sus ojos echaban fuego. Su boca escupía culebras en forma de insultos. No fingía ser nadie, era su lado explosivo en estado más puro.

Y cuando descubrí eso, se convirtió en una especie de adicción para mí.

El problema era que esa adicción me iba a dejar estéril. Porque desde la primera vez que la hice estallar, me había excitado como nunca.

La necesidad de ella era aún mayor.

Pero nunca había pasado de ahí hasta ese día, cuando la acorralé en su oficina. Y joder, no podría describir lo que sentí al tenerla tan cerca.

Daba miedo pensar en ello.

Quedaba solo un mes para que su contrato acabase. Ya le había pedido a Ángel, tiempo atrás, que preparase un nuevo para ella, no iba a dejarla escapar.

Dejando de lado nuestra extraña relación personal, era la mejor en su trabajo. Tenía una mente maravillosa y yo quería lo mejor en mi empresa.

Aunque eso terminase por volverme loco.

Sabía que no tenía todo a mi favor para conseguir que aceptase mi oferta, pero esperaba que supiera separar lo personal de lo laboral.

Me quedé mirando por la ventana del dormitorio. Era jueves y gracias a esa loca estaba pasando la noche solo.

Iba a tener que agradecerse, porque no estaba de humor para aguantar a nadie. En realidad llevaba mucho tiempo así. Inventaba excusas y terminaba en mi cama, solo. O en un pub, tomando algo mientras esa mujer no se me iba de la mente.

Así de jodido estaba.

Me apreté el puente de la nariz, me estaba empezando a dolor la cabeza. Con un largo suspiro, me tumbé de nuevo en la cama y cerré los ojos. Necesitaba descansar.

En ese momento recordé esos impresionantes labios que lamió, nerviosa...

Gemí y mi erección volvió a hacer acto de presencia.

Cerré los ojos con fuerza, ¿cómo no odiar a esa mujer y cómo no mantenerme lejos si tenía semejante poder sobre mí? Porque a eso se reducía todo. Por eso huía de ella. Porque me afectaba como nunca nadie lo había hecho antes.

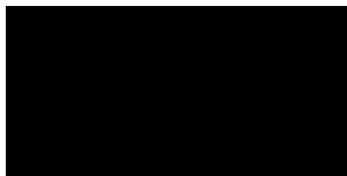
Y la odiaba por ello.

Como me odiaba a mí por bajar la mano y terminar cediendo al deseo. Agarré mi erección y la apreté con mi mano, imaginando que eran esos labios quienes lo hacían.

No tardé demasiado en correrme pensando en ella.

Maldita mujer.

Capítulo 5



Viernes, último día de la semana y yo estaba deseando que terminase la jornada. Había sido una semana tremendamente dura, me quedaban unos días para presentar ante todos el proyecto publicitario en el que había estado trabajando y conseguir que eligiesen el mío para presentárselo a la empresa de cosméticos por la que el señor Vidal había apostado los últimos meses.

Conseguir ese contrato sería un gran éxito para Bilmarkt, no solo por lo que supondría para la empresa económicamente y, también, a nivel de prestigio al tratarse de una de las marcas más conocidas mundialmente, sino por el hecho de poder abarcar en otros ámbitos y salirse un poco de lo convencional para ellos.

Toda empresa necesitaba innovar y Bilmarkt podría expandir sus horizontes si abría un poco las miras.

Eso fue lo que pensé cuando me enteré del concurso, meses atrás, y no dudé en comentárselo a mi jefe. Al principio me miró como si estuviese loca. Bilmarkt no publicitaba cosméticos.

—¿Por qué no? —había preguntado yo.

—Porque nos dedicamos a otro tipo de publicidad, creía que ya lo sabías —resopló él.

—Lo que sabía es que esto es una empresa de Marketing y Publicidad. No pensé que había que centrarse solo en un sector específico.

—Hasta ahora ha funcionado.

—¿Y cuando no lo haga? No es mi empresa, pero mientras trabaje en ella, es como si lo fuese. Y si lo que quiere, como yo, es verla crecer aún más, abra un poco su estrecha mente.

Él había refunfuñado algo como “Becarias, que se creen que saben más que uno. A ver quién demonios ha levantado esta empresa si no...”

Me marché de su oficina poniendo los ojos en blanco. Allá él si quería arriesgarse o no.

Tres días después, había mandado a que cada uno de los empleados preparase una propuesta.

Y yo me había dejado la piel en ella. Porque quería marcharme de ese lugar con el broche de oro puesto. Y no solo por lo bien que quedaría en mi currículum, sino porque Bilmarkt merecía ganar ese concurso.

Iker Vidal merecía ganar.

Era el mejor, su empresa lo era y si yo podía ayudarlos, sin duda que lo haría.

Nunca había dudado de mis capacidades y, al fin y al cabo, todos esos meses estuve aprendiendo del mejor.

Del capullo de mi jefe.

—¡¡¡Aliciaaaa!!!

Cristofer dos al ataque por quinta vez esta mañana, pensé mientras levantaba la mirada de los papeles que revisaba. Me levanté, pidiendo paciencia divina y fui hasta su despacho.

—¿Dónde demonios está esa loca? —refunfuñaba mientras se pasaba las manos por el pelo. Estaba desesperado por algo.

Enarqué las cejas, bonita forma de referirse a mí.

—Supongo que se refiere a mí.

Sus ojos se posaron en los míos y resopló.

—¿Dónde estabas?

—En la oficina, con el proyecto de los cosméticos. ¿En qué puedo ayudarlo? — de verdad que yo no sabía qué le había hecho a ese hombre.

Ese día llegué a la oficina sonriente, era viernes, tenía, además, una cita. Me lo pasaría bien y me olvidaría de todo por un rato.

Ese día, al parecer, se había propuesto volverme loca para hacer honor a su insulto. Me llamaba cada media hora. ¿Para qué? Pues para nada.

Me tenía desquiciada y, para colmo, el insulto gratuito con esa despectiva manera de dirigirse a mí.

Se me quedó observando unos segundos y suspiró.

—Nada, ya recordé dónde lo guardé.

Asentí con la cabeza y marché a mi despacho. Decidida a centrarme, de nuevo, en el proyecto.

—¿Vienes a desayunar?

No resoplé porque era Patri la que había hablado. Pero estaba harta de que ¡no me dejasen en paz!

—No, hoy no...

—Vamos, Ali. Carlos ya nos espera allí. Parece ser que tiene chisme nuevo.

Miré a mi compañera con las cejas enarcadas.

—Si es así...

Ella soltó una carcajada mientras yo me levantaba. Cogí el bolso y salí del despacho.

—¿Adónde vas?

Dios, era una tortura.

—A desayunar —me giré a mirar a mi jefe—. Porque tengo permitido hacerlo, ¿no?

Refunfuñó algo por lo bajo que no entendí y entrelazando mi brazo con el de mi amiga,

marchamos hasta el ascensor.

Suspiré cuando la puerta se cerró y comenzamos a bajar.

—Pasa de él.

—Lo intento, Patri, pero es que no sé qué demonios le ocurre conmigo. Te juro que hoy me tiene loca.

—Lo sé, todo el mundo escucha el ¡¡¡Aliciaaaaaaa!!! —rio.

Puse los ojos en blanco. Debía de escucharlo toda la oficina y todo el edificio.

—El día que me vaya, os vais a quedar tranquilos —resoplé, recordando que me habían contado que nunca se había comportado así con nadie.

Al contrario, con los demás era un jefe bastante... Ni yo sabría cómo expresarlo, porque conmigo era un neurótico de primera.

—Será todo muy aburrido —salimos del ascensor y del edificio, la cafetería donde desayunábamos estaba a la vuelta de la esquina—. ¿De verdad te vas a ir?

—Claro, solo espero encontrar trabajo pronto.

—¿No vas a pensar en quedarte?

—Ni de coña —dije con cara de horror, haciéndola reír.

—Tan mal no estás aquí.

—Si no fuera por ese capullo, no. Además, tampoco creo que él quiera soportarme más, cualquier día le da un ataque al corazón. Estará deseando que llegue el momento para darme la patada en el culo.

—¿Quién te va a dar una patada en el culo? —preguntó Carlos cuando llegamos a la mesa.

—Tu jefe —le aclaré.

—Mi jefe te haría de todo en el culo menos darte una patada —rio él.

Patri soltó una sonora carcajada y yo miré al cielo pidiendo ayuda divina.

—Dejad la tontería. Y gracias por adelantarte —sonreí a Carlos porque ya había pedido por nosotras y teníamos el desayuno en la mesa.

—De nada. Y no es una tontería, otra cosa es que tú te lo quieras creer. Pero bueno, ya os daréis cuenta los dos.

—Jum... —¿para qué hacerles caso?

Según la teoría de esos dos locos, mi jefe estaba loco por mí. Por eso se comportaba así. No había escuchado nada más estúpido en mi vida. Así que ni caso les hacía.

Era yo quien trabajaba con él codo con codo, sabía bien que me odiaba y que no veía la hora de que desapareciese de su vida.

—El amor es ciego —confirmó Patri—. Ya lo verán algún día, sí —puse los ojos en blanco.

—Si el chisme interesante soy yo, mejor desayuno en la oficina —cogí mi taza de café para llevármela.

—Quieta, coño —se quejó Patri, quitándose la taza de la mano—. Siéntate —me advirtió.

Lo hice, contrita por su tono. Joder, es que daba miedo. Si se ponía así con sus ligues, normal que no le durase ninguno.

—Qué humor... —suspiré.

—No folla, ¿qué esperas? —rio Carlos.

—Que yo sepa tú tampoco —Patri lo mató con la mirada.

Entonces se produjo el silencio.

Miré a Carlos. Miré a Patri. Ella me miró a mí. Miramos otra vez a Carlos. Él miraba alrededor.

—¿Has follado?! —exclamó mi amiga.

Toda la gente de la cafetería, como era obvio, nos miró. Me reí, qué bruta era.

Carlos puso una cara de petulancia que significaba “por supuesto” y yo tuve que reírme.

—¿Y quién es él?

—Alguien que conocí...

De nuevo el silencio. Patri resopló, ella tenía menos paciencia que yo cuando se trataba de mi jefe.

—¿Y nos lo vas a contar o nos dará la cena aquí?

—Oh, ¡está bien! —dijo como si lo hubiésemos convencido cuando sabíamos, de más, que estaba deseando contarlo— Habíamos hablado algunas veces por una aplicación donde conoces gente y bueno... —cara de petulancia de nuevo— Al final quedamos...

—¿Y?! —exclamó Patri.

—¿Y creo que es el hombre de mi vida!

Por culpa de esa frase me atraganté con el café.

—¿Te has acostado una vez con él y ya es el hombre de tu vida? —pregunté cuando pude respirar.

—Yo no dije una —petulante.

—Como si son cinco. Joder, Carlos, contrólate que siempre vas lanzado. Pon el freno.

Carlos se enamoraba de todos en segundos y les duraban tres telediarios. Después lloraba dos días y volvía a la carga. Por más que intentásemos que cambiara eso, él era así.

—No, esta vez sé que acertaré.

Eso dijo todas las anteriores. Exactamente la misma frase.

—Aciertas en la hostia que te vas a dar.

Él miró a Patri con ganas de ahorcarla.

—¿Por qué siempre me quitas la emoción?

—No te la quita —intervine—. Solo te pide un poco de precaución. No queremos que sufras.

—Eso mismo.

—Pero esta vez es diferente. Cuando lo conozcáis, lo entenderéis.

¿Cuando lo conociéramos? Nunca le duraba ninguno el tiempo mínimo para eso.

—Si es así, nos alegramos por ti —le guiñé un ojo.

—Pues sí —confirmó Patri—. Ya nos quedamos nosotras con las telarañas —rio.

Carraspeé. Pues si mi cita iba bien, a lo mejor me quedaba menos para eso.

—Porque sigues con las telarañas, ¿verdad?

—¡Patri! —me reí.

—Es que esa cara es de... De... Joder, que no quiero ser la única —puso un puchero.

Mi amiga estaba bastante cansada de los hombres, como lo estábamos todas las mujeres que conocía. A la pobre, de nuevo como a todas, le salían rana.

—Tranquila, sigo con ellas —la tranquilicé.

—Menos mal —suspiró, haciéndonos reír.

—No creo que dures mucho más con ellas, el jefe ya aguantó demasiado. Joder, más de lo que me imaginaba.

—Carlos, a veces eres tonto —resoplé, pero en vez de enfadarse, se rio.

—Es verdad, él...

—No hablaba de él, sino de una cita —le aclaré y maldije con sus gritos ahogados. ¿Por qué no podía mantener la boca cerrada?

—Una cita ¿¿con quién?! —exclamaron a la vez.

Y ahora que les había dado la primicia, no me dejarían vivir hasta conocer todos los detalles. Así que ¿para qué alargar lo inevitable?

—Con el abogado de la empresa —mordí mi tostada y mastiqué tranquilamente. Los miré y fruncí el ceño al ver sus caras—. Es guapo.

—Nadie dijo lo contrario —pero Carlos seguía con el ceño fruncido.

—También está bueno —pero la cara de Patri seguía siendo de extrañeza.

—¿Entonces? ¿A qué vienen esas caras?

—No es para ti —dijeron a la vez.

—¿Y por qué no? —pregunté, alucinada.

—Porque no —otra vez a la vez.

Me crucé de brazos y me imaginé cómo íbamos todos en el coche, mi jefe incluido, por supuesto. Yo paraba en una cuneta, los mataba, los descuartizaba y me deshacía de sus cadáveres.

Allí se habían propuesto todos tocarme las trompas de Falopio.

—¿En qué piensas? —preguntó Patri al ver mi cara.

—Créeme, no queréis saberlo —con las tripas fuera y todo.

—A ver, Ali. ¿En serio has quedado con Ángel Herrera?

—Pues sí.

No entendía qué les extrañaba tanto.

—¿Te lo pidió cuando te acompañó a cambiarte de ropa?

—Sí —le respondí a mi amiga.

—Y la tonta aceptó —resopló Carlos.

—¿Por qué no? Me gusta, es guapo. Simpático. Educado... Me cae bien y hace mucho que no salgo con nadie y...

—No va a funcionar.

—Como volváis a hablar a la vez, os coméis mis puños —les advertí—. ¿Ahora me vais a quitar la ilusión a mí?

Se quedaron callados y me estaba agobiando.

—¿Qué es lo que tengo de malo? —pregunté, recordando el trato que también me daba mi jefe. Parecía ser que no era suficiente para nadie.

—¿De qué coño hablas? —gruñó Carlos.

—Nada, tonterías... —suspiré.

—No me puedo creer que pienses así —Patri alucinaba—. ¿De dónde sacas eso?

—No sé, supongo que... —me callé, no lo entenderían.

—Cariño —Carlos cogió mi mano—. No hay ningún problema contigo. Quítate eso de la cabeza. Y no salgas con alguien que te muestre interés solo para demostrarte lo contrario.

—No lo hago por eso. Me gusta.

—Si es así...

—Pues es así —y era la verdad. Ese hombre me gustaba.

Y con esa frase, se terminó el tiempo del descanso.

Llegué a la oficina y me encerré en mi despacho e intenté centrarme en el trabajo. Ya me habían dado el día entre todos. Quería salir con ese hombre y punto. Y si no les parecía bien, ¡pues que les dieran a todos!

Suspiré y me dispuse a trabajar, no moví mi culo de esa silla lo que restaba de día. Y, para mi sorpresa, mi jefe ni siquiera me molestó.

Extraño...

Estaba tan centrada en el proyecto que ni cuenta me di de que había alguien apoyado en el marco de la puerta hasta que habló.

—¿Piensas quedarte todo el fin de semana aquí?

Di un respingo al oír su voz. Su tono burlón ya me puso de mala hostia.

—¿Algún problema si quiero hacerlo?

Me observó unos segundos y enarcó las cejas.

—Bueno, tenías que haberte ido hace treinta minutos. Cuanto más tardes en hacerlo, más tardaré yo —resopló—. Así que sí, sería un problema.

¿Treinta minutos? Miré el móvil y...

—¡Joder! —exclamé.

Recogí todos los papeles y los metí en mi maletín para repasarlos ese fin de semana en casa.

—Tranquila, tu cita te espera abajo —dijo con su típico tono de voz desagradable.

¿Pero cómo...?

—Ha llamado a preguntarme si te había secuestrado o si estaba impidiendo, de algún modo, que te marcharas.

—Mierda.

Había perdido por completo la noción del tiempo. El pobre Ángel llevaba media hora esperándome. Buena manera de comenzar nuestra primera cita. A ese paso sería la única.

Cogí todo como pude y fui a pasar por al lado de mi jefe cuando me cogió por el brazo.

Me quedé petrificada, porque nunca me había tocado. Lo más cerca que había estado de mí fue el día anterior, cuando me acorraló en ese mismo lugar. Pero tampoco llegó a tocarme.

Me miró unos segundos y vi cómo cogía aire, intentando controlarse.

—¿Hay algo entre vosotros?

Pestañeé varias veces, ¿de verdad me estaba preguntando eso?

—No creo que sea de su incumbencia, señor Vidal.

Intenté zafarme de ese agarre que me hacía temblar, pero él me pegó un poco más a su cuerpo.

—¿Lo hay, Alicia? —apretó la mandíbula, más enfadado aún.

Tragué saliva, ¿por qué me afectaba tanto su cercanía?

—¿Qué le importa? —gruñí.

—Responde y ya —ordenó—. ¿Ha ocurrido algo entre vosotros?

No entendía qué era lo que quería saber. Ni por qué le importaba.

—Aún no —dije con sinceridad.

Solo entonces me soltó y pude marcharme de allí.

Cada vez entendía menos a ese hombre, ¿pero qué demonios le ocurría?

Salí del ascensor y corrí hasta salir del edificio. Ángel estaba apoyado en el coche, sonrió al verme. Estaba muy guapo, con su pelo rubio bien peinado, unos vaqueros y una camisa negra.

Tenía un rostro muy dulce, nada que ver con la masculinidad de mi jefe.

¿Y por qué tenía yo que compararlo con el energúmeno?

Porque era más rubio, con los ojos más oscuros, más bajo, menos imponente, más...

A la mierda, era un buen hombre, se le notaba. Seguro que me divertía con él. Y quizás ocurría algo más. ¿Por qué no?

¿Por qué no puede funcionar?, me pregunté, recordando la conversación con mis amigos.

Claro que podía. Solo tenía que quitarme a algunas moscas cojoneras de la cabeza.

—Lo siento —dije al acercarme—. No me di cuenta de la hora.

—Tranquila —abrió el maletero del coche para que dejase el maletín dentro—. Ya me dijo Iker que estabas ocupada.

—Haberme llamado...

—No tengo tu número —rio.

Cierto, ¿cómo no se me había ocurrido dárselo cuando quedé con él? ¿O por qué no se lo pidió a su amigo?

Vale, esa pregunta sobraba.

—Pues eso cambiará rápidamente. De verdad que lo siento, a veces pierdo la noción del tiempo.

—Alicia —levantó una mano y acarició mi mejilla, sorprendiéndome—. No pasa nada. Relájate. Ahora nos toca disfrutar de una copa y de una buena cena —me guiñó un ojo.

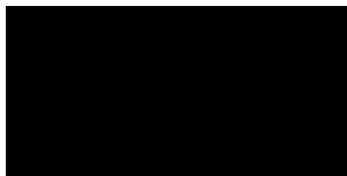
Asentí y me senté. Él cerró la puerta y dio la vuelta para entrar en el coche.

—¿Y dónde vamos a cenar?

—Es sorpresa. Pero te gustará, es un lugar muy especial.

Sonriendo, marchamos de allí.

Capítulo 6



Aún no...

Es decir, que ella esperaba que lo hubiese.

¡Y yo no podía hacer una mierda para evitarlo!

Esa mañana la había visto llegar sonriente. Estaba... Distinta. Y si la noche anterior me había costado dormir preguntándome si había ocurrido algo entre ellos, esa noche no iba por mejor camino.

Así solo sonreía una mujer enamorada. O, al menos, ilusionada.

Y eso me había sentado como una patada en el estómago.

Apreté la mano con la que la había tocado con fuerza, aún me quemaba el contacto de sentir su piel con la mía. Me había vuelto a comportar como un auténtico gilipollas, pero la llamada de Ángel había empeorado mi agriado humor.

El muy imbécil me había preguntado si era mi culpa que ella lo dejase esperando abajo. El muy idiota qué pensaba, ¿que la tenía secuestrada?

Estaba ocupada y si la conociese un poco, sabría que cuando se enfrascaba en algo, se olvidaba de todo y de todos.

Menos de mí, porque no se lo permitía.

Claro que él no la conocía una mierda como para saber lo básico sobre ella.

Bajé por las escaleras rápidamente y cuando salí del edificio, quise vomitar al ver la bonita estampa.

Ángel frente a ella, acariciando su mejilla.

Me quedé sin poder moverme, sintiendo una extraña sensación en el estómago. No me gustaba sentirme así.

Tardé un rato, desde que vi desaparecer el coche en la lejanía, en poder moverme.

Frustrado, me fui a mi casa, me di una ducha rápida y me puse ropa cómoda. Me senté en el sofá, desquiciado. No era capaz de mantener mis pensamientos a raya. Me levanté y comencé a caminar por la casa.

Nada, no había manera de que me relajase.

Me volví a sentar y comencé a mover las piernas. ¿Habrían ido a cenar? ¿Qué harían después? ¿La invitaría a su casa? De ser así, ¿aceptaría ella?

No, no, no.

Ella no haría eso. No era del tipo de mujer que se acostaba con alguien en la primera cita. No es que la conociese demasiado, pero estaba seguro de que no era así.

Además, mi hermana se había ido un par de veces de la lengua y me había contado que no mantenía ninguna relación desde que la conocía. Nada importante.

Alicia...

No sabría explicarlo, pero tenía la sensación de que Alicia necesitaba un poco más para enredarse con alguien. Aunque claro, cuando existía pasión...

Y una mierda, ella no sentía eso por él. Lo miraba con dulzura, sí, pero con pasión no. Pasión era lo que derrochaba cuando estaba cerca de mí. Aunque fuera porque me odiara, pero eso era pasión.

¿Y si estás equivocado?

Joder, ¡a dar paseítos otra vez!

¡Y no ayudaban una mierda!

Desesperado y a punto de tirarme por la ventana, salí de casa, cogí el coche y conduje hasta casa de mis padres. A ver si allí lograba calmarme un poco.

—Hola, hermanito —saludó mi hermana, alegremente, al verme.

—Jum...

—Joder, qué humor —puse los ojos en blanco—. ¡Mamá, el hijo pródigo necesita que lo mimen! —gritó.

Oh, señor, yo era idiota si pensaba que estar allí me iba a ayudar en algo.

—¿No tienes que estudiar? —fui hasta la cocina, buscando a mi madre.

Me miró de mala manera.

—No recuerdo haberte visto a ti, nunca, hincando los codos mientras estabas en la universidad.

—Quizás porque aún usabas pañales. Y porque, además, pagué para obtener el título —dije con ironía—. Hola, mamá —sonreí.

—Hola, cariño —me dio un abrazo y un beso que le devolví—. Demasiados días sin verte, ¿te quedas a cenar?

—Si me invitas...

—No seas tonto —resopló—. Pon un cubierto más, Lorena.

—Pues que lo ponga él —se llevó un cate de mi madre—. Auch.

—Ponlo, él es el invitado.

—¿Invitado? Un pelota es lo que es —refunfuñó mi hermana.

—¿Y papá? —pregunté.

—Hoy tiene guardia —respondió mi madre—. ¿Cómo va todo, cariño?

—Bien —mentí, porque esa noche me encontraba de todas las maneras menos bien—. Demasiado trabajo con el concurso.

—¿Cómo va eso? Alicia me contó algo, pero tampoco me quiso decir demasiado. Quiere sorprenderte —sonrió Lorena.

Alicia...

Gemí mentalmente, lo que menos necesitaba era escuchar su nombre.

—Ya veremos si lo consigue —ya estaba de mal humor otra vez.

—Algún día entenderé qué es lo que te ocurre con esa chica —pero por la mirada que me estaba lanzando, mi madre me dio a entender que ya lo sabía—. Le gusta a todo el mundo. Menos a ti.

—Si seguimos por ahí, mejor me vuelvo a mi casa.

—De eso nada —mi madre me agarró del brazo—. Siéntate, ya no se habla más de ese tema.

Y agradecí que fuese así y que se olvidasen de Alicia en la cena. Aunque yo no me la pudiese quitar de la mente.

Después de cenar, salí al jardín y me senté a tomar un poco el aire antes de volver a casa para intentar dormir.

Lorena, casi sin hacer ruido, tomó asiento en los escalones del porche de la casa. Se quedó allí, callada. Solo haciéndome compañía.

Era un dolor de cabeza, pero también una gran hermana. Y aunque me volviese loco a veces, me gustaba su compañía. La quería mucho.

—¿Estás bien? —preguntó un rato después, supuse que cuando ya no pudo aguantar más tiempo en silencio.

—Sí —me sentía menos nervioso.

—No sé por qué no te creo.

—¿Qué te hace pensar que estoy mal? —pregunté, curioso.

—Intuición, supongo. ¿Quién es ella?

—¿Quién es quién?

—La mujer que te tiene así.

—No sé de qué hablas... —cómo demonios había llegado a esa conclusión era algo que no sabía.

—Está bien. Si no quieres contármelo...

Pues no, no tenía ganas de hablar de mis paranoias mentales con mi hermana pequeña. Sobre todo cuando el problema era una de sus amigas.

—¿Cómo vas en la facultad? —intenté cambiar el tema.

—Bien —sonrió—. Pero bien de verdad. ¿Sabes? La verdad es que esta carrera sí que me gusta —*menos mal*, pensé. A ver si era verdad—. Creo que he encontrado mi verdadera vocación.

—Me alegro —dije con sinceridad.

—¡Sí! —exclamó, emocionada y me hizo sonreír— ¿Y sabes qué es lo que más me gusta de todo?

—¿Qué?

—Que de verdad me siento yo. No me ocurría eso estudiando derecho.

—Nunca imaginé que terminarás haciendo psicología —reí.

—Bueno, se me da bien saber qué guarda la gente.

Eso era verdad y por ello lograba manipularnos a todos. Qué mejor psicóloga que una chantajista de primera que se los llevase a todos a su terreno usando sus tretas. Curaría a todos en un par de sesiones.

O las alargaría para ganar más dinero.

—Por eso sé que estás así por alguien.

—Joder, Lorena —resoplé—. No estoy colado por nadie.

—Si prefieres engañarte así...

—¿Soy algún experimento para tu futura profesión? —enarqué las cejas.

—No —sonrió—. Solo no me gusta verte así, agobiado.

Revolví su pelo, quería a esa petarda.

—De verdad que estoy bien —le aseguré.

Suspiré y la imagen de Alicia volvió a mi mente. ¿Seguiría con Ángel? ¿Aún fuera? ¿Juntos en casa de alguno?

Joder...

Me pasé las manos por el pelo, agobiado de nuevo.

—Será mejor que me vaya a casa —me levanté rápidamente—. Despideme de mamá.

—Vale... Pero Iker —me giré a mirarla—. ¿No sería mejor que la buscaras a ella?

Miré al cielo, pidiendo ayuda divina. Lo que necesitaba era que me dijera algo así, porque esa tonta idea se abrió paso rápidamente en mi mente. Y sin saber cómo, terminé conduciendo hasta su casa.

Porque claro, como su jefe que era, conocía su dirección. No porque hubiese ido nunca, sino porque me la había aprendido de memoria.

Y por culpa de mi hermana estaba bajo su edificio, dentro del coche, como un acosador, ¿esperando a qué?

¿A ver si aparecía en algún momento de la noche? ¿A ver si salía él de su casa, quizás?

Porque ella vivía sola, ¿no?

¿Cómo era posible que, después de tanto tiempo, ni siquiera supiera eso? ¡Ni siquiera me

había interesado en saber si tenía familia, por Dios!

Para que veas lo gilipollas que eres.

¿Y si estaba sola en el mundo y yo tratándola de esa manera?

Lo mío no era normal. Y el acto de estar allí era enfermizo. Me estaba volviendo completamente loco.

Arranqué el coche, dispuesto a marcharme cuando vi que llegaba uno conocido. Maldición, era el coche de Ángel.

El coche paró justo a la altura del portal y ambos salieron del vehículo. Él llegó pronto al lado de Alicia, se metió las manos en los bolsillos. Los dos estaban más sonrientes de lo que me gustaría.

Arranca y lárgate, Iker.

Sabía que debía hacerlo, no quería ver cómo terminaba eso, pero no podía hacerlo. Tras ver cómo mi amigo soltaba una carcajada por algo que ella había dicho, levantó una de sus manos y la colocó sobre la cara de Alicia.

Apreté la mandíbula, tanto que podía haberme roto los dientes. No se atrevería...

Pero lo hizo, se acercó a ella y la besó en los labios.

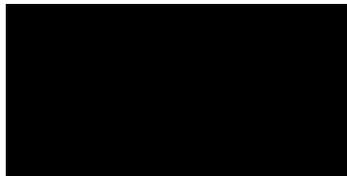
¡Joder!

¡Maldito idiota!

Golpeé el volante con las manos, sentía que me retorcían las entrañas.

Me marché de allí, no soportaría ver cómo terminaba aquello.

Capítulo 7



El fin de semana pasó rápido, ya era la noche del domingo.

La noche de la cita con Ángel no dormí demasiado. Me lo había pasado muy bien, me había divertido mucho, pensé que me gustaba ese hombre. ¿Cómo no hacerlo si era todo lo que alguien podría desear?

Pero cuando me besó...

No sentí lo que esperaba. Para mí fue el beso de un amigo. Y lo tuve que apartar.

Me sentía mal por eso, ¿qué haría cuando volviera a verlo? ¿Cómo iba a decirle, si es que seguía interesado en mí, que entre nosotros solo podría existir una buena amistad? Quizás ni la quería.

De ser así, sería su problema.

Después de darle muchas vueltas a la cabeza, me quedé dormida. Me desperté al día siguiente y me centré en mi proyecto. Hice algunos cambios hasta que, el domingo por la noche, por fin lo sentí perfecto.

Estaba agotada, pero contenta con el resultado.

Tumbada en el sofá, sonreí cuando vi el nombre de mi madre en el móvil. Cogí la llamada rápidamente.

—Hola, mamá.

—Hola, cariño. ¿Te molesto?

—No digas eso, nunca lo haces. ¿Cómo estás?

—Bien. Un poco cansada, pero nada importante.

Normal, la pobre tenía demasiado encima.

—¿Y papá?

—Hoy trabaja de noche, así que... Ya sabes.

Mi padre era policía y el turno de noche, en ese trabajo, no era plato de buen gusto. Mi madre siempre vivía con el miedo de que le ocurriese algo, con tanto loco que había por el mundo.

—Llegará sano y salvo —intenté tranquilizarla—. Siempre lo hace.

—Sí —una sonrisa en su voz que me hizo sonreír a mí. Aún después de tantos años, no

dejaban de demostrarse cuánto significaban el uno para el otro. Era envidiable y me hacía soñar con que, quizás, algún día yo podría encontrar a alguien con quien tener algo así, pero cada día lo veía más lejano—. ¿Cómo estás tú? ¿Cómo va ese proyecto?

No vivíamos demasiado lejos y nos veíamos cada pocos días. Solía escaparme al pueblo casi todos los fines de semana que podía para estar con ellos. Además, cada dos o tres días hablábamos por teléfono.

—Bien. Ya puedo decir que está terminado. Ahora a probar suerte.

—¿Suerte? No la necesitas, eres la mejor y tu jefe elegirá el tuyo.

—No te lo creas tanto —reí—. Ya sabes que me odia.

—Sigo sin creérmelo, eres tan exagerada como tu padre —bufó.

Ni tanto... Era así, estaba más que demostrado.

—¿Quién llamó? —preguntó, casi balbuceando, una anciana y conocida voz por detrás.

Me entraron ganas de llorar al escuchar a mi abuela.

—Es Ali, ¿te acuerdas de ella?

Se produjo un silencio al otro lado y yo esperé con el corazón en un puño. Mi abuela siempre había significado mucho para mí y ver cómo el Alzheimer la destruía, era algo que no podía soportar.

—Ali... —escuché la sonrisa en su voz y derramé un par de lágrimas al notar cómo, por un pequeño instante, se había acordado de mí— ¿Quién llamó? —volvió a preguntar.

Solo había sido eso, un fugaz instante en esa jodida enfermedad que estaba matando a mi abuela. Ya no podía hacer nada por ella misma, menos mal que mi madre estaba con ella.

—¿Cómo está? —susurré.

—Peor —suspiró mi madre, triste. Si era duro para mí, ¿cómo tenía que serlo para ella, su hija?— Hacemos todo lo que podemos por ella.

—Lo sé —dije con un nudo en la garganta.

Por desgracia, en el estado que se encontraba mi abuela, poco se podía hacer ya. Cualquier día... Joder, no quería ni pensar en eso.

—Iré el próximo fin de semana a casa.

—Cariño, no es necesario. Estamos bien. Primero tus cosas.

—Iré, mamá —le aseguré.

—Ya veremos, tu vida primero. No te llamaba para que te pusieras triste.

—No lo estoy —mentí, limpiando las lágrimas—. Todo estará bien.

—Claro que sí. ¿Entonces cuándo presentas el proyecto? —buena manera de cambiar la conversación.

—El próximo miércoles. El señor Vidal necesita un par de días para estudiar las propuestas y supongo que dará su decisión el viernes como muy tarde para poder viajar.

—Con lo fácil que sería ir, contarlo directamente y ya —rio mi madre.

—Pues me quitaría trabajo —reí con ella—. Os echo de menos, mamá.

—Y nosotros a ti —dijo con dulzura—. Pero no te queremos en casa.

—¡Oye! —reí.

—Somos felices viendo todo lo que consigues cada día. Sé que aún queda por llegarte lo mejor. Estamos muy orgullosos de ti.

—Gracias —la emoción en mi voz.

—Y ahora, mejor colgamos que no tengo ganas de llanto. Venga, vete a la cama y descansa esa inquieta mente.

—Solo si tú haces lo mismo.

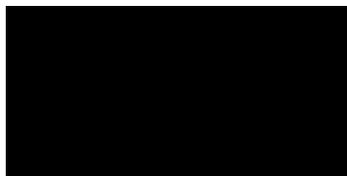
—En un ratito, lo prometo. Descansa, princesa.

—Hasta mañana, mamá.

Colgué el teléfono y suspiré. Cómo me hubiese gustado tener a alguien a quien abrazar en ese momento.

Y no sentirme tan sola.

Capítulo 8



El fin de semana fue horrible, la imagen de Ángel y Alicia besándose no se me borraba de la mente. No podría explicar lo que había sentido. Pero dolía. Y eso no solo me asombraba, sino que no me gustaba en absoluto.

¿Qué me ocurría con esa mujer?

Apenas había pegado ojo las anteriores noches y había bebido más de la cuenta, así que aparecí en el trabajo, por primera vez en mi vida, hecho un verdadero desastre.

Ignoré las miradas de mis trabajadores y entré en mi despacho. Cerré la puerta, ni siquiera me apetecía verla.

Se habían besado, ¿habría habido algo más?

No debía de importarme, pero lo hacía. Y tenía que hacer un esfuerzo sobrehumano para no irrumpir en su despacho, sacando a la luz la rabia y el dolor sin sentido que me carcomía y preguntarle qué era lo que había entre ellos dos.

La mujer que me hacía perder la cabeza sin que lo supiera y uno de mis mejores amigos.

Maldita mala suerte la mía.

Un rato después, llamaron a la puerta del despacho.

Lárgate, quise decirle a quien fuera que estuviera al otro lado.

—Adelante —terminé gruñendo.

—Señor Vidal.

Me tensé al escuchar su voz y me obligué a no levantar la mirada de los papeles que se suponía que estaba leyendo cuando la verdad era que solo mantenía la mirada perdida.

No la mires, Iker. No porque con solo hacerlo, sabrás si sonrío. Sabrás, con certeza, si ocurrió algo más entre ellos.

Y joder, ¡no estaba preparado para eso!

Tenía tantas ganas de saberlo como de no. Porque no estaba seguro de cómo me afectaría.

—Señor Vidal —repitió, su voz sonó extrañada.

—Dime...

—¿Me necesita para algo?

—No —dije rápidamente.

Se quedó en silencio y yo me pasé las manos por el pelo, intentando controlar el no mirarla. Porque seguía ahí, ¿verdad?

Sí, mi cuerpo lo notaba.

—Está bien... Si necesita algo, no dude en llamarme.

Suspiré de alivio y dejé caer mi cabeza cuando escuché cómo la puerta se cerraba. ¿Quedaba mucho para que se terminara el día?

No solo mucho, sino que se me hizo eterno. Solo salí de ese habitáculo en un par de ocasiones y no sin antes asegurarme con mi secretaria, esperando que esta no me mintiese, que Alicia no estaba cerca.

Cuando ya sentí todo en silencio, supe que estaba solo. Se habían marchado todos a casa. Así que aproveché para salir de ese lugar que iba a provocarme claustrofobia.

—¡Joder! —exclamé cuando la vi sentada en el puesto de Josefa — ¡¿Se puede saber qué estás haciendo aquí?! —exclamé, perdiendo el poco control que me quedaba.

—Yo... —dudó, se puso en pie lentamente— No sabía si iba a necesitarme.

¿Si la necesitaba?

Apreté la mandíbula y observé detenidamente su cara. Me miraba nerviosa, como esperando a que saltase sobre ella o le lanzase algunas de mis estúpidas pullas. No iba a hacer eso, en ese momento lo último que necesitaba era seguir mirándola.

Solo quería marcharme de allí rápidamente.

—Puedes irte —gruñí mientras casi corría hacia el ascensor.

Que se fuera de allí cuando le diera la gana.

—Joder, espere —se puso delante del ascensor y me miró con el ceño fruncido. No pude evitar pasarme las manos por el pelo, desesperado—. ¿Está bien? —no, joder, no lo estaba, pero ella no tenía por qué saberlo.

—Vete a casa —apreté el botón para llamar al ascensor.

Notaba su mirada sobre mí y juro por Dios que no tenía ni idea de cómo me estaba controlando para no hacer lo que de verdad necesitaba.

—Sé que me odia. Créame que lo sé —la miré rápidamente, evitando que notase el asombro en mi cara. Si ella de verdad supiera...— Pero si necesita ayuda en algo... —tragó saliva y yo gemí mentalmente.

—¿Te acostaste con él?

Maldije cuando me di cuenta de que había hecho la pregunta en voz alta. Ella abrió los ojos como platos y su rostro, segundos después, se convirtió en piedra.

—Le estaba ofreciendo una tregua sincera porque lo vi mal, señor Vidal. Pero parece que vuelve a ser el de siempre. ¿Lo hace sentir mejor el comportarse así conmigo? Me alegra de

servirle de ayuda —dijo con ironía—. Soy una gilipollas —se giró y le dio varias veces al botón del ascensor.

Las puertas de este se abrieron y fue a entrar, pero la agarré por el brazo y la giré de nuevo, acercándola a mí.

—¿Te acostaste con él, Alicia? —*por Dios, dime que no.*

—No le importa.

—Créeme, eso querría yo —dije con agonía.

Ella me miró, extrañada. Sabía que no entendía nada, pero ¿era mucho pedir que me respondiera a esa pregunta?

Me quemaba el contacto con su piel.

Joder, la tenía tan cerca...

No puedo pararlo más...

No podía aguantarlo. No cuando me estaba muriendo por los celos.

Me había costado ponerle nombre a aquello, pero tenía que reconocerlo. Estaba celoso y no sabía cómo gestionarlo.

Tiré de ella y la acerqué más a mí. Fue la primera vez que nuestros cuerpos se tocaron de esa manera. Levanté la otra mano y la agarré de la nuca, cerré la poca distancia que había entre nuestros rostros y cedí al deseo.

La besé.

No un beso tímido. No un simple roce de labios, eso no habría sido suficiente.

No.

Un beso de verdad. De esa clase de besos con los que había soñado muchas veces. De ese tipo de besos en el que ella abría la boca y yo, sin perder la oportunidad, introducía mi lengua en ella y Dios mío, creí morir allí mismo.

Había imaginado eso más veces de las que me gustaría admitir, pero la realidad superaba, con creces, a la imaginación.

Sabía dulce, sabía perfecta. Me devolvía el beso, dubitativa y yo no quería eso. Me costó, pero puse fin al beso. Mantuve nuestros labios cerca, quería seguir notando su respiración.

—Joder —gemí, sin poderme creer que lo hubiera hecho, deseando volver a sentir esos suaves labios sobre los míos.

Separé un poco nuestros rostros y la miré a los ojos. Los tenía aún cerrados y los abrió lentamente. Esperé ver... Bien, no sabía qué era lo que esperaba. Odio, quizás. Tal vez asco, repulsión... Incredulidad, de eso sí mostraba un poco.

¿Rechazo?

No sabía exactamente qué, pero no encontré nada de eso. Lo único que vi fue el deseo más crudo que había visto nunca.

Ella bajó la mirada hasta mis labios e, inconscientemente, lamió los suyos.

En ese momento perdí el control por completo.

Con un rugido, puse la otra mano alrededor de su cintura y la acerqué a mí hasta devorarla. Esa vez como quería. Como deseaba. Como tantas veces había soñado que lo haría.

Y esa vez no era un sueño. Esa vez era tan real como el temblor de mis manos.

Escuché cómo su bolso caía al suelo antes de que ella pusiese sus manos alrededor de mi cuello, apretando para que me acercarse más a ella.

Tenía que estar soñando, tenía que ser una alucinación.

Bajé mis manos, acariciando sus brazos, llegué hasta su trasero y lo apreté, pegándola a mí para que notara la erección que me había provocado.

Ambos gemimos.

Con un rápido movimiento, la levanté en peso, haciendo que enroscase las piernas alrededor de mi cintura. Lo hizo y dejé libre su boca para mirar por dónde iba, mientras ella se agarraba con más fuerza a mi cuello.

Entré en mi despacho, cerré la puerta con el pie y la senté sobre el escritorio. Se quedó con sus manos sobre mi pecho, con la mirada gacha y completamente quieta.

—Alicia...

Le estaba rogando, por el pánico con el que pronuncié su nombre, que no se arrepintiese de eso.

Ella levantó la cabeza lentamente y la movió, negando.

En ese momento sentí que me quedaba sin aliento.

Iba a rechazarme.

Y me lo tenía merecido, por haber sido tan gilipollas.

Sus ojos se encontraron con los míos y abrió un poco los labios. Cerré los míos con fuerza, esperando poder soportar la negativa.

—No... —mierda, una simple palabra que se sentía como si me hubiesen dado una patada en las pelotas— No me acosté con él.

Abrí los ojos de golpe al escuchar eso y la miré.

Joder, lo sabía. En el fondo lo sabía.

—Mierda —gruñí antes de volver a devorar esos labios.

La besé mientras, con mis manos, acariciaba su espalda, sus brazos, su costado. Llegué hasta sus pechos y mordí su labio a la vez que los apretaba con fuerza.

¿Cómo demonios había logrado tenerla tanto tiempo cerca sin tocarla?

Porque era perfecta. Acariciar su cuerpo era la mejor sensación del mundo.

—Iker...

Era la primera vez que me llamaba así y noté cómo mi erección se endurecía aún más.

Escuchar mi nombre en sus labios me hacía temblar.

Bajé y lamí su garganta. Ella se echó para atrás, dándome mejor acceso. Mordí su cuello y sonreí al hacerla gemir.

—¿Qué estamos haciendo? —preguntó cuando apreté sus pechos, lo siguiente que iba a meterme en la boca.

Volví a ponerme recto y la miré a los ojos. Manteniendo la mirada, agarré su blusa y tiré con fuerza, rompiéndola.

Un grito ahogado salió de ella y yo me entretuve en mirar sus pechos, cubiertos por ese precioso sujetador.

—Vamos a follar, Alicia. Eso es lo que vamos a hacer.

Porque iba a ocurrir.

Porque ambos lo deseábamos.

—Muy bonito, pero prefiero verte sin él —volví a mirarla a los ojos y levanté una mano para acariciar su rostro, relajándola—. Tú decides.

Mantuvimos la mirada unos segundos, incluso cuando ella terminó de quitarse la camisa y, para mi sorpresa, también se deshizo del sujetador.

Joder, pensé que las piernas iban a fallarme y que no podrían sostenerme.

Tenía unos pechos preciosos, grandes, llenos. Temblando, levanté una mano y acaricié uno de ellos.

—No tienes ni puta idea de las ganas que tengo de follarte —dije con la voz ronca. Más bien para mí, ni siquiera para que ella me escuchase.

Ella no dijo nada, solo se escuchaba su respiración agitada.

Tanto como lo estaba la mía.

Seguí acariciando sus pechos, rozando sus pezones con mis dedos. Cogí un pecho con mi mano y bajé la cabeza para metérmelo en la boca. Oírla gemir así fue lo mejor del mundo.

Me dediqué a sus pechos, estaba casi tumbado sobre ella, su espalda desnuda sobre la mesa de mi despacho. Bajé, lamiendo su vientre y desabroché su pantalón. La miré, pidiéndole permiso para quitárselo.

Levantó sus caderas, era todo lo que necesitaba.

Me deshice de sus zapatos y de su ropa y me dediqué a observarla unos segundos. No iba a olvidar esa imagen en la vida.

Era perfecta. Toda ella.

Se incorporó, sentándose y sin paciencia ninguna, buscó la hebilla de mi pantalón, desabrochándolo hasta dejarlo caer. No sin antes darme tiempo a sacar un preservativo de mi cartera.

Mierda, no pensé que fuera tan desinhibida y me estaba volviendo loco.

Bajé mi calzoncillo y dejé libre mi erección. La tenía como una piedra, iba a reventar al mínimo contacto. Me puse la goma, la agarré por las caderas y la atraje hacia mí, colocando mi pene en su entrada.

—Dios...

Dios, no, nena. Yo, pensé antes de meterme dentro de ella.

Gruñí y me quedé quieto, su grito resonando en la sorda estancia.

—Joder —me envolvía como un guante. Cálida. Húmeda. Quemándome... Hecha para mí—. Por fin —apenas podía respirar, menos aún pronunciar palabra.

Salí un poco y volví a entrar. Se dejó caer de nuevo sobre el escritorio y verla allí, desnuda, solo para mí me hizo perder, de nuevo, el control.

La hice mía con fuerza, embistiéndola cada vez más rápido. Observando cómo entraba y salía de ella. Cómo su piel se teñía de rosa, excitada y se mojaba de sudor. Sus pechos moviéndose por el impacto de mis embestidas, sus gemidos haciendo que perdiera la cabeza.

La agarré más fuerte de las caderas y me moví más y más rápido. El orgasmo estaba cerca.

—Córrete —acaricié su clítoris con el pulgar, con suavidad y apretando un poco y gritó, alcanzando el orgasmo.

Se contrajo alrededor de mi miembro y estallé. Entrando en ella todo lo que podía, quedándome vacío por completo.

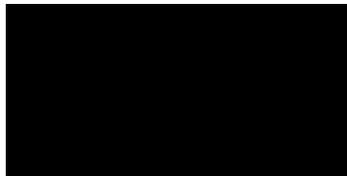
—Mierda —resoplé.

Salí de ella unos segundos después y le ofrecí la mano para ayudarla a incorporarse.

—Ahora sí que me aseguré de que no te vas a acostar con él.

Me arrepentí de lo que había dicho mucho antes de que su mano se estampase en mi cara.

Capítulo 9



Había sido un día un poco extraño.

Esa mañana, al llegar a la oficina, vi la puerta del despacho de mi jefe cerrada. Sin darle demasiada importancia, entré en mi pequeña oficina y me puse a trabajar.

Pero no lograba concentrarme. Y no podía hacerlo porque ese hombre aún no me había gritado.

Con el ceño fruncido, salí y le pregunté a Josefa si el jefe estaba allí.

—Ahí encerrado sigue —me respondió.

—¿Pero está bien?

Ella se encogió de hombros, como si fuera normal. Bueno, lo conocía más que yo, a lo mejor era así antes, pero no era lo normal desde que yo trabajaba en ese lugar.

—Supongo que sí.

—Jum...

Volví a mi despacho y seguí trabajando. Salí a desayunar y nada... Ni me llamaba ni lo veía por ningún lado.

—¿Se fue? —pregunté horas más tarde.

—No, sigue ahí, a no ser que se haya evaporado.

—A ver si le ha pasado algo.

—Qué va —rio Josefa—. Estará pensando.

—Vale...

Pero no me convencía. Tenía la sensación de que algo le ocurría.

Más preocupada de lo que me gustaría reconocer, llamé a su puerta y abrí al escuchar su desagradable “Adelante”.

Me quedé quieta al verlo. Con la cabeza gacha, mirando unos papeles.

—Señor Vidal —lo llamé.

Noté que se tensaba, pero no se movía.

Ni siquiera una palabra. Pero respiraba, ¿no?

—Señor Vidal —repetí, extrañada.

—Dime...

Bueno, estaba vivo, qué alivio.

—¿Me necesita para algo?

—No —dijo rápidamente.

Ah...

Volvió el silencio y se pasó las manos por su enmarañado pelo. Señal de que algo no andaba bien. Porque un poco lo conocía.

—Está bien... Si necesita algo, no dude en llamarme —*aunque sea a gritos*, pensé.

Mejor eso que verlo de esa manera. No me gustaba en absoluto.

Pero el tiempo pasaba y él seguía encerrado en ese lugar. A la hora de irnos, él seguía escondido, así que me despedí de mis compañeros y decidí sentarme y esperar por si me necesitaba para algo.

Increíble, pero un día sin escuchar el ¡¡¡Aliciaaaaa!!! no me gustaba.

Cualquiera diría que hasta lo echas de menos, pensé, riéndome.

Un poco sí, porque mejor eso a pensar que podía ocurrirle algo. Por más mal que nos llevásemos, no le deseaba nada malo. Al contrario.

Me preocupaba, no iba a negarlo.

Un rato después, escuché cómo se abría la puerta de su despacho y lo demás es historia...

“Vamos a follar, Alicia. Eso es lo que vamos a hacer.”

Esa frase, mientras iba sentada en el taxi que paré, se repetía una y otra vez en mi mente. Apreté con más fuerza la camisa que había roto, intentando tapan el máximo posible y resoplé.

Aún no podía creerme lo que había ocurrido en esa oficina.

Solo estaba preocupada, era normal, ¿no?

Pero cuando me besó, sentí que iba a desmayarme allí mismo.

No tenía ni idea de por qué lo hacía, nunca imaginé que, ni por un segundo, él me hubiese deseado.

Joder, ni siquiera imaginé que yo reaccionaría así ante él.

Respondí a su beso, sorprendiéndome a mí misma por la intensidad de mis sensaciones. ¿Cómo podía ese hombre insufrible llevarme a ese estado?

Agarrada a él hasta que me dejó en sobre su escritorio. Besándonos hasta no poder respirar.

Me quedé de piedra cuando rompió mi blusa y mojé aún más mi ropa interior. Era primitivo, decadente, sexy...

Y me tenía bajo su hechizo.

“Tú decides”, había dicho tras mirar mi sujetador.

Yo en ese momento tenía poca elección, yo solo quería, aunque no pudiese creérmelo, sentirlo dentro de mí.

Quería que el hombre que me odiaba, de verdad me deseara de esa manera tan cruda.

Por eso me deshice de la camisa y del sujetador. Y desde ese momento, sentí cómo él perdía el control.

“No tienes ni puta idea de las ganas que tengo de follarte.”

No, no lo sabía. Ni siquiera sabía que yo tenía ganas de que lo hiciese. Estaba desesperada por sentirlo... No pude esperar para desabrocharle el pantalón y cuando vi su miembro... Madre de Dios, ¿eso era real?

Lo era, lo supe cuando lo tuve dentro, sintiendo que me rompía en mil pedazos.

Su rostro endurecido por el esfuerzo, su pelo hecho un completo desastre y yo nunca lo vi tan guapo.

Hasta que, después de todo eso, la jodió.

“Ahora sí que me aseguré de que no te vas a acostar con él.”

Sentí que me invadía la furia. ¿Así que de eso se trataba todo? ¿De asegurarse de que no sería su amigo?

Maldito idiota, me hizo sentir tan mal...

Le había confiado que entre Ángel y yo no ocurrió nada porque quise que lo supiera, pero cómo me arrepentía de haberlo hecho.

—Alicia, espera...

Y una mierda iba a escucharlo siquiera.

Me vestí todo lo rápida que pude y salí corriendo de allí, agradeciendo que el ascensor se cerrara antes de que llegara.

—¡¡¡Aliciaaaa!!! —gritó antes de que me montara en el taxi.

Pero yo no quería escuchar nada. Porque ¿qué me iba a decir?

Mentiras, seguro que mentiras.

Ya había conseguido lo que quería, demostrar que él ganaba. Pues que le aprovechase.

El muy imbécil.

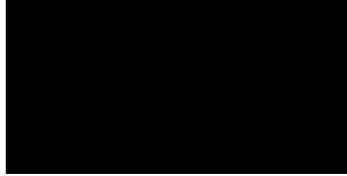
Llegué a mi casa y me metí en la ducha, intentando borrar sus huellas de mi cuerpo, pero era imposible. Me senté y dejé que el agua cayese sobre mí, las lágrimas cayendo, también, por mis mejillas.

Era una idiota, ¿cómo había podido, ni siquiera por un segundo, pensar que ese hombre lo hacía porque me deseaba?

No sabía si me dolía más su engaño o el haberme dado cuenta de que yo sí había deseado estar, cada segundo, con él.

Y darme cuenta de que ese hombre no me era indiferente era algo difícil de digerir.

Capítulo 10



“Ahora sí que me aseguré de que no te vas a acostar con él.”

Me levanté a la mañana siguiente sin poder olvidar esa frase y con un insoportable dolor de cabeza.

Había bebido demasiado la noche anterior. Entre que no podía olvidar lo que ocurrió con ella, reviviendo cada momento que estuvimos juntos y que me dolía el pecho al darme cuenta de cómo la había cagado después...

Era un gilipollas de primera.

Me arrepentí rápidamente, mucho antes de que pudiese ver el dolor en sus ojos. Me sentí un canalla y lo era.

Ella se levantó, se vistió y salió corriendo de allí.

Cuando actué, ya era tarde, no me dio tiempo a alcanzarla. Era la primera vez que la tenía entre mis brazos. Joder, la había hecho mía y, como el imbécil que era, lo había jodido todo.

Me había sorprendido verla allí al salir de la oficina. Y más aún el saber que después de como era con ella, estaba preocupada por mí.

Eso me desarmó por completo.

Y cedí. Dejé a un lado mi autocontrol y la besé. Y no me arrepentía de nada de eso. ¿Cómo iba a arrepentirme de haber probado esos labios? ¿Cómo iba a arrepentirme de haber disfrutado de ese cuerpo?

Aún me costaba creer lo que había ocurrido entre los dos. Ella se había entregado a mí como nunca nadie. Nadie me había mirado de esa manera.

Solo ella.

Quien pensaba que me odiaba. Quien me había asegurado de mantener lejos de mí. Quien nunca me había hecho pensar que pudiese verme más que como un ogro.

No sabía en qué pensaba en ese momento, antes de dejar caer todas las barreras. Quizás tenía la tonta idea de que todo terminaría una vez que la hiciese mía. Tal vez mi obsesión por ella menguase. Pero no era así. Volví a desearla en el mismo instante en que salí de su cuerpo. Me habían entrado ganas de tajarla y llevarla hasta mi casa para no dejarla salir de allí nunca más.

Hasta ese punto estaba perdiendo la cabeza por ella.

Pero como siempre que el pánico se apoderaba de mí, tenía que decir alguna gilipollez. Y esa vez no tenía perdón. Ella me había confesado lo de Ángel con toda la inocencia del mundo y yo...

Imbécil.

Llegué al trabajo tarde, me paré frente al escritorio de Josefa y miré a mi izquierda. La puerta del despacho de Alicia estaba cerrada.

—Buenos días, jefe.

—Buenos días —para quien los tuviera...— ¿Alicia...? —ni siquiera terminé la pregunta.

—Está en su despacho.

—Bien... —al menos el alivio de saber que estaba allí.

—Creo que no está bien.

—¿Perdón? —fruncí el ceño y miré a mi secretaria.

—Algo le ha debido de pasar porque traía los ojos hinchados.

—Entiendo... —claro que le había pasado algo, yo.

—Supongo que se le pasará. ¿Le apetece un café?

—Y un par de analgésicos, por favor.

—Enseguida —sonrió ella.

Entré en mi despacho, me dejé caer en la silla y suspiré. ¿Había estado llorando?

Seguro que sí, idiota. Porque eres un auténtico capullo con ella.

Tenía que encontrar el momento para hablar con Alicia. No sabía qué iba a decirle exactamente, pero me tenía que disculpar.

Pero la mañana pasaba y ella no salía de su despacho. Un poco agobiado y sin poder concentrarme, me levanté para ir a buscarla.

En ese momento, Patricia cerraba su puerta.

—¿Y Alicia? —le pregunté al mirarla.

—Trabajando.

—Ya veo... —contuve el impulso de pasarme las manos por el pelo.

—Hora de desayunar. ¿Nos acompañas, Josefa?

Ella miró el reloj y asintió con una sonrisa.

—Sí, así me río un rato. Parece que hoy tenemos ambiente de velorio —me miró de mala manera y yo apreté la mandíbula.

La conocía y sabía que me estaba culpando por lo que le ocurriese a Alicia. Esa mujer siempre veía más allá de todo.

—¿Le traemos algo, jefe? —preguntó Patri.

Cianuro, pensé.

—No, gracias.

Las vi marcharse y me quedé allí unos minutos, como un tonto, mirando la puerta de su despacho.

El día anterior se había preocupado por mí y ese día era mi turno. Me acerqué a su puerta y abrí.

Muy bien, Iker. De verdad que lo haces de puta madre. Joder, ¿tanto te costaba llamar?, me recriminé a mí mismo.

Maldiciéndome, posé mis ojos en ella. Estaba de pie, mirando por el ventanal de su oficina. De espaldas a mí. Se abrazaba a sí misma y su cuerpo se puso rápidamente en tensión.

—¿Desea algo, señor Vidal? —retintín en la palabra señor y con razón.

Era un idiota, un imbécil, un capullo, un tocapelotas, un ogro, un gilipollas... Con ella me comportaba de todas las maneras, menos como un hombre.

—¿No vas a desayunar? —fui lo único que se me ocurrió.

—No. ¿Y desde cuándo le interesa si como o no? —aunque ella no lo supiera, siempre estaba pendiente a ella— ¿Me va a obligar a salir?

Mierda. Estaba muy dolida. Se le notaba en la voz.

Prefería que comenzase a lanzarme cosas a la cabeza. Que me insultase. Lo que fuera menos verla así.

Cerré la puerta y me quedé allí, mirándola, dejando mi pelo hecho un desastre. Vi cómo su cuerpo se relajaba, suponiendo que me había marchado. Entonces se abrazó con más fuerza y escuché un pequeño sollozo.

Estaba así por mi culpa, era un mierda de hombre.

—Joder —gruñí, sorprendiéndola y me acerqué a ella. La cogí por el brazo y la obligué a mirarme.

—Déjeme.

Y una mierda la iba a dejar mientras lloraba. Porque estaba llorando, ¿no?

—Alicia, por favor —cogí su cara entre mis manos.

—No me toque.

—No me pidas eso. Llevo horas pensando en ti —y días. Y semanas. Y meses...

Le di un beso en los labios. Ella apartó la cara y se separó de mí.

—No sea cínico —escupió— No tiene nada que demostrar esta vez, señor Vidal —escupió, limpiándose, con rabia, las lágrimas que corrían por sus mejillas y mirándome con odio.

Esa vez era odio de verdad.

—Yo no quise decir...

—¿Qué? —me animó a continuar— ¿No quiso decir que ya había conseguido lo que quería? Lo que no entiendo es qué le importaba eso a usted. ¿Quería salvar a su amigo? ¿Se sacrificaba para eso?

Abrí los ojos de par en par. Joder, ¿le hice creer que estar con ella era un sacrificio?

Lo era, pero no en el sentido que ella creía.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Tengo mucho trabajo y por favor, no tengo ganas de juegos hoy —suspiró, derrotada. Odiaba verla así, sufriendo. Y me odiaba a mí por haberla llevado a eso. Podíamos tirarnos los trastos a la cabeza a diario, podía comportarme como un neandertal y ella como una loca energúmena, pero no estaba jugando con ella, no quería hacerle daño—. ¿Qué es lo que necesita?

—A ti.

Ahí estaba la verdad. Simple. Sincera. Ella era lo único que quería y necesitaba en ese momento. En cualquiera de sus facetas.

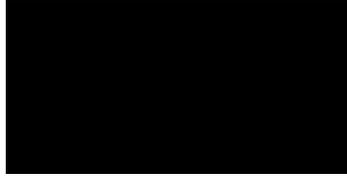
Cerró los ojos con fuerza y suspiró pesadamente.

Y yo aproveché para abalanzarme sobre ella y besar esos preciosos labios con los que tantas veces había soñado. Ella intentó separarse de mí, pero la acorralé contra el cristal, pegando mi cuerpo al suyo, insistiendo para que abriese su boca y cediese a lo que fuese que ocurría entre nosotros.

—Déjeme —rogó cuando dejé sus labios libres.

—No lo haré. Ni ahora, ni después, ni mañana... Ni nunca —juré.

Capítulo 11



Una mañana de mierda, eso era lo que estaba teniendo ese día. Casi no había dormido y seguía sentada en esa silla intentando centrarme en algo que no fuera mi jefe.

Y en ese momento, mientras me besaba de esa manera, menos podía centrar mi mente.

Sabía, desde que esa puerta se abrió, que era él. No hacía falta que hablara, mi cuerpo lo sentía. Y yo, lo único que quería, era que se marchase de allí.

Pensé que lo hizo cuando la puerta se cerró, pero no. Me tenía pegada a él, intentando que me rindiese.

Y yo no tenía ni ganas ni fuerzas de luchar ese día con él.

—¿Qué es lo que necesita? —que me lo dijera ya y que se marchase de una vez.

—A ti.

Cerré los ojos con fuerza y suspiré pesadamente.

Claro que sí, pensé con ironía. ¿Y con qué motivo oculto esta vez?

Fue entonces cuando lo sentí. Sus labios duros sobre los míos, besándome sin control. Yo tenía que evitar eso, yo no iba a caer en esa trampa de nuevo.

Con mi espalda pegada al cristal, su erección rozando mi sexo... Tenía que cortar aquello porque, por cómo mi cuerpo volvía a reaccionar, ese hombre iba a conseguir de mí lo que quisiera.

¿Qué demonios me ocurría con él? Fuera lo que fuese, no iba a permitir que jugase, de nuevo, conmigo.

—Déjeme —le pedí cuando dejó mis labios libres.

—No lo haré. Ni ahora, ni después, ni mañana... Ni nunca —juró.

Me quedé en shock con esa frase. Sabía que solo era producto de la pasión, pero la vehemencia con la que dijo esas palabras me sorprendió.

Volvió a mis labios y yo no tuve fuerzas para pararlo. Porque aún después de todo, lo deseaba como nunca había deseado a nadie.

Gemí sobre sus labios, un sonido de rendición. Él gruñó al escucharlo y entonces perdió el control.

Nos besamos con desesperación. Enterré mis manos en su pelo y lo acerqué aún más a mí. Mis caderas no podían dejar de moverse, necesítandolo dentro. Bajé las manos hasta su pantalón y comencé a desabrocharlo, la necesidad apoderándose de mí.

Con su miembro entre mis manos y un rugido ronco que salió de su garganta, separó su rostro del mío. Tenía los ojos cerrados y parecía mortificado.

—No sé qué me haces —susurró, la voz entrecortada—. Solo sé que quiero más.

Yo también quería más, yo también lo quería a él.

Abrió los ojos y mirándome, levantó mi falda. Metió las manos dentro de mis bragas y las bajó. Tocó mi sexo y creí terminar en ese mismo momento.

—Empapada —su voz ronca, perfecta—. Te quiero siempre así —un dedo dentro de mí y tuve que morder mi labio para no gritar.

—Iker —su nombre salió como un ruego de mis labios.

—Dime qué quieres. Qué necesitas.

—A ti —apreté aún más su miembro—. Por favor.

Él soltó una risita y yo lo miré con curiosidad.

—Y sin favor, pequeña —me levantó en peso, colocó su miembro en la entrada de mi vagina y entrelacé mis piernas en su cintura. Entonces entró en mí, mi espalda golpeando el cristal—. Joder. Me encantas...

Lo besé mientras me embestía una y otra vez. Y me hizo suya de nuevo.

El orgasmo me hizo temblar, mordí su cuello para evitar gritar y entonces él se corrió dentro de mí.

Me mantuvo abrazada con fuerza unos minutos, hasta dejarme en el suelo de nuevo.

—Dios —pegó su frente a la mía tras darme un beso en la nariz—. Eres una droga.

No sabía si tomármelo como un cumplido o no.

Fue en ese momento cuando me di cuenta de dónde estábamos y de lo que habíamos hecho.

—Mierda —gruñí, empujándolo.

—¿Qué haces?

—Menos mal que tomo la píldora —resoplé, empujándolo más.

—Lo siento, yo no...

Negué con la cabeza, era culpa de los dos.

—Vete, por favor.

—Alicia...

—Necesito estar sola.

Necesitaba pensar. Porque con ese hombre cerca no podía hacerlo. Me nublabla la mente y se adueñaba de mi cuerpo.

—¿Pero estás bien? —preguntó, preocupado. Lo cual me sorprendió.

—Solo necesito estar sola.

Dudó, pero terminó asintiendo con la cabeza, me dio un beso en la frente y se separó de mí para colocarse la ropa. Hice lo mismo y me giré para no verlo más.

Noté sus manos alrededor de mi cintura. Su cuerpo pegado, de nuevo al mío y un beso largo en la cabeza.

—No pienses demasiado.

Entonces se separó de mí. Escuché cómo abría y cerraba la puerta y suspiré, un par de lágrimas cayendo de nuevo de mis ojos.

Me había vuelto a ocurrir. Lo había vuelto a desear. Me había vuelto a deshacer entre sus brazos.

Y lo seguiría haciendo cada vez que insistiera porque, para mi desgracia, me había enamorado de él.

Para mi desgracia, estaba enamorada de mi jefe.

¿Cuándo, por el amor de Dios, había ocurrido eso?

La verdad es que no quería ni responder a esa pregunta, no estaba segura de poder soportar la respuesta.

Cuando me calmé, me senté, esperando poder concentrarme. Al día siguiente sería la presentación de los proyectos y tenía que tener la mente centrada. Tenía que conseguir ganar, había trabajado muy duro para ello.

Y aunque tenía el proyecto terminado, no había podido evitar hacerle algunos cambios.

—¡¡¡Aliciaaaaaa!!!

¿En serio? Puse los ojos en blanco, joder, me acababa de tener cerca, más de lo que debería, no hacía ni una hora y ¿me estaba gritando como el hombre de las cavernas que era?

¿Ese era el tiempo que iba a dejarme sola?

—¡¡¡Aliciaaaaaaaaaa!!!

—¡Ya voy! —a grito pelado.

Maldito imbécil, a ver qué demonios quiere ahora, refunfuñé por el camino. Si le he pedido tiempo a solas, ¿es por algo!

Carraspeé cuando me encontré con Josefa al salir de mi despacho. Ella me miró con las cejas enarcadas, me dio un repaso de arriba abajo y sonrió. Caminé, nerviosa, no podía ser que esa mujer hubiese notado nada, ¿no?

—Alicia...

—¿Sí? —me giré rápidamente a mirarla, antes de abrir la puerta del despacho de Iker.

—Cariño, llevas la falda... Se te ve parte del trasero, por decirlo con suavidad.

Di un grito ahogado y lo arreglé rápidamente. Me había puesto del color de la grana.

—Yo... Fui al baño con prisas.

—Ya... —sonrió ella, dándome a entender que no me creía.

—¡¡¡Aliciaaaaaaaaaa!!!

—Esto... Me llama.

—Sí, ya lo escuché.

—Será mejor que vaya a ver... —joder, me había puesto hasta nerviosa. No sabría nada, ¿verdad? Nadie había oído ni sospechaba nada, ¿no? Porque me podía dar algo.

—¡¡¡Aliciaaaaaaaaaaaaaa!!!

—Sí, parece desesperado esta vez —me regaló una sonrisa socarrona—. Venga, no lo hagas esperar más.

Abrí la puerta del despacho de mi jefe y entré, cerrándola de nuevo.

—¿Qué? —pregunté, entre la desesperación y el agobio.

Apoyó su espalda en la silla y me miró de arriba abajo. No, no podía hacer eso, me iba a poner peor.

Me quedé mirándolo, nerviosa. Y mi corazón dio un vuelco, fue entonces cuando confirmé lo que temía. Estaba enamorada de ese hombre.

Y tenía que salir corriendo de allí.

Tardé en reaccionar, lo que le dio tiempo a actuar con presteza. No me había dado tiempo a abrir la puerta cuando ya me tenía acorralada.

—¿Adónde crees que vas? —su cuerpo pegado a mi espalda, una mano en mi cintura, sus labios en mi cuello.

—Yo... Tengo muchas cosas que hacer.

—Pues las atrasas —dijo con voz de mando. Me hizo girarme entre sus brazos y mirarlo a los ojos—. ¿Estás bien?

No, no lo estoy. ¿Cómo demonios voy a estarlo si me acabo de dar cuenta de que estoy enamorada de ti?

—Sí —mentí—. Déjeme irme.

—Deja de hablarme de usted —resopló—. Te acabo de follar en tu oficina, creo que te da derecho a tutearme —sonrió, bromista.

Me quedé mirando su cara. Sí que era guapo. Siempre lo había pensado, pero en ese momento lo estaba aún más, con ese pelo hecho un verdadero desastre.

Y me entró el pánico. Y él debió de notarlo, porque frunció el ceño.

—Ven aquí —cogió mi mano y tiró de mí. Me cogió en peso y me sentó sobre su escritorio, poniéndose entre mis piernas abiertas—. ¿Qué te ocurre?

—Nada. Es solo que no sé qué estamos haciendo.

—Pues ayer follamos y hoy también —dijo como si fuera normal y ya.

Miré al cielo, lo peor de todo es que él era así, no interpretaba ningún papel.

—Qué sutileza...

—¿Te preocupa lo del preservativo? Lo siento, la cagué. Pero tengo mis análisis en regla, te los enseñaré. Y si quieres revisarte y quedarte más tranquila, correré con todos los gastos. Fue mi culpa.

—Si quisiera, créeme que lo pagaría yo —dije, ofendida.

—Joder, Alicia, no lo dije en ese sentido. Estoy intentando enterrar el hacha de guerra, ¿me puedes ayudar un poco?

—Si me acabas de gritar como diez veces —estaba alucinada. ¿Enterrar qué hacha?

—Hmmm... —me cogió de las caderas y me movió hasta pegarme más a él— Y aquí te tengo.

—¿Y para qué me necesita? Me necesitas —rectifiqué al mirar sus cejas enarcadas. Es que ya me había puesto, de nuevo, nerviosa.

—Solo quería saber que estabas bien.

—Ah...

Todo aquello era un poco extraño. Dos días antes nos estábamos matando y en ese momento me trataba bien y se preocupaba por mí.

—Ayer lo hice mal, lo siento.

Eso sí que no me lo esperaba. A ver si, en el fondo, no iba a ser tan ogro.

—Está bien, no pasa nada.

—Sí, pasa, Ali —era la primera vez que me llamaba así—. Yo tampoco sé qué es todo esto. Lo único que sé es que te deseo. Y lo de ayer ocurrió por eso —sonaba sincero.

—Esto no puede ser... Tú y yo... Joder, eres mi jefe y, además, ¡me odias!

Él soltó una carcajada.

—Créeme, he intentado hacerlo —dijo, sin explicarme nada más—. No sé cómo llevar esto, pero sé que no es suficiente. No lo fue ayer, no lo ha sido hoy... Quiero más.

Joder, pues sí que era directo el hombre. Y sincero. Al parecer yo tenía una visión muy equivocada de él.

—¿Más? —me daba ansiedad esa palabra. ¿Más en qué sentido? Porque para él solo era sexo, de eso sí estaba segura.

—Vernos fuera de aquí —estaba nervioso—. Quizás una cita normal. Si aceptas, claro.

—Iker, yo...

—Alicia —cogió mi cara entre sus manos—. Sé que no entiendes nada. Créeme, yo tampoco demasiado. Pero estoy harto de luchar contra esto —¿contra qué?— ¿No podemos...? No sé, intentar... Joder, me gustaría conocerte mejor.

Sonreí al verlo de esa manera, sin saber explicarse, sin esa seguridad que el caracterizaba.

—No creo que sea lo mejor.

—Me importa una mierda si es lo mejor o no —rugió.

—Soy tu empleada.

—También me importa una mierda.

—Y me odias.

Resopló.

—No me pongas excusas. Si no quieres, lo acepto. Pero excusas no, Alicia.

—No son excusas, solo creo que han sido dos arrebatos de pasión y ya —gemí cuando colocó la mano sobre mi sexo, apretando mi clítoris.

—¿Y ahora el tercero?

—Eres un capullo.

—Lo soy —reconoció—. Pero no intento maquillar lo que hay. Y esto, pequeña —metió un dedo dentro de mí—, lo mojada que estás por mí, no son solo arrebatos.

—Mierda —gemí.

—Te deseo —me dio un beso en los labios— y me deseas —dos dedos dentro, haciendo que necesitara más—. También estoy asustado, pero mi deseo por ti es mayor —dijo con seguridad.

—Iker...

—Me encanta cuando dices mi nombre —lamió mi cuello—. ¿Quieres correrte?

A la mierda todo, ya me había liado de nuevo. Definitivamente, con ese hombre ni podía pensar ni mi cuerpo me pertenecía.

—Sí...

—Entonces hazlo —movió sus dedos y apretó mi clítoris. Jugó conmigo hasta hacerme temblar—. Dios, me encanta ver tu cara cuando te corres —un beso dulce mientras estaba temblorosa—. ¿Cenas conmigo?

Maldito, sabía cómo conseguir lo que quería.

Dudé. Me quedaba poco tiempo allí y bastante se habían complicado las cosas entre nosotros como para empeorar todo aquello aún más.

Tenía que luchar con las ganas de tener más de él y con lo que mi cabeza me decía que tenía que hacer. Salir corriendo de allí.

Huir de él.

—Solo una cita —estaba claro que mi cabeza no ganó...

—Claro —confirmó. Me besó y me bajó de la mesa. Fui hasta la puerta y abrí—. Siempre hay que empezar por una —dijo antes de que me marchara—. Te espero debajo de tu casa a las ocho.

Joder...

¿En qué lío me había metido?

Las ocho menos cinco. Me miré en el espejo y mordí mi labio inferior. No estaba mal, ¿no? Ni demasiado formal, ni muy informal. Un vestido normal.

Hice un mohín con los labios. A lo mejor me había pasado con el maquillaje. ¿No sería mejor

que me recogiese el pelo?

Di un respingo cuando el móvil sonó, era un mensaje.

Iker: Estás preciosa. Así que deja de dudar y baja ya.

¡Cómo podía ser tan capullo!

Alicia: Enseguida voy.

Iker: Ya, Alicia. Enseguida no, ya.

Sí, era un capullo de primera.

Un rápido vistazo a la imagen del espejo, un largo suspiro, cogí mi bolso y bajé. Estaba en la puerta, apoyado en su coche. Una sonrisa torcida se forjó en sus labios cuando me vio aparecer, no sin antes mirarme de arriba abajo.

Él estaba guapísimo, con unos vaqueros rotos y una camisa gris. Su pelo ya despeinado. Tenía curiosidad por saber si se lo peinaba alguna vez.

—Joder —gruñó, tirando de mí cuando me acerqué y pegándome a él—. ¿No podemos olvidar la cena e ir directamente al postre? —me dio un beso que me dejó sin aliento.

—Estamos en la calle —dije al terminar.

—Sí, me di cuenta de eso —frunció el ceño—. ¿Temes que nos vea alguien?

—Yo... Esto... No lo sé.

—¿Por qué no dejas de pensar?

—Lo intentaré —prometí.

—Bien —sonrió—. ¿Comida china o italiana?

—Difícil elección —sonreí—. Tú decides.

—Si yo decidiera, estaría ya follándote en tu casa. Así que por algo te doy a elegir.

Me agarró por la cintura y me pegó a su cuerpo. Estaba excitado ya y maldición, yo también.

—¿Qué tal unas pizzas en mi casa? —dije con todo el descaro del mundo.

Vi su cara de asombro. ¿No quería que dejase de pensar? Pues eso es lo que estaba haciendo.

Le dio clic al mando del coche, lo guardó en su bolsillo y cogió mi mano.

—¿Tercero b, verdad?

—¿Cómo sabes...?

—Soy tu jefe.

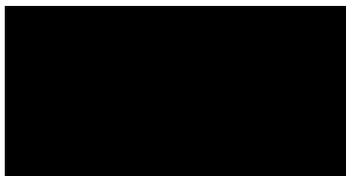
—Pero no deberías de usar esa información.

—Es en mi beneficio, claro que lo haré.

Dentro del ascensor, no pude evitar gemir cuando me besó, dejándome sin aliento.

Nada más entrar en mi casa, a la mierda el vestido que tanto había tardado en elegir. Era evidente que nos sobraba todo lo que no fuera sentirnos piel con piel.

Capítulo 12



—¿Deduzco que vives sola?

Estaba tumbada en la cama, boca abajo, con la cabeza ladeada hacia mí. Aún respiraba con dificultad por el orgasmo que había tenido.

Acaricié su espalda y disfruté de ese momento de paz entre los dos. Me gustaba más eso que sacarla de quicio.

Bueno... No era del todo así, me gustaba de todas formas. Me excitaba de cualquier manera y no podía evitarlo más.

—Sí. No te dio tiempo a verlo, pero es un piso pequeño. Suficiente para mí.

—¿Y tu familia?

—A hora y poco de aquí. Viven en el pueblo, con mi abuela.

—¿Y desde cuándo estás aquí?

—¿Y ese interés en mi vida, señor Vidal? —bromeó.

—Quiero conocerte —dije con seriedad—. Te lo decía en serio, Alicia.

Ella me miró fijamente, seria. Yo no tenía por qué ocultar lo que sentía ni lo que quería. Llevaba meses actuando así y no me había servido de nada.

La tenía, por fin, conmigo. Y aunque no fuésemos nada, yo quería seguir teniéndola ahí. Pero aceptaría lo que ella me quisiera dar. Aunque no por ello dejaría de intentar tener más.

No me resultaba sencillo exponerme de esa manera y tenía la sensación de que, para ella, era aún más complicado. Pero haría mi mejor esfuerzo porque aquello, fuera lo que fuese que hubiera entre nosotros, siguiese adelante.

—Mi padre es policía —comenzó.

—Vaya —sonreí—. Ahora entiendo de dónde sacaste ese carácter.

—Yo sigo sin entender de dónde sacaste el tuyo, tus padres son encantadores —lo dijo tan seria que tuve que soltar una carcajada.

—Yo también lo soy, menos cuando una loca me vuelve loco.

—Pero si yo no hago nada —suspiró. Respiraba, con eso ya me excitaba y me hacía perder la cabeza, pero aún no tenía por qué saberlo—. Me crié en el pueblo, con mis padres y con mi

abuela. Mi padre es poli, mi madre limpiaba casas. Son dos personas normales y corrientes. Mi madre dejó de trabajar hace unos meses, cuando el Alzheimer de mi abuela la dejó postrada en una cama.

Noté la tristeza en su voz y se me formó un nudo en el estómago. Debía de ser muy duro para ella.

—Lo siento.

—Todo estará bien —sonrió, dándose fuerza a ella misma y la admiré por eso—. Yo siempre he sido algo independiente, salí de casa, trabajé de camarera, limpiando casas también. Lo que hubiera para poder pagarme el alquiler aquí. Mis padres me han ayudado también. Y voy a verlos cada vez que tengo oportunidad. Ha sido duro estar lejos de ellos, pero están orgullosos de mí.

Y yo también lo estaba.

Había querido imaginarla siempre como una víbora. Alguien sin corazón, sin alma. Era más fácil así mantener el deseo a raya. Pero aún con ese carácter que yo me encargaba de hacer aparecer, Alicia era una persona especial.

Sabía pocas cosas de ella, me había mantenido alejado hasta en ese sentido.

—Y pronto tendrás la recompensa a todo ese esfuerzo.

—Sí, eso espero —sonrió—. Trabajar contigo me abrirá muchas puertas. Siempre te estaré agradecida por la oportunidad.

Nada que agradecer y ninguna puerta que abrir. Porque sin sexo o con él, yo ya había decidido que la quería trabajando para mí.

Y no iba a dejarla escapar. Ahora menos que nunca.

Como tampoco iba a dejarla separarse de mí. La quería cerca, estaba hambriento de ella.

—Tengo hambre.

—¿Pedimos las pizzas?

Acaricié su trasero y lo apreté.

—No me refería a ese tipo de hambre, pero sí —reí—. Te daré una tregua, será una noche larga.

Ella pestañeó varias veces.

—¿Quieres quedarte después? —preguntó, dubitativa.

—Sí —dije con seguridad—. Si tú quieres, claro.

—Es un poco raro. Pensé que me odiabas.

—No te he odiado nunca —la hice ponerse de lado para pegarla a mí—. Nunca lo he hecho, Ali. He sido un gilipollas, eso sí.

Ella pasó las manos por mi pelo en un gesto cariñoso que me desarmó.

—Yo tampoco te odio.

—Me alegro —sonreí—. Aunque eso no quiere decir que no siga comportándome como tu

jefe.

—¿Gritándome? —bromeó.

—Mientras me vuelvas loco, sí.

—¿Y cuándo hago eso?

Pues siempre, pero no lo dije. En vez de eso, la besé.

—Mejor pido ya o no comes hoy —gruñí, moviéndome para coger el móvil—. ¿De qué la quieres?

—Extra de queso, mucha carne y pepperoni —se le hizo la boca agua y yo solté una carcajada.

Llamé y la observé levantarse. Desnuda, salió del dormitorio. Joder, ya la tenía dura de nuevo.

Me puse el bóxer y el vaquero cuando colgué la llamada y salí del dormitorio. Era un apartamento pequeño y muy ordenado. Como su despacho, Alicia era una obsesa del orden, ya había deducido eso de ella.

Sonreí mientras miré una foto que tenía en el salón con quienes debían de ser sus padres y su abuela. Estaba feliz ahí, con ellos.

¿Cuántas veces se habría sentido sola?

Y yo no había ayudado una mierda, seguramente había empeorado la sensación con cómo la trataba. Merecía que me odiara. Para mi fortuna no era así.

—Pronto iré a verlos —me giré a mirarla.

Se había puesto un pantalón corto y una camiseta de tirantes. Tenía el pelo revuelto, la piel rosada, los labios hinchados... Se me endureció de nuevo. Tenía un maldito problema con esa mujer.

Cogí su mano y tiré de ella. La pegué a mí y la besé.

—Después de que termine todo lo del proyecto, si necesitas unos días, cógelos.

—Gracias, pero no es necesario.

—¿Nerviosa por la presentación de mañana?

—Un poco —sonrió. Acarició mi pecho y se quedó así unos segundos, ensimismada—. No quiero que esto afecte a tu decisión.

—¿Crees que lo haría? —entendía su miedo y lo más seguro es que lo tuviera por sus compañeros.

—No —dijo mirándome de nuevo y con seguridad—. Pero ellos...

Ahí estaba lo que le preocupaba, no me había equivocado.

—Lo mantendremos en secreto si te sientes mejor así —ella asintió con la cabeza.

Era normal. No me gustaba, pero era lo lógico. Si elegía su proyecto, pensarían que había trato de favor. Aunque seguramente lo pensaban ya, pero parecía que ella no se había dado cuenta de nada.

Además, suponía que necesitaba un poco de seguridad antes de que nadie supiera qué era lo

que había entre nosotros, cuando ni nosotros mismos le habíamos puesto nombre.

—Tampoco quiero que mi decisión afecte a lo que tenemos —le confesé.

Aunque yo sabía, desde el principio, que ella iba a ganar. De no ser así, tampoco debería de afectarnos.

—No lo hará —sonrió.

—Bien.

—¿Eso significa que voy a tener que seguir soportándote?

—Por ahora sí —mordí su cuello y la hice reír—. No sé cómo hacer esto, Ali. Tendrás que ayudarme —me sinceré.

—¿Yo? Yo ni siquiera sé qué es lo que estamos haciendo —suspiró.

—Entonces aprenderemos juntos —le di un beso en la frente—. Bastante acojona todo ya como para pensar demasiado. Dejémonos llevar, ¿te parece?

—¿Sin reglas?

—La única regla es que no te comparto —dije con firmeza.

—¿Y yo a ti?

—No —le aseguré.

—Eso suena a relación.

Me encogí de hombros. Ni siquiera me importaba qué nombre se le diera a eso.

—Me importa una mierda cómo se llame. Intentaré que nadie note nada, quédate tranquila. Pero estás conmigo, no lo olvides.

Otro beso en su frente y fui a abrir cuando llamaron a la puerta.

—Yo pago —ella corrió a abrir y yo la cogí antes de que lo hiciera, levantándola en volandas.

—Es mi cita, pago yo.

—Pero es mi casa —se quejó.

Se revolvió para que la bajara, pero no lo hice. Con ella así, abrí la puerta. El repartidor nos miró a ambos y nos entregó las cajas. Alicia las cogió mientras yo sacaba un billete del bolsillo y se lo entregaba.

—Primera cita y ya me has hecho pasar vergüenza —reía mientras la dejaba caer en el sofá.

—Vete acostumbrando —bromeé.

—Neandertal.

Protestó, pero sonrió. Todo lo cavernícola que ella quisiera, pero para mi buena suerte, eso le gustaba.

Capítulo 13



—¡¡¡Aliciaaaaaaaaa!!!

A tomar por culo el café. Otra vez.

—A la mierda —la carcajada de Carlos resonó en todo el edificio.

Lo bien que se lo pasaban con el neandertal de mi jefe. Y yo, pero de otro modo. Porque cuando se comportaba así, quería ahorcarlo.

—Juro que un día lo mato —refunfuñé.

Bastante nerviosa estaba yo ese día como para que él me alterase aún más. Ya lo hacía en mi mente con las imágenes de su cuerpo desnudo que no se borraban de ella.

—Cómetelo a besos, os ayudará más —rio Carlos.

Me puse roja como la grana, si él supiera.

—Anda, ve —Patricia me quitó la jarra de las manos, había puesto todo perdido—. Ya lo limpio yo y hago café de nuevo.

—Y ponle cianuro, por favor —gruñí antes de ir hacia su oficina.

Cogí aire antes de abrir la puerta y entré. No me dio tiempo a cerrarla cuando ya lo tenía sobre mí, devorando mi boca.

—Joder —gruñí cuando puso fin al beso.

—Buenos días —sonrió y lo miré de mala gana.

—Serán buenos el día que no me grites.

—Entonces pensarían que hay algo raro en mí. Y no quieres eso, ¿no?

Puse los ojos en blanco. No por ello no podía cambiar un poco, pero a ver si se le metía en su dura cabeza.

Se había ido de mi casa a primera hora de la mañana para ducharse y yo acababa de llegar a la oficina.

—¿Estás nerviosa?

—Mucho —suspiré.

—No lo estés, confía en ti. ¿Necesitas sexo antes?

—No —dije con cara de horror y no pude evitar reír al ver su cara de decepción.

—¿Segura? Porque a mí me ayudaría. Así no me paso toda la reunión con esto —cogió mi mano y la puso sobre su erección.

—Joder —gemí—. ¿Nunca tienes suficiente?

—De ti no —dijo tan tranquilamente.

Y yo no sabía si no se daba cuenta de lo que significaban ese tipo de comentarios. Al menos para mí.

—¿Es en media hora?

—Más o menos, sí.

—Vale... ¿Le importa, señor Vidal, dejar que me tome un café antes?

—Qué remedio —resopló, separándose de mí como si fuera el mayor de los suplicios, lo que me hizo reír—. Espera —me dio un beso que me dejó con las rodillas temblorosas—. Ahora sí —ya parecía satisfecho consigo mismo—. Ahora sí tienes los labios magullados, perfectos para mirarlos durante toda tu charla.

—¡Serás capullo! —pero no pude evitar soltar una carcajada.

Risa que se me cortó cuando me encontré con la mirada inquisitiva y burlona de Josefa.

Carraspeé, nerviosa.

—Buenos días —la saludé, acababa de llegar al parecer.

—Parecen ser buenos, sí... Buenos días, jefe —dijo con voz cantarina, mirando tras de mí.

—Yo tengo mucho trabajo que hacer —me marché casi corriendo.

Mi deseo de mantener todo en secreto iba a tener que extenderse a todos, excepto a la secretaria de mi jefe.

¿Cómo era eso? Ah, sí. Más sabe el Diablo por viejo que por Diablo.

Me dio tiempo a tomarme tres tazas de café, hasta que Patri y Carlos hicieron que la jarra desapareciera.

—Muertos el perro, adiós la rabia —dijo mi compañero.

—La rabia me va a entrar a mí ¡como no me dejes prepararme otro café! —histérica, estaba que me tiraba de los pelos.

—A que te embucho al jefe —resopló Patri.

Pero bueno, ¿eso a qué venía?

—¿Y qué le vas a decir? ¿Que estoy nerviosa y quiero café?

—Mejor que te eche un polvo —rio Carlos.

Joder con el temita. Como para no mantenerlo en secreto.

—¡No os soporto! —exclamé y fui hasta mi despacho, le di un manotazo a la puerta y escuché la maldición de mi jefe— Tú también no —quería llorar, lo que me faltaba es que me pusiera más nerviosa.

—¿Qué te pasa? —preguntó cuando cerró la puerta— Se oyen los gritos hasta en la calle.

—Nada, solo estoy nerviosa. Lo siento, no volverá a ocurrir.

—¿No volverás a ponerte nerviosa nunca más? —bromeó, acercándose a mí— Déjame dudarlo.

—No —le advertí cuando lo tenía demasiado cerca, no iba a soportar que me sedujese en ese momento.

—¿No? —enarcó las cejas y resopló, cogió mi mano y tiró de mí— Ven aquí —e hizo lo que menos esperaba, darme un abrazo.

Al principio me quedé tiesa, pero me fui relajando y lo abracé también.

—No quiero fracasar.

—Lo elija o no, Ali, no es ningún fracaso. Tienes que ver eso.

—Lo sé —sabía que tenía razón—. Es mi primera vez, me pueden los nervios. Pero se me pasará.

—Lo harás bien. Confía en ti.

Me costaba, no porque no creyese en mí, pero era la novata. Todos los demás eran más experimentados y competir con ellos era querer ponerme al mismo nivel, pedía demasiado.

Aun así lo iba a intentar, de eso se trataba.

—Gracias —suspiré y me separé de él, me dio un beso en la frente y sonrió

—Y ahora a ello. Dalo todo.

Asentí y sonreí al verlo marcharse. Cogí aire, cogí mi portafolios y las diapositivas y marché hacia la sala de reuniones. Iker estaba fuera, hablando con uno de sus empleados. Pasé por su lado sin mirarlo siquiera.

Entré, sonreí a quienes ya estaban allí y tomé asiento.

El último en entrar fue mi jefe. Tomó asiento y, serio, comenzó con la reunión.

Escuché con atención cada una de las propuestas y tomé algunas notas de ideas que me parecían interesantes.

Era la última en exponer y me tocaba.

—Alicia...

Me levanté cuando me jefe me nombró y preparé las diapositivas. Cogí aire profundamente y comencé con la presentación.

—Cuando escuchamos hablar de cosméticos, todo el mundo piensa en marcas como Rylon. Una marca reconocida, de calidad, pero, sobre todo, cara. Y la gente como tú —señalé a unas de mis compañeras— o como yo, ¿por qué no podemos permitirnos maquillaje de esa calidad? Rylon debería crear una línea que se adapte a la mujer “normal” —hice el gesto de las comillas con las manos—. Y nosotros deberíamos ofrecerles la campaña de Marketing que necesita.

Miré a Iker, quién frunció el ceño y se acomodó mejor en el sillón.

Lo que yo había preparado era una propuesta arriesgada. Era acercar una marca de lujo a nivel

de la gente de la calle. Las mujeres como yo, la mujer trabajadora y la ama de casa.

No era eso lo que se esperaba. Mis compañeros habían propuesto algo parecido a lo que la empresa de cosméticos hacía. Yo iba a ir mucho más allá.

Mientras seguía exponiendo, nadie hablaba. Estaba todo el mundo en silencio. Los nervios, a veces, me jugaron una mala pasada y tuve que callar, coger aire para poder continuar.

—Y es por eso —concluí— por lo que creo que podríamos convertir a Rylon en la marca de cosméticos número uno. Pero la número uno de verdad.

Me quedé allí, parada y en silencio, esperando las preguntas o las dudas de mis compañeros. Y me puse nerviosa, pensando que lo había hecho mal cuando nadie, absolutamente nadie, hablaba.

¿Había sido un fracaso? ¿Debería de salir corriendo?

Entonces, uno de ellos aplaudió. Y los siguieron los demás. Se levantaron aplaudiendo y yo sonreí.

Miré a Iker, quien sonreía de medio lado.

—Buen trabajo—dijo.

—Gracias...

—Felicidades, Alicia —Patri se acercó a mí y me abrazó—. Estoy segura de que el proyecto será tuyo. Lo mereces.

Miré a Iker cuando nos quedamos solos. Él seguía sentado en su silla, mirándome. Se levantó lentamente y cerró la puerta de la sala de reuniones.

—Creí que iba a darme algo viéndolos ahí, tan callados.

Llegó hasta mí y me pegó a él.

—Lo has hecho muy bien. Estoy gratamente sorprendido.

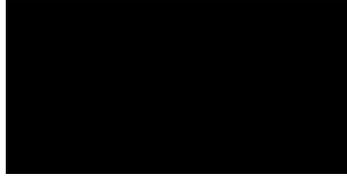
—Gracias.

—Así que ahora relájate, no tardaré demasiado en tomar una decisión —me dio un dulce beso y sonreí—. ¿Cenas conmigo hoy?

—Sí —sonreí.

Seguro que la respuesta era que sí, necesitaba sentirlo cerca.

Capítulo 14



Viernes y la decisión ya estaba tomada. Lo había estado desde el primer momento, sus propios compañeros habían decidido que sería su proyecto el que representaría a la empresa en el concurso con la marca de cosméticos.

Sabía que era buena, pero hasta a mí me había sorprendido. Había sido el mejor proyecto que jamás me habían presentado. Y teniendo en cuenta que era una novata, ni qué decir.

Los había reunido a todos esa mañana para decirles quién representaría a Bilmarkt.

La veía retorcerse las manos y de lo único que tenía ganas era de acercarme a ella y de abrazarla. Pero no podía hacerlo y me hacía sentirme impotente.

—Primero quiero felicitaros a todos por el gran trabajo que habéis llevado a cabo. Ha habido un par de proyectos que me han dado un par de ideas y ya hablaré con sus creadores más adelante.

Ahora, lo que nos interesa, es la marca Rylon.

Vamos a competir con empresas de todo el país, será difícil obtener ese contrato, pero si algo nos caracteriza a todos los que estamos aquí, es que nos gusta el riesgo y vamos a luchar hasta el final por conseguir ese contrato.

Para ello, creo que estáis todos de acuerdo, en que el proyecto que debería representar a Bilmarkt debe de ser el de Alicia Montero.

La vi abrir los ojos de par en par y sonreí cuando sus compañeros la felicitaron.

Era, sin duda, el proyecto ganador y aunque había un par de matices que me gustaría pulir, sería quien representaría a mi empresa.

Por eso la quería en mi equipo, sin importarme lo que costara.

Cuando nos quedamos solos, cerré la puerta y la besé como deseé hacerlo desde el primer momento.

—No me lo creo. Yo...

—Puliremos un par de cosas. Pero es el mejor proyecto y lo sabes —sonreí.

—Pero... Gracias —dijo emocionada.

—No tienes que dárme las por hacer mi trabajo, Ali. Haré, siempre, lo que sea mejor para mi empresa. Ante todo está mi empresa.

—Eso lo sé —sonrió, entendiéndome.

—Y lo mejor ahora mismo, por más que me gustaría tumbarte desnuda sobre esta enorme mesa y follarte hasta que gritaras mi nombre, es que prepares la maleta, salimos en un par de horas para Madrid.

—¿Para Madrid?

—Tu presentación es mañana. ¿Recuerdas?

Creí que iba a desmayarse allí mismo.

—Oh, Dios mío...

Al parecer, no lo recordaba. Reí cuando la vi sentarse, me agaché entre sus piernas y la miré a los ojos.

—Es tu oportunidad. Y es la oportunidad de Bilmarkt. Vas a dejarlos a todos encantados como hiciste aquí.

—¿Y si no lo consigo? —preguntó con miedo.

—Tenemos más proyectos.

Enfaticé el tenemos, para que supiera que contaba con ella. Porque no iba a dejarla marchar de Bilmarkt nunca.

Era la mejor mente que tenía allí y para mi empresa quería lo mejor.

—Vale... Será mejor que me vaya entonces —le temblaba hasta la voz y me hizo gracia.

—Te recojo en una hora en la puerta de tu casa —cogí su cara entre mis manos y le di un beso—. Y vamos a por todas.

Sonriendo, se levantó y se marchó de allí casi corriendo. Había sentido hasta cómo temblaba, pero no tenía ninguna duda de que conseguiría ese contrato.

Una hora después, íbamos camino al aeropuerto. No hablaba, solo miraba, nerviosa, por la ventanilla del coche y así se pasó todo el vuelo.

Fue difícil para mí mantener las distancias con ella. Saber que no podía tocarla en la calle. Odiaba esa parte de nuestra relación, odiaba no poder demostrarle al mundo que estaba con ella.

Pero respetaba su decisión. Pronto no tendríamos que escondernos porque dejaría de ser una becaria inexperta. Ya no habría proyecto en el que pudieran juzgarla y pensar que lo había conseguido por mantener una relación con su jefe.

Pronto, si todo salía bien, tendríamos el proyecto en Bilmarkt y ella trabajando con él.

Llegamos al hotel bien entrada la noche. Nos habían dado habitaciones separadas, como era obvio.

Me despedí de ella guiñándole un ojo y entré en mi habitación. No tardé ni diez minutos en salir y en llamar a su puerta.

Abrió y se mordió el labio al verme.

—No hay nadie —susurré.

Abrió más la puerta y eché otra ojeada antes de entrar.

Todos los representantes de las empresas que competíamos estábamos alojados allí. Cualquier mal movimiento podría provocar chismes y aunque a mí me daba igual lo que dijese, sabía que a Alicia no.

Estaba empezando y tenía que andar con cuidado. Su carrera, como era lógico, era muy importante para ella.

Cuando cerró, la devoré. Joder, qué horas más largas sin poder tocarla.

—Te voy a follar toda la noche —gruñí mientras la tumbaba en la cama.

—Iker —también estaba desesperada, quitándome la camisa con impaciencia.

Los dos nerviosos por sentir la piel del otro. No tardamos demasiado en quedarnos desnudos y en convertirnos en manos que tocaban, en piernas entrelazadas, en besos y en gemidos incontrolables.

—No voy a aguantar una mierda —gruñí.

Estaba tumbado sobre mi espalda y ella sentada a horcas sobre mí, besando mi cuello. Bajó por mi pecho, lamió mi estómago y metió la lengua en mi obliquo.

—Joder... —temblé cuando me dio un beso húmedo un poco más abajo— Alicia —le advertí—. No es momento para eso —dije con la voz estrangulada, pero Alicia me ignoraba, besó mi erección y esta tembló, pidiendo sus labios.

—¿Por qué no? —otro beso.

La cogió con su mano y la lamió de abajo arriba.

¡Joder!

—Porque como sigas así, no voy a durar ni dos segundos. Y me voy a correr en tu boca.

—Ah...

Y la mala pécora volvió a hacer caso omiso de mis palabras. Se la metió por completo en la boca y yo gemí, creyendo que me faltaba el aire.

—Oh, mierda —la sacó de su boca mientras su lengua me lamía y volvió a meterla dentro—. Alicia, me voy a correr y no quiero quedar en vergüenza —me quejé.

Porque conocía mi cuerpo y sentía que no iba a durar mucho más. Llevaba horas sin follarla, demasiado tiempo sin ella.

Lamió. Y chupó. La apretó a la vez que movía su cabeza con un ritmo torturador. Noté cómo salían las primeras gotas, sentía el cuerpo en tensión.

—Alicia —le advertí de nuevo.

Pero Alicia pasaba de mí. Me lamió más rápidamente y terminé corriéndome en su boca mientras ella trabaja y me succionaba hasta la última gota.

—Hmmm... —se tumbó sobre mí y me dio un beso en los labios— Así sabes.

Rugiendo, intercambié posiciones y la hice reír después de asustarla.

—Seguro que me gusta más cómo sabes tú.

—Iker, no...

—¿Y por qué tendría que hacerte caso? —besé su clavícula y llegué hasta sus pechos, mordiendo sus pezones y lamiéndolos para aliviarlos— ¿Me hiciste caso tú a mí?

—No es lo mismo.

—¿Por qué no? —me tumbé a su lado al notar la inseguridad en su voz— ¿No te gusta?

—Yo... Joder, nunca he disfrutado con eso.

—Entiendo... —acaricié su vientre y llegué hasta su sexo. Lo toqué, estaba empapada. Dios, quería entrar ahí— ¿Y me darías la oportunidad de demostrarte que puedes hacerlo?

—¿Hacer qué? —estaba perdida en las sensaciones que le provocaban mis dedos, que era lo que yo quería.

—Disfrutar mientras te corres en mi boca —susurré en su oído, provocándole un escalofrío.

—No sé si...

—Shhh... —mordí su oreja y metí dos dedos dentro de ella— Solo confía en mí.

La besé en la boca y seguí mi camino hasta su pubis. Noté cómo se tensionaba y me dispuse a tranquilizarla.

Si no había disfrutado con eso era porque los tíos que lo habían intentado, que Dios sabía que no quería pensar en ello ni en ese momento ni nunca porque me entraba una mala hostia impresionante, no tenían ni idea de cómo satisfacerla.

Para mí, el cuerpo de Alicia era un libro abierto. Solo había que estar pendiente a las señales. Hice que abriera sus piernas y me coloqué entre ellas.

—Iker, no...

—Sí —le aseguré—. Tú solo cierra los ojos.

A regañadientes, lo hizo y la distraje, de nuevo, con mis dedos, hasta que la noté rendida, por completo, a las sensaciones.

Entonces la lamí y sonreí por su grito ahogado y por el escalofrío que recorrió su cuerpo.

Mi lengua jugó con ella y, para su sorpresa, terminó estallando en mi boca mientras succionaba su clítoris y mis dedos entraban y salían de ella.

Cuando su cuerpo se quedó laxo, me tumbé a su lado.

—¿Estás bien? —le pregunté.

Ella abrió los ojos lentamente y me miró con una sonrisa de satisfacción en la cara.

—¿Cómo...?

—Te conozco —y esa era la verdad, conocía más de su cuerpo que ella misma.

—Oh...

—¿Bien?

—Hmmm... ¿Podemos repetirlo? Para que me quede claro.

Solté una carcajada y le hice cosquillas, haciéndola reír.
Si quería repetir, no iba a ser yo quien se lo impidiera.

Capítulo 15



Apenas quedaba una hora para la presentación del proyecto. Sentía que me iba a dar algo. Era mi primera vez y no tenía experiencia.

Iker y yo llevábamos todo el día escuchando propuestas diferentes y yo estuve a punto, muchas veces, de cambiar cosas al ver que la mía podía flaquear, pero él no me dejó.

No me dejó desde la noche anterior.

Sobre eso estábamos discutiendo en ese momento. Habíamos comido algo y en menos de una hora nos tocaría a ambos salir al ruedo.

—Pero con ese pequeño cambio creo que podemos mejorarlo bastante —insistí. Habíamos pulido un par de cosas juntos, pero cambios reales ninguno.

Y al ver a Iker mirar al cielo pidiendo ayuda, supe que iba a perder la paciencia. En cualquier momento soltaba el ¡¡¡Aliciaaaaaa!!! que hasta echaba de menos. No me vendría mal, así conseguiría alterarme y seguro que con la rabia, podría tapar la inseguridad que sentía en ese momento.

—No vas a cambiar una mierda, ¿te lo tengo que decir en coreano para que me entiendas?

—Iker, piensa en lo que te dije...

—¿En lo que me dijiste cuándo, Ali? Porque te recuerdo que llevas desde las tres de la mañana, cuando me leíste todo de nuevo, ¡sin callarte! —exclamó.

Sí, había perdido la paciencia.

Lo miré con ganas de asesinarlo cuando noté la mirada de otros asistentes sobre nosotros. Definitivamente sí, prefería que fuera el energúmeno de siempre que me desquiciaba para expulsar todos los nervios.

—¿Te recuerdo quién me pidió que le expusiera? —apreté los dientes.

—Pero una vez porque te veía nerviosa, Ali. No estaba pidiendo que apenas durmiéramos porque te obsesionaras con el proyecto.

—Yo no me he obsesionado —él enarcó las cejas—. Solo quiero hacerlo bien y... Joder, sería muy bueno para tu empresa.

—¿Crees que no lo sé? Y estoy seguro, por algo lo elegí, de que el tuyo, gane o no, es el mejor

proyecto que se va a presentar. Pero deja la inseguridad de lado porque no va contigo. ¿Desde cuándo mierda actúas así? —gruñó.

En eso tenía razón, pero era cosa del miedo. Porque nunca antes había hecho algo así, tan importante, delante de tanta gente.

—No me toques los ovarios, Iker —le advertí.

—Créeme, es lo que preferiría haber hecho toda la noche.

Ahora sí que lo iba a mandar a la mierda, ¡pero tendría morro! Si ese hombre no se saciaba nunca, un poco más y no podría sentarme de lo escocida que estaba.

—Me estás haciendo perder los nervios...

—Pues me alegro. A ver si así sacas a la mujer segura de sí misma que me reta a mí y reta a todo el mundo, joder.

Suspiró pesadamente y se pasó las manos por el pelo, desesperado. Me levanté y salí fuera de la cafetería donde habíamos comido. Entré en el hotel, descansaría un rato en la habitación antes de que llegase mi turno.

Iker no tardó en aparecer a mi lado. Subimos a la primera planta y yo seguía intentando respirar.

Abrí la puerta de mi habitación y se la fui a cerrar en las narices, pero entró a la fuerza.

—No me ha visto nadie —aseguró, calmando ese miedo mío.

La verdad es que nos había costado un poco el ni siquiera rozarnos o mirarnos de cierta manera. Al menos a mí. Y por el desastre de pelo que llevaba él, suponía que también le ocurría lo mismo.

—Necesito unos minutos sola.

—No —me cogió del brazo, me hizo sentarme en la cama y se colocó entre mis piernas, él sobre sus rodillas—. Mírame —ordenó y lo hice—. Eres la mejor publicista de la empresa.

—No me jodas con eso, no me gustan las mentiras.

—No es una mentira ni un piropo. Lo eres. También la que más empeño pone. Has presentado lo mejor que he visto en mi vida y lo vas a hacer aquí igual. Deja a un lado los putos miedos, esto es pan comido para ti.

—¿Y si no ganas?

—¡Pues me importa una mierda! —gritó.

—¡Pues a mí no! —exclamé— Me quiero ir de Bilmarkt dándote eso.

—Me cago en la madre que me parió —gruñó—. Ese es otro tema del que hablaremos después. Alicia, no sé qué demonios te ocurre, pero dime qué necesitas, porque así no vas a poder presentar nada. Y te juro que estoy por coger y marcharme de aquí. Contigo, obvio.

—Y una mierda me voy a ir a ningún lado —resoplé, calmándome un poco—. Lo siento... —sabía que había perdido el control— Es miedo a fallarte.

—Eres idiota —dijo con vehemencia, cogió mi cara entre sus manos y me besó—. Ganemos o no, tú no me has fallado. Métete eso en tu loca cabeza, ¿me entiendes? —asentí con la cabeza— Bien... Ahora dime qué necesitas. ¿Tengo que follarte? ¿O tengo que azotarte para que te calmes?

—No te atreverías —lo maté con la mirada.

—Ponme a prueba y verás —suspiró largamente—. Pase lo que pase, no me defraudarás. Con eso contrato o sin él, sigues siendo la mejor para mí. Dejando eso claro, ¿qué mierda necesitas?

Me quedé pensando un momento, mirándolo a los ojos. Agradeciéndole que, aunque a su brusca manera, me estuviese ayudando con ese ataque de pánico.

—Ali...

—Solo un abrazo —susurré.

Su mirada se dulcificó rápidamente, no sin antes haber demostrado un atisbo de sorpresa. Me daba igual lo que pensara de mí, necesitaba sentirlo de esa manera.

Pero no se rio, solo hizo lo que le pedí.

—Oh, cariño —dijo con la voz ronca. Se sentó a mi lado y me abrazó con fuerza. Me dio un beso en la cabeza y estuvimos así un buen rato, yo derramando algunas lágrimas que había contenido— ¿Estás mejor?

Asentí con la cabeza y me separé de él.

—Te he manchado la camisa de rímel...

—Todo fuera eso —me dio un beso en los labios—. ¿Lista para darlo todo? Porque eso es lo único que quiero de ti, el resultado final no cambiará nada.

Asentí con la cabeza, entendiéndolo.

—Vamos a por ello.

—Esa es mi chica —otro beso—. Me cambio de camisa, en mi puerta en cinco minutos —dijo antes de salir.

Suspiré mientras lo vi salir. Si no hubiera sido por él, seguramente no habría superado ese ataque de pánico. Me desquiciaba tanto como lo necesitaba.

¿Cómo no iba a estar enamorada de ese hombre?

Cuando salí de la habitación, él también lo hacía. Me observó mientras me acercaba a él y sonrió.

—Esta sí es mi chica. Cómetelos —me guiñó un ojo y me señaló el camino con la mano para que caminara delante de él.

Lo hice y llegamos hasta el salón donde se realizaban las presentaciones.

Un rato después, con todo listo ya, Iker y yo salimos y nos pusimos delante de toda esa gente para defender el proyecto de Bilmarkt.

Y todo salió mejor de lo que esperábamos. Ya solo quedaba que la empresa de cosméticos eligiera.

Tenía ganas de volver a casa, así que subimos a nuestras habitaciones para recoger nuestras cosas.

—Te espero en recepción, porque como me acerque a esa habitación, te voy a atar y te voy a follar hasta perder el sentido —gruñó Iker mientras íbamos de camino—. Espera, ¿me da tiempo a hacerlo?

—¡Iker! —reí.

—Joder, Ali. Es que ahora tengo que esperar a volver a casa. No es justo. Terminaremos haciéndolo en el baño del avión —resopló—. No voy a aguantar tanto.

—Eres un exagerado.

—No, la culpa es tuya —no se podía tener más morro—. Y una cosa —dijo cuando paró en su puerta, su habitación estaba antes que la mía—. Ya has triunfado, no dudes eso.

Sonreí agradeciéndole sus palabras.

La verdad es que había terminado contenta con cómo lo habíamos hecho y, como él decía, nos eligiesen o no, ya habíamos ganado.

Porque lo habíamos hecho juntos y lo habíamos dado todo. Y era con eso con lo que tenía que quedarme.

Bajé cuando estuve lista y busqué a Iker. Lo vi en la calle, hablando con el director de Rylon.

Salí y me quedé atrás para no interrumpir la conversación.

—Con la reputación de Bilmart —decía el director general de la empresa de cosméticos—, no esperaba menos. Una gran presentación. Se nota la química entre su compañera y usted.

—Me alegra que le haya gustado.

—¿Qué puesto tiene ella en la empresa?

—¿Perdón?

—Su compañera. ¿Qué cargo ocupa?

—Alicia es una becaria.

—Ah, becaria... Entiendo. Muy bien preparada, pero necesita bastante más experiencia.

Pero sería idiota el calvo de los demonios.

—Sí —confirmó Iker y sentí como si me hubiese dado una patada en el estómago—. Aún tiene mucho que aprender, pero va por buen camino. Ha aportado mucho a este proyecto.

¿Mucho? ¡¿Mucho?! ¡Si el proyecto era entero mío!

Vale, era de la empresa, ¿pero no podía decir que era mi idea? ¿Tenía que desvalorizarme de esa manera? No me lo podía creer...

Sentía que me faltaba el aire.

—Si se cansa de ella, mándemela, Vidal.

—Quizás cuando esté lista —la voz de Iker, segura.

Y yo quería vomitar allí mismo. Gilipollas. Eso había sido una puñalada traperera.

Se despidieron con un apretón de manos y yo apenas me podía mover. Fue entonces cuando él se giró y me vio.

—¿Lista?

Lista para darte una patada en los huevos, pensé.

Pero solo asentí con la cabeza.

—Pues volvamos a casa, no veo la hora de tenerte para mí solo.

¿A mí? ¿A la becaria a la que había dejado a la altura de un pepino?

Mi cabeza iba a mil por hora, mi cuerpo actuaba automáticamente. Pasando el control de seguridad, embarcando... Pero mi mente estaba en otro lado.

Tenía ganas de llorar, pero no lo haría delante de él.

—Ali... —estábamos ya en el taxi de vuelta a casa. Me había hecho la dormida en el avión para que no tener que escucharlo— ¿Estás bien?

—Muy bien —mentí.

—¿Pasamos la noche juntos?

—No —dije rápidamente.

—¿Qué ocurre?

Fue a coger mi mano, pero la aparté rápidamente. Me sentía traicionada y no quería que me tocara.

—Estoy muy cansada, necesito estar sola, nada más.

Noté cómo me miraba, pero lo ignoré.

—Está bien... —pero, por su voz, sabía que había notado que no, que las cosas no estaban bien.

Cuando el taxi paró en la puerta de mi casa, cogí la maleta que me sacó Iker del maletero y sin dejar que me besara, corrí hasta el portal.

Solo quería llegar y llorar por haber sido tan idiota.

Había creído que me veía como a una igual. O al menos que reconocía mi trabajo. Pero no... A la hora de la verdad, me había dado cuenta de que solo era una más para él. Mi trabajo era insignificante y, para colmo, se había adueñado de mi proyecto.

Las cosas no se hacían de esa manera. Él tenía que haber dicho que aunque ese proyecto era de Bilmarkt, la creadora era yo.

Pero... Al parecer, como bien había dicho una vez, solo le importaba su maldita empresa.

Pues tanto ella como él se podían ir a la mierda.

Llegué a casa y solo entonces recordé que el móvil aún tenía el modo avión. Lo quité y comenzaron a llegarme las notificaciones.

Fruñí el ceño al ver tantas llamadas perdidas de mis padres y una mala sensación se instaló en mi estómago mientras los llamaba.

Al parecer, la traición de Iker no iba a ser lo único malo que me tocaba vivir.

Capítulo 16



Me costó dormir la noche anterior. Estaba agotado, pero el comportamiento de Alicia me tenía preocupado.

No sabía qué le había ocurrido, pero era evidente que estaba molesta. Conmigo.

Repasé los últimos momentos que pasé con ella y no encontré nada que pudiese llevarla a comportarse así. Un poco agobiado, decidí creer que a lo mejor era cierto, solo estaba cansada.

Llegué a la oficina y aún no había llegado. Cada vez le quedaba menos tiempo allí y después de que hubiese pasado toda la locura del proyecto, era el momento de pedirle que se quedase.

Hacía semanas que tenía el contrato listo, solo rezaba para que ella me dijese que sí.

Tres horas después, Alicia seguía sin dar señales de vida.

Y yo estaba a punto de golpear algo con los nervios.

—¿Ya vino? —pregunté a Josefa, saliendo de la oficina, de nuevo, por si aparecía en ese momento.

—No, señor. Y la he llamado al móvil, pero no contesta.

Joder, eso no me gustaba nada. Sobre todo por cómo nos despedimos la noche anterior.

—Si aparece mientras estoy fuera, llámame.

—Claro, señor.

Me acerqué a sus amigos y les pregunté por ella, pero negaron con la cabeza. No la veían desde el viernes, cuando estaban en la oficina.

—Quizás está enferma —habían dicho los dos.

Joder, ¿y si le había ocurrido algo? Ya iba a entrar en pánico.

Fui hasta mi coche y conduje hasta su casa, llamándola una y otra vez al móvil, pero me saltaba el buzón de voz. Llamé al portero varias veces, pero sin respuesta.

Cuando uno de los vecinos abrió la puerta, aproveché para entrar. No esperé ni al ascensor. Subí los escalones de dos en dos y llamé al timbre varias veces cuando llegué.

Nada.

¡Joder!

Volví a llamarla al móvil, pero seguía sin señal.

Me iba a dar un jodido ataque al corazón por no saber qué estaba ocurriendo. ¿¿Dónde demonios estaba?!

Golpeé la puerta, también sin éxito.

¡Maldición!

Bajé las escaleras corriendo y volví a mi oficina. Josefa negó con la cabeza al verme y yo maldije. Me pasé las manos por el pelo, frustrado. Me encerré en mi despacho y golpeé la pared.

Joder, Ali, no me asustes así, rogué.

Dios mío, que no le hubiera pasado nada porque moriría.

Mi móvil sonó y lo saqué rápidamente del bolsillo. Maldije al ver que era Lorena y lo cogí.

—No estoy de humor, así que si no es nada importante, hablamos otro día.

Fui a colgarle, pero su grito me paró.

—¡Iker Vidal! ¡¡¡Te juro que te vas a arrepentir como me cuelgues!!!

Joder, qué genio tenía la pequeñaja.

—No estoy para tus tonterías, Lorena. Así que ¡déjame en paz!

—¿Alicia es una tontería? —gruñó.

¿Alicia? ¿Qué demonios sabía ella de Alicia?

—¿Dónde está? —y me daba igual, en ese momento, si esa pregunta le daba a entender algo.

—Ven a casa, tenemos que hablar —suspiró.

—No me jodas, Lorena —sentí una opresión en el pecho—. Dime que está bien —y sí, estaba rogando y a punto de llorar, ¿cómo no iba a hacerlo? Se me estaba pasando de todo por la mente.

—Iker, relax... Está bien, ¿vale? Conduce tranquilo y ven a casa. Yo te explicaré.

¿Que condujese tranquilo? ¿Como si eso fuese posible en el estado en el que me encontraba!

Llegué a casa de mis padres en la mitad de tiempo del que tardaba normalmente. Salí del coche y corrí hasta allí, Lorena ya tenía la puerta abierta y estaba esperándome.

—¿Dónde está? ¿Está aquí? —seguro que estaba allí, a saber por qué y por eso Lorena me había llamado.

—Iker...

—¡¡¡Aliciaaaaa!!! —grité.

—Maldito cabezón —me agarró del brazo con fuerza y me paró. Ya había mirado en el salón, en la cocina... —Siéntate en el puto sofá y ¡¡¡cálmate!!!

—¿Has llorado? —ella elevó las manos al cielo y caminó hasta el salón. Yo la seguí— Joder, Lorena, ¿¿qué demonios le ha pasado?!! ¡¿Quieres hablar de una puta vez?!

Vi cómo mi hermana estaba a punto de estallar.

—¡¡¡Siéntate!!! —ordenó a grito pelado.

Lo hice, pero no por la orden o por el grito, sino porque sentía que me faltaba el aire. La opresión que sentía en el pecho cada vez era peor y no sabía cómo controlarme.

A ver si esa dichosa chiquilla ¡hablaba de una jodida vez!

—¿Dónde está? —pregunté tras respirar un poco, para no sonar tan brusco— Lorena, no sé qué sabes o crees saber. Pero créeme, necesito saber si está bien y dónde demonios está.

—Lo sé —suspiró, se dejó caer en el butacón, frente a mí y me miró con seriedad a los ojos—. Ella está bien. Bueno... Dentro de lo que cabe.

—¿Dentro de lo que cabe? Al grano, Lorena.

—Su abuela ha fallecido.

Me quedé completamente en shock. Joder, debía de estar destrozada.

¿Y por qué no me había llamado a mí?

—¿Cuándo? —pregunté.

—Fue de repente. La enfermedad que tenía...

El maldito Alzheimer que hacía que muchos enfermos perdieran la vida. Nadie podía entenderlo, pero así de cruel era y es esa jodida enfermedad.

—Apenas se alimentaba... Supongo que ella te habrá contado.

—No demasiado —y me dolía que no hubiésemos hablado lo suficiente.

Y todo era mi maldita culpa.

—Me llamó anoche, pero no vi la llamada hasta un par de horas después. Había intentado localizarme por si la podía acompañar y me sentí una mierda porque no lo hice —así me sentía yo o peor—. Cuando la llamé, ya iba de camino.

—¿Cómo?

Alicia no tenía coche y el pueblo de sus padres estaba lejos.

—Ha ido con Ángel.

Apreté la mandíbula con fuerza, el bicho verde de los celos adueñándose de mi cuerpo.

Era yo quien tenía que estar allí, con ella, no él.

—Apenas pude hablar con ella, no dejaba de llorar. Cuando pararon en una vía de servicio, Ángel me llamó. Me dijo que fue a buscarla rápidamente y que salieron para allá.

—Soy yo el que tiene que estar con ella —susurré.

—He hablado con ella esta mañana temprano, me prohibió que te contara nada —miré a Lorena a los ojos, el dolor en los míos.

—¿Por qué lo haces entonces?

—No soy idiota, Iker. Ni lo fui cuando os monté esa encerrona. Sabía que había algo entre los dos —dijo para mi sorpresa— y decidí juntaros y que el destino hiciera su trabajo.

Ni me extrañaba, de mi hermana no me extrañaba nada.

—¿Cómo...?

—Te conozco —sonrió con tristeza—. Huiste de ella porque te daba miedo lo que te hacía sentir. Sabía que, en cualquier momento, dejarías caer las barreras.

Tragué saliva, al parecer me conocía bastante bien.

No era solo un tema de edad, eso casi nunca me importó. Era un mecanismo de defensa porque sabía que si me dejaba, ella podría destrozarme.

—Estábamos bien —le dije—. Todos estos días juntos han sido perfectos. Pero ayer, al volver... No sé qué le pasó. Y te juro que me estoy volviendo loco, Lore. Tenía que haberme llamado a mí. Sé que quería mantener lo nuestro en secreto, ¿pero hasta este punto?

Ella negó con la cabeza rápidamente.

—Ese no es el problema, Iker.

—¿Entonces? ¿Qué hice mal? ¿Por qué me ha dejado a un lado en algo así? Quiero estar con ella más que nunca.

—Quizás porque la hiciste sentir una mierda por ser una simple becaria —fruncí el ceño, sin entenderla—. Una inexperta que solo colaboró un poco en el proyecto que había creado ella.

Apreté la mandíbula cuando lo entendí.

Maldita fuera mi suerte, me había escuchado.

—Yo no...

—¿Por qué lo hiciste?

—Solo fue una estupidez.

—Te quiere, Iker —sentí una opresión aún más fuerte en el pecho al escuchar eso—. Y siempre la has tratado mal. La primera vez que la viste y que la cortaste de esa manera, se hartó de llorar, ¿lo sabías? —negué con la cabeza. Mierda, yo no sabía...— Creía que había sido su culpa, no entendió nunca por qué la odiabas tanto.

—Yo nunca la he odiado.

—Lo sé. Pero eso es lo que le has demostrado a ella —joder, era un imbécil—. Es una tía estupenda, no tienes ni idea de lo duro que ha trabajado para poder pagarse su piso y estudiar lo que le gustaba. Estaba sola aquí y el hermano de su mejor amiga, el hombre que admiraba, la hacía sentir una mierda.

—Pero yo le expliqué...

No todo, pero le dije que nunca la había odiado.

Si las cosas eran como Lorena me decía, ahora entendía por qué esos momentos de dudas y de inseguridades.

Tenía miedo a que estuviese jugando con ella.

Tenía miedo a sufrir.

Tenía miedo a no ser suficiente.

Tonta... Yo no era suficiente para ella, no al revés. Era yo quien aprendía, era yo quien admiraba. ¿Cómo no se había dado cuenta?

Quizás porque no le dijiste nada.

—Sí. Le explicaste algunas cosas. Y la enamoraste. Esa tonta, aún sin saberlo, ha estado enamorada de ti desde el primer momento —resopló—. Y después de eso, después de lo duro que ha trabajado para marcharse de tu empresa dándote ese contrato —apreté la mandíbula, yo nunca quise que se fuera—, al menos es lo que ha intentado, ni siquiera has sido capaz de reconocer sus méritos delante del dueño de la empresa de cosméticos. ¿Te parece que no tienes razones para estar dolida?

—Las cosas no son así —me pasé las manos por el pelo—. Estaba interesado en ella y yo no iba a dejar que se marchara.

—¿Y para eso tienes que denigrarla así?

—Joder. La quiero en mi empresa, hace mucho que tengo el contrato preparado. Incluso antes de estar con ella —suspiré—. No iba a dejar que nadie me la quitara.

—No es tuya, Iker.

—Joder, ya lo sé —tampoco era el hombre de las cavernas.

—¿Le preguntaste si se quedaría contigo? ¿Le has propuesto eso?

—No, iba a hacerlo hoy.

—Ella tenía que haberlo sabido. Como tiene derecho a elegir si seguir en tu empresa o no. Porque te ha dado todo aunque solo haya sido una simple becaria. Y tú lo único que has hecho es mirar por los intereses de tu empresa y por los tuyos. ¿Pero y los de ella, Iker? —me estaba llevando una buena bronca de mi hermana pequeña y me lo tenía merecido. Podía clavarme el puño si quería, me lo merecía también— Después de cómo se habrá sentido al escucharte hablar así de ella —recordé lo silenciosa que estuvo toda la vuelta y cómo ni siquiera me dejó que la tocara—, ¿crees que tenía que haberte llamado a ti anoche? Me contó todo esto llorando mientras iba de camino a su pueblo porque su abuela ha fallecido. Eres un imbécil y merecías que no te llamase como merecías que yo tampoco te dijese nada. Le has hecho daño.

Volví a pasarme las manos por el pelo, quería gritar. Me odiaba en ese momento.

—Yo nunca quise hacerle daño.

—Pero lo hiciste.

Sí y, al parecer, más del que me imaginaba.

Porque era un idiota.

Porque había sido un puto egoísta en todo momento.

Porque solo había mirado por mí.

—La quiero, Lorena —era la primera vez que lo decía, ni siquiera me lo había reconocido a mí mismo y no me importaba que me viera así, vulnerable y llorando—. La quiero y no soporto la idea de perderla.

—Iker... —me miró con tristeza.

—No puedo estar aquí sabiendo que está sufriendo.

—Ella no quiere verte.

—Me importa una mierda —rugí, desesperado—. Me volveré loco si no la veo. Voy a perder la puta cabeza si no la tengo cerca. No me importa si me echa, volveré. Soy yo quien tiene que estar en este momento con ella.

Mi hermana me miró unos segundos. No sabía qué intentaba ver, pero no le oculté nada.

—¿Cuánto lleváis juntos?

—Muy poco —respondí—. Pero aun así sé que no puedo dejarla marchar.

—No sé cómo reaccionará si te ve. Es un momento delicado para ella y...

—Lorena, consígueme la dirección. Te juro que si se pone mal, me quedaré escondido. Pero tengo que estar allí, aunque ella no lo sepa.

—Te puedes hacer daño.

Me encogí de hombros, a esas alturas no me importaba. Hasta me lo merecía.

—Me lo he hecho ya.

—Y se lo puedes hacer a ella.

—Sí. Ya se lo he hecho a ella, de hecho. Haré lo que quieras, pero ayúdame a recuperarla.

—Iker, las cosas no son tan sencillas.

—Ya lo sé. Pero, al menos, ayúdame a intentarlo. Porque la quiero de verdad —dije con la voz estrangulada.

Me miró unos segundos, suspiró pesadamente y asintió con la cabeza.

—Claro que te voy a ayudar. En realidad iba a llevarte por los pelos si era necesario, pero tenía que decirte unas cuantas verdades. Y saber que la quieres.

En otro momento, me habría molestado un poco su manipulación. Si es que era así y no se lo estaba inventando, porque con ella a saber qué se creía uno.

En ese momento me daba igual todo. Yo solo quería ver a Alicia.

—¿Nos vamos ya? —pregunté, impaciente.

Tendría que pasarme por casa y preparar una pequeña maleta. No tardaría demasiado, no quería perder más tiempo.

Lorena sonrió.

—Voy por mi maleta, ya está lista.

Negué con la cabeza, con ella no se podía. Tenía un cerebro privilegiado y todos los demás éramos cortos de mente a su lado.

Salimos de allí, pasé rápidamente por mi piso, preparé la maleta y con la dirección en el GPS, conduje para encontrarme con ella.

Me daba miedo su reacción, me daba miedo ver su odio hacia mí en esos preciosos ojos. Pero más miedo me daba verla sufrir por lo de su abuela y saber que no podía hacer nada por evitar que sufriera de ese modo.

Por eso había huido en su día. Porque el amor, muchas veces dolía.

Pero eso había sido de cobardes. No volvería a huir más.

Lucharía por ella todo lo que hiciera falta.

—Me va a odiar —suspiró mi hermana mientras íbamos de camino.

—Le diré que te obligué.

—Vale, eso ayudaría —intentaba bromear, supongo que para ayudarme.

Pero a mí no me ayudaba nada en ese momento, yo solo quería verla y pedirle perdón. Yo solo necesitaba abrazarla, apoyarla y demostrarle que estaba con ella.

Yo solo quería quererla. Solo necesitaba que me dejara quererla en ese momento.

Aunque me odiase.

No sabía en qué momento se había vuelto tan importante para mí. Tal vez todo ocurrió ese primer encuentro entre nosotros, en el que me comporté como un cobarde y hui, preso del miedo.

El pánico no era un buen aliado.

Yo no estaba acostumbrado al amor. Tenía miedo. Y en vez de enfrentar la situación, cogí el camino más fácil.

—¿De verdad crees que me quiere?

Miré de reojo a mi hermana, sonreía.

—Nunca me lo dijo, pero para mí era evidente. Además, no habría estado contigo de no ser así.

Eso lo sabía. Me había dado mucho, más que nadie.

Recordé muchos de los momentos que vivimos. La pasión, los momentos de risa, las pocas confidencias que nos hicimos. Era mucho y, a la vez, no era suficiente.

Quería saberlo todo de ella. Quería tenerla siempre cerca.

—He sido un gilipollas.

—Bueno, eso no voy a negártelo. Te has comportado como un imbécil, la has cagado y bien —resopló—. Pero seguro que encuentras la manera de resarcirlo.

Y no me importaba el tiempo que me llevase, iba a conseguir enamorarla. Porque había llegado a un punto en el que no concebía la vida sin ella. Así de enganchado estaba.

Alicia...

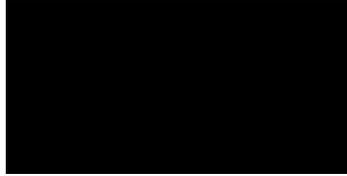
Esa loca que había vuelto mi mundo del revés. Esa mujer que no dejaba que me guardase nada para mí. Esa que, sin darse cuenta, me desnudaba por completo.

Quizás me odiaba, no sería fácil lograr enamorarla de nuevo. Pero lo lograría.

Porque nuestra historia no podía terminarse así.

Nuestra historia solo acababa de empezar.

Capítulo 17



—Tienes que comer, cariño.

—No tengo ganas, mamá —estaba sentada en la sala del tanatorio. Apenas me había movido para ir a darme una ducha rápida.

Había obligado a Ángel a que fuese a descansar, ya que no logré que volviese a casa. Después de nuestro único y último encuentro en esa cita y de que yo no le diera ninguna explicación, la verdad es que se estaba comportando como un verdadero amigo.

Y se lo agradecería siempre.

—Vas a enfermar entonces —me riñó—. Venga —me cogió de la mano y tiró de mí. Estaba demacrada, cansada y triste, había sido un varapalo para ella—. Ve con tu padre a la cafetería —miró a mi padre—. Oblígala a comer.

—Vamos, cariño —mi padre me dio puso el brazo alrededor de los hombros y caminé junto a él—. Sé que es duro, pero también tienes que pensar en ti.

—La voy a echar mucho de menos —me limpié las lágrimas que me caían.

—Y nosotros. Sabes que la quería como a una madre —sonreí, eso era verdad y mi abuela lo adoraba a él—. Y no le gustaría verte así.

Asentí con la cabeza, eso también lo sabía.

Me tomé un café e ignoré la bronca de mi padre por no comer, pero no me apetecía. Salimos a tomar un poco el aire. Me senté en un banquito de madera que había mientras mi padre conversaba con familiares y amigos que se habían acercado a darnos el pésame.

Al principio ninguno nos dimos cuenta de lo que ocurría con mi abuela. Pensábamos que eran simples pérdidas de memoria por la edad, como lagunas mentales. Pero con el tiempo, empezamos a ver que no era normal.

Cuando le diagnosticaron la enfermedad, ya estaba bastante avanzada y, por desgracia, no hay cura para ella. Solo quien lo haya vivido puede entender lo duro que es algo así.

Se convirtió en un ser completamente dependiente, apenas comía, tenía que estar sondada. Hacía mucho tiempo que vivía así. No era justo para ella.

Ahora descansaría, por fin. Aunque me doliese pensar de esa manera, quería imaginar que

donde estuviera, sonreiría.

Estaba tan centrada en mis pensamientos que tardé algo de tiempo en reconocer el coche que estaba aparcando. Pestañeeé varias veces y me puse en tensión cuando lo vi salir de él.

Junto a su hermana, miraron alrededor y, como si me hubiese notado, su mirada recayó sobre mí.

Quise levantarme y salir corriendo, lo que menos necesitaba era verlo.

Le había pedido a Lorena que no le contase nada, pero tenía que haber imaginado que no me haría caso. De todas formas, no creía que él fuese a ir hasta allí, aunque en el fondo, después de todo, hubiese tenido esa tonta esperanza.

Porque lo necesitaba.

Me levanté y abracé a Lorena, quien había corrido hasta mí.

—Cariño, ¿cómo estás?

—Bien —mentí, limpiándome las lágrimas mientras intentaba sonreír. Ella acarició mi cara y limpió mis mejillas, que volvían a mojarse rápidamente—. No tenías que haber venido.

—No digas tonterías, tenía que haber venido contigo anoche. Perdóname por fallarte.

—No lo hiciste —le aseguré.

Sin poder evitarlo, miré a Iker.

—Ali... —la angustia en su voz.

Lorena se movió un poco, separándose de mí.

—Yo no... —*no quiero verte*, quise decir.

Abrázame, pedía en lo más profundo de mi ser.

—A la mierda —gruñó antes de coger mi mano y tirar de mí, pegándome a él.

Me quedé tiesa, con una mezcla de emociones contradictorias.

Quise empujarlo y gritarle que no quería volver a verlo, pero no pude. No pude hacerlo porque lo quería. Y en un momento así me sentía muy vulnerable y necesitada.

Sentía que la vida era tan fugaz, tan efímera...

En cualquier momento podía desaparecer alguien y no volvería a verlo nunca más.

Por otro lado estaba el dolor de cómo me había denigrado y eso no podía olvidarlo.

Cogió mi cara entre sus manos y limpió las lágrimas con sus pulgares.

—Sé que ahora mismo me odias y que no es momento para que me des la oportunidad de explicarte nada —no, no lo era, él no era el protagonista, no era lo que más me dolía en ese momento—. ¿Pero puedo quedarme cerca de ti? —rogó— Quiero estar contigo en esto.

Cerré los ojos con fuerza. Tenía que echarlo, pero no podía. Cómo cambian las cosas y la visión de la vida cuando uno vive una situación como esa.

—Iker, yo...

No sabía qué iba a decirle. Quizás que yo no me sentía fuerte, que no quería que me

manipulase. Que sí quería tenerlo cerca.

—Por favor —suplicó—. No me obligues a separarme de ti en un momento así. Estoy aquí por y para ti.

—Es sincero, Ali —susurró Lorena.

Asentí con la cabeza, sabía que lo era. Por más gilipollas que pudiera ser, creía conocerlo, al menos un poco.

Me mareé un poco y me senté con la ayuda de ellos dos.

Iker se agachó, se puso de rodillas entre mis piernas y Lorena se sentó a mi lado.

—¿Desde cuándo no comes? —sonó enfadado y ya me dieron ganas de mandarlo a la mierda.

—No ha comido desde que llegó —respondió mi padre, acercándose a nosotros—. Lo máximo que he conseguido que beba es café.

—Joder... —resopló Iker— Supongo que es su padre —sin levantarse, le tendió la mano— Siento conocerlo en una situación así.

—¿Y tú eres?

—Mi jefe —dije rápidamente.

—Ah... —mi padre carraspeó, no conocía la historia pero ver a Iker así conmigo, ya tenía que haberle dado algunas pistas— Entonces tú debes de ser Lorena —mi amiga se acercó y lo abrazó, dándole el pésame—. Me alegra que estéis aquí, así podéis ayudarnos con ella. Y no me mires así —refunfuñó mi padre, dirigiéndose a mí—. Vas a enfermar como no comas.

—Comerá —la seguridad en la voz de Iker. Se levantó y me hizo levantarme, pendiente a si me mareaba—. ¿La cafetería?

—Allí —señaló mi padre.

—Joder, que no quiero comer —me quejé.

—Yo no quiero verte enfermar. Así que tú decides. Comes por las buenas o por las malas.

No sé qué me entró en ese momento, pero estuve a punto de ponerme a gritar, ya me había sacado de mis casillas.

—No me toques los ovarios, Iker.

—No me hagas responder a eso —dijo con toda la poca vergüenza del mundo.

Mi padre empezó a toser, mirando su cara era por aguantar la risa y Lorena no pudo evitar reír. Puse los ojos en blanco, no me podía creer que actuase así.

—Tienes dos opciones, Ali. O vas por propia voluntad y te obligas a ti misma a comer...

—¿O? —lo reté, matándolo con la mirada.

—O te juro que armo un espectáculo, te cojo en brazos y yo mismo te voy a obligar a que metas la jodida comida en tu cuerpo.

—Iker, ¿así es como piensas arreglar las cosas? —carraspeó Lorena.

—Que te den, imbécil —me separé de él—. Sé hacer las cosas por mí misma.

Caminé hasta la cafetería. Iba a comer algo por no enfrentarme a él y abrirle la cabeza.

—Ali, espera —Lorena me agarró del brazo y me acompañó.

—¿Por qué tuviste que traerlo?

—Me torturó —la miré, no la creía y ella suspiró—. Estaba volviéndose loco por no saber de ti, no tuve corazón.

Resoplé, era demasiado blanda con él.

—Volviéndose loco porque no le llevé el café —dije con ironía.

—No, Ali. Estaba destrozado porque no sabía dónde estabas, si estabas bien. Nunca lo vi así. Sé que no es momento y que ahora debes de odiarlo, pero créeme, eres muy importante para él.

—Seguro que sí —el sarcasmo en mi voz.

Era todo lo importante que podía ser una becaria.

Capítulo 18



—Vaya... Eso sí que ha sido eficiente.

Miré al padre de Alicia y me pasé las manos por el pelo.

—Discúlpeme, sé que debería de tener más tacto, pero a veces es la única manera de hacerla reaccionar. Al menos la que tengo yo —suspiré.

—Tutéame. Soy Rafael.

—Yo Iker.

—Dime, Iker. ¿Desde cuándo un jefe se comporta así con su empleada?

Me miró, inquisitivo y con aspecto de poli interrogando a un sospechoso. Se veía que era un buen hombre, se le veía en la cara y que se preocupaba por su hija.

—Desde que estoy enamorado de ella.

No serviría de nada andarse con rodeos y no iba a ocultar, ante nadie, lo que Alicia significaba para mí.

Me miró con las cejas enarcadas.

—¿Y ella de ti?

—No lo sé —porque si lo había estado, el odio seguramente era más fuerte en ese momento—. Lo hice mal.

—Entiendo...

—La quiero y haré lo que sea por recuperarla.

—Creo que vas por buen camino. Pero espero que no te lo ponga fácil. No quiero ver a mi hija sufrir por nadie.

—Si me da la oportunidad, créame que no volverá a verla llorar nunca más —juré.

—Eso espero. Quizás deberías cerciorarte de que come —me dio unas palmaditas en la espalda y se marchó de mi lado.

Sonó el móvil y lo cogí.

—Hola, mamá.

—Cariño, acabo de leer el mensaje de tu hermana. ¿Sabes algo? Porque la estoy llamando y no contesta.

—Estoy con ella. En el tanatorio.

—Dios... ¿Cómo está Alicia?

—Mal, triste —suspiré.

—No la dejes sola, Iker. Deja tus miedos a un lado y date cuenta de una de una vez...

—De que la quiero —la interrumpí.

—Oh...

—¿No es eso lo que ibas a decir?

—Bueno, sí. Me alegro que lo hayas visto antes de tener que darte dos cates —la sonrisa en su voz.

—La cagué, mamá y le hice daño.

—Todos fallamos —siempre comprensiva—. Ahora te necesita, no la dejes sola.

—No lo haré.

—Tu padre y yo saldremos después de comer para allá. Mandadme la dirección y la hora del entierro, ¿vale?

—Gracias —dije emocionado porque Alicia contara con ellos en un momento así.

—Lo hacemos por ella, es una gran chica —sí que lo era—. Nos vemos luego.

—Vale —colgué la llamada y suspiré.

Era el único que no se había dado cuenta de las cosas a tiempo.

Caminé hasta la cafetería y las encontré rápidamente. Sin pensármelo, me senté al lado de Ali.

Se estaba tomando otro café. Resoplé. Miré a mi hermana y ella negó con la cabeza. Así que aún a riesgo de que armase un espectáculo allí, le quité la taza de café y me levanté sin darle tiempo a que terminara la frase “¿Pero qué demonios...?” Dejé la taza en la barra y le pedí un refresco, el azúcar le vendría bien y un bocadillo.

Volví a sentarme y le puse la comida por delante.

—Come —ordené.

—Eres un gilipollas.

—Sí, lo soy. Soy todo lo que tú quieras, pero come.

—No me da la gana.

La fulminé con la mirada.

—Lo vas a hacer porque estás en el tanatorio y no quieres que arme un espectáculo, ¿verdad?

—No serías capaz.

—Si es por evitar que te desmayes, créeme que sí —volví a pasarme las manos por el pelo—. Sé que es duro, créeme que Lorena y yo lo sabemos —recordé cuando perdimos a nuestros abuelos—. Pero no voy a permitir que no pienses en tu salud. Así que coge el jodido bocadillo y empieza a masticar si no quieres que sea yo el que te dé de comer como si fueras una niña de dos años. ¿Me has entendido?

Lorena carraspeó y me daba igual si le parecía bien cómo lo estaba haciendo. Conocía a Alicia más de lo que ella se imaginaba, incluso más de lo que yo mismo pensaba y solo tenía esa manera de ayudarla cuando me odiaba.

—Te odio —escupió antes de darle un bocado.

—Lo sé —suspiré, sintiendo una punzada en el pecho al escuchar esas palabras.

Miré a Lorena, la tristeza en mis ojos. Ella con una sonrisa comprensiva en los labios. Al menos Alicia comía. Aunque lo hiciera odiándome.

Estuvimos con ella hasta que me cercioré de que terminaba de comerse el bocadillo y la seguimos hasta la sala donde velaban a su abuela. Alicia se sentó en uno de los sofás, Lorena a su lado y yo, tras darle el pésame a su madre, volví junto a ellas. De pie, frente a la mujer que quería.

Ella lloraba de vez en cuando, hablaba con la gente que se acercaba a ella y poco más.

Miré hacia la puerta de la sala y vi a Ángel. Fui a su encuentro y salí a tomar un poco el aire para hablar con él lejos de todos.

—Me preguntaba cuánto tardarías en aparecer —me estrechó la mano.

—Me enteré tarde —le estaba recriminando el que no me hubiese llamado nada más saberlo.

—Lo siento, Iker. Sabía que Lorena te diría, por eso no te llamé.

—Está bien. Gracias por haberla traído.

—Es una buena amiga. Solo eso —sonrió.

—Y solo será eso.

—Tranquilo, nunca tuve interés en ella.

—¿De qué hablas?

—La lianta de tu hermana —rio—. Solo quería apretar un poco las tuercas.

—La madre que la parió —miré al cielo, no me lo podía creer—. ¿Qué más ha hecho para juntarnos que yo no sepa?

—Bueno, si la besé esa noche fue por seguir el plan, así que no me odies. Sé que nos vistes, por eso lo hice.

—¿Sabes que ahora mismo tengo ganas de partirte la cara? —bramé.

Pero en el fondo me sentía aliviado porque si Ángel estaba interesado en Alicia, no me importaría darle la patada a mi amigo, pero no iba a perder a la única mujer que había querido en mi vida.

—Bueno, lo harás en otro momento. Además, tu hermana, aun cuando era su plan, ya se encargó de hacerme pagar por ese beso.

—Me alegro entonces —sonreí. Me quedé mirándolo y cuando carraspeó, se me iluminó la bombilla—. ¿Desde cuándo? —joder, ¿estaban juntos y yo no lo sabía?

—Desde hace un par de meses, pero no quiere que nadie lo sepa aún.

—Qué manía con mantener las relaciones en secreto —resoplé.

—De haberlo sabido, no te habrías creído mi interés en Alicia —me guiñó un ojo—. Tardaste en verlo, ¿eh? —se refería a lo que yo sentía por ella.

—He sido un gilipollas, sí. Y la he cagado.

—Lo sé, ya me enteré de todo. Le has hecho mucho daño. Es que a veces eres un bocazas —resopló—. Mira que te dije que le dieras el contrato hace tiempo.

—Ya... Ahora a esperar a que me perdone.

—Te va a costar.

—Créeme, lo sé. Y no me importa, lucharé.

—Te perdonará. Te quiere.

—No estoy muy seguro de eso —aunque quería creerlo.

—Verás que sí. Me alegra que se arreglen nuestras diferencias, ¿seguimos siendo amigos?

—Y cuñados, lo que me faltaba —suspiré, haciéndolo reír.

Un abrazo con Ángel me hizo sentir mejor.

Entramos de nuevo en el tanatorio y volví a mi sitio, pendiente a ella. No me moví de su lado en ningún momento.

Capítulo 19



Mi abuela siempre había querido que la incineraran y que, como con mi abuelo, esparciéramos sus cenizas. Estábamos en el crematorio cumpliendo su deseo.

Era raro todo, sentir que no volvería a verla más. Me quedarían todos los bonitos recuerdos que viví con ella.

—Cariño... —abracé a la madre de Iker y Lorena cuando llegó— ¿Cómo estás?

—Bien. No tenías que haberte molestado.

—No digas eso —me riñó—. Sabes que te queremos.

Su padre me dio otro abrazo.

—Nos tienes para lo que necesites —me dijo.

—Gracias —sonreí—. Gracias por estar aquí.

Saludaron a sus hijos y fueron a darles el pésame a mis padres. Eran unas bellísimas personas, tenía suerte de contar con su cariño.

Se me hizo muy largo todo aquello. Cuando todo terminó, solo tenía ganas de tumbarme en la cama y de dormir horas y horas.

Iker no me dejó ni en ese momento, no sé cómo lo hizo, pero me acompañó hasta mi casa. Yo no tenía ganas de discutir, así que terminé montándome en su coche después de despedirme de sus padres, de Lorena y de Ángel; volvían a la ciudad.

Entré en mi casa, esperando a que se marchase, pero no, él tenía otros planes. Sacarme de mis casillas, su hobby favorito.

—¿Qué demonios haces?

—Asegurarme de que descansas —dijo siguiéndome dentro.

—Respeto, es la casa de mis padres.

—Tu padre sabe que estoy aquí y que no pienso irme.

—Imbécil.

—Sí.

Llegué a mi dormitorio y él me seguía cual sombra.

—¿También me vas a tapar? —me tumbé en la cama.

Y el muy tonto lo hizo, ignorando la ironía de mi voz.

No me lo podía creer...

—Intenta descansar —dijo sentándose a mi lado, en la cama.

—No me jodas con que te vas a quedar aquí.

—Te dije que me aseguraré de que descansas. Y para eso, me quedo a tu lado. No me fio de ti.

—No puedes hacer eso.

—Ya lo estoy haciendo —colocó sus pies sobre la cama, la espalda sobre el cabecero y se acomodó con todo el morro del mundo—. Duerme.

—Maldito idiota capullo —refunfuñé.

Pero cerré los ojos, era más fácil si lo sentía cerca.

Me desperté de madrugada después de una horrible pesadilla.

—Tranquila, solo fue un sueño.

¿Era Iker? Tardé un poco en centrar mi mente y en recordar que estaba allí.

Me limpié las lágrimas y suspiré cuando noté que me abrazaba.

—La echo de menos —susurré.

—Lo sé, mi amor —me dio un beso en la cabeza y me abrazó con más fuerza—. Ahora no pienses, solo descansa.

Volví a cerrar los ojos y, por fin, pude dormir.

Cuando me desperté al día siguiente, Iker no estaba a mi lado. A lo mejor todo había sido un sueño.

Fui hasta la cocina, el olor a comida recién hecha me revolvió el estómago. Qué asco...

Y ahí estaba Iker y no, no había sido un sueño.

—Buenas tardes, cariño —mi madre me abrazó—. Siéntate, estoy sirviendo la comida.

—No quiero comer —sonreí a mi padre y miré malamente a Iker—. Quiero café.

—Qué paciencia —suspiró mi madre.

—Vas a comer.

Me quedé a cuadros cuando lo escuché.

—¿Pero de qué demonios vas? —rugí— Papá —me quejé, mirándolo—. ¿Por qué no le das una patada en el culo y lo echas de aquí?

—Se la daré en otro momento, ahora lo apoyo con que comas —cogió el cazo y me sirvió él—. Tu plato, ponte a comer.

Yo no podía creerme nada de aquello, estaba alucinando. Después de soltar una decena de maldiciones en voz alta que hicieron a mi madre sonreír, me senté a comer.

Y aunque no lo reconocería aunque me torturasen, me sentó bien.

Me di una ducha y salí, me senté en los escalones del porche y me quedé en silencio, recordando momentos que había vivido con mi abuela.

Iker no tardó en aparecer a mi lado.

Se quedó en silencio unos minutos, hasta que por fin habló. Se parecía mucho a su hermana, no sabía mantenerse callado demasiado tiempo.

—¿Pensando en ella?

—Sí —susurré—. Cuando era pequeña y hacía calor, cogíamos dos sillas y nos sentábamos ahí —le señalé el lugar—. Yo comía pipas o chocolate o cualquier porquería que hubiera en casa. Ella pues lo mismo y se ponía a contarme historias de terror. Después no era capaz de dormir sola, así que terminaba metida en su cama, con ella —reí—. Mi madre siempre se enfadaba. Pero ya no está —suspiré, limpiando una lágrima solitaria que corría por mi mejilla.

—Siempre estará, Ali. En tu mente, en tu corazón. Vivirá siempre en ti.

—Supongo que sí... Gracias por haber venido.

Aunque fuese un capullo, tenía que reconocer cuando hacía algo bien.

Él negó con la cabeza y miró al frente, serio, tras revolver ese desastroso pelo otra vez.

—Tengo mucho que decirte.

—No quiero...

—Déjame terminar, por favor —suplicó y me callé, esperando a que continuase—. Sé que no es el momento, pero espero que algún día me dejes explicarte las cosas. Ahora estoy aquí por ti, no sé si soy de ayuda, pero lo intento. Solo quiero verte bien y en casa.

Era de más ayuda de lo que pensaba y no me gustaba reconocerlo. Como tampoco terminaba de creer que todo fuese por mí. Había creído que lo nuestro era algo especial, pero después de escucharlo hablar así de mí, supe que no era como había soñado.

Ni siquiera sabía qué clase de juego era para él. ¿Solo sexo?

No quería preguntarlo porque no quería conocer la respuesta.

—¿Piensas quedarte aquí hasta entonces? —bromeé.

—Si es necesario, sí —dijo sin lugar a dudas, sorprendiéndome.

—No seas idiota, tienes una empresa que depende de ti.

—Ahora mismo me da igual la empresa, Ali —me miró a los ojos—. No me sirve de nada.

—Me iré hoy a casa.

—Vale... ¿Vamos juntos? Prometo no molestar.

Tenerlo cerca no era una molestia. Un dolor de muelas, un grano en el culo. Deseo... Un dolor desgarrador a veces por lo que pudo ser y no fue. Pero una simple molestia no.

—Vale...

Me despedí de mis padres e Iker y yo salimos un par de horas más tarde para Barcelona. No tenía ganas de hablar, así que le agradecí que respetara eso durante el trayecto. Más allá de un “¿Estás bien?” o “¿Quieres que paremos un rato?”, apenas habló.

Me dejé en la puerta de casa y lo noté nervioso.

—Gracias —le dije de nuevo.

—Nada que agradecerme, Ali —las manos por su pelo de nuevo—. Tómame los días que necesites y bueno... ¿Te puedo llamar? Para saber si estás bien.

—Prefiero que por ahora no —me dolió ver la tristeza en sus ojos, pero no estaba en condiciones de pasar mucho más tiempo con él.

No porque lo quería y mi necesidad de él era mayor que el orgullo. Me había hecho daño y yo no podía perdonarlo tan fácilmente.

No iba a pelear, no iba a insultarlo. Y reconocía lo bien que se había portado esos dos últimos días conmigo, aún actuando como un neandertal. Pero...

—Vale —tragó saliva—. Al menos cuéntale a Lorena. Me voy a volver loco si no sé nada de ti.

—Estaré bien. Adiós, Iker.

—No —negó con la cabeza—. Joder, no puedo —y sin que me lo esperase, cogió mi cara entre sus manos y me dio un beso en los labios. Temblaba y yo igual.

Se separó de mí rápidamente.

—Hasta pronto.

Maldito idiota, no tenías que haber hecho eso, pensé mientras le daba la espalda y limpiaba mis lágrimas.

Me dolía decirle adiós, pero era lo que estaba haciendo. Lo entendería con el tiempo.

Entre él y yo las cosas no funcionaron, ya el comienzo de nuestra relación daba a entender que sería un fracaso.

Entré en mi casa y me dejé caer en el sofá. Me sentía sola. No solo había perdido a mi abuela, también le había dicho adiós a Iker.

Dolía y mucho, pero tenía que seguir adelante, aún con el corazón destrozado.

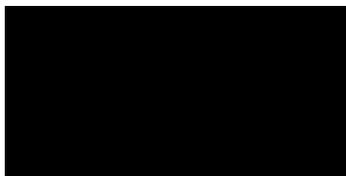
Al día siguiente recibiría mi dimisión. No tenía sentido alargar todo aquello más. Prefería irme antes y comenzar de cero.

Esperaba que ganase el contrato con Rylon y ver que todo le iba bien en la vida.

Por desgracia, mi jefe y yo no teníamos futuro. Pero le deseaba todo lo mejor.

Y estaba segura de que lo tendría.

Capítulo 20



A la mañana siguiente llegué pronto a la empresa, tenía varias cosas que hacer. Era extraño estar allí sabiendo que no la vería, pero esperaba que aquello no durase mucho.

Era una mujer muy fuerte y volvería a su vida normal pronto. Y yo tendría muy poco tiempo para convencerla de que se quedase en Bilmarkt. Y para enamorarla de nuevo.

Porque me quería, ese beso del día anterior me decía que seguía sintiendo algo por mí. No lo había matado todo.

Y yo iba a luchar por reconquistarla.

—Señor, tiene una llamada de Cosméticos Rylon —dijo Josefa al otro lado de la línea.

—Pásamela.

—Enseguida.

—Iker Vidal...

—Buenos días, señor Vidal. Es todo un placer hablar de nuevo con usted —el director de la marca de nuevo.

—El placer es mío y tutéeme, por favor.

—Haz lo mismo entonces. Es una llamada informal, el anuncio se hará mañana, pero estoy feliz de poder decirte que tu empresa ganó. Bilmarkt será quien realice la nueva campaña publicitaria de Rylon.

Lo sabía, pensé con orgullo, sabía que lo conseguiría.

Era la mejor.

—Discúlpame, pero creo que hay un error aquí. No ganó Bilmarkt, lo hizo mi acompañante. El proyecto es de la señorita Alicia Montero.

—Oh... No fue eso lo que creí entender en nuestra conversación.

—Esa es la verdad.

—¿Entonces la señorita Montero ya no trabaja para su empresa? —había entendido bien entre líneas...— ¿Está libre? Porque estaría interesado en conocer su trabajo mejor.

—Hasta la próxima semana es mi empleada. Después de eso, será ella quien decida si se queda con nosotros o si decide probar suerte en otro lado. Pero el proyecto es suyo, ella es la

única ganadora.

—Entiendo... De todas formas aclararemos las cosas antes de la firma del contrato. Y, si no le importa facilitarme sus datos, me gustaría concertar una cita con ella para una entrevista. La quiero en mi equipo.

—Yo también la quiero en mi equipo —apreté la mandíbula, pero no podía hacer nada.

Ella merecía elegir y él saber la verdad. Ella era la gran mente, no yo ni la empresa. Ese proyecto era su obra.

—Con eso solo aumenta mi interés, Iker.

—Lo sé, pero sería el mejor fichaje de mi vida y no se lo voy a poner fácil.

—Entonces que gane el mejor —rio, de buen humor—. Hablaremos pronto, Iker. Y, por mi parte egoísta, espero que gane Rylon. Si no... Pues trabajaremos juntos.

—Espero que sea la segunda opción. Mi secretaria te dará sus datos. Buen día.

—Buen día para ti también.

Colgué el teléfono y me dejé caer en la silla, suspiré. No arreglaba mucho, pero tenía que hacerlo.

—Adelante —dije cuando llamaron a la puerta.

—Señor, le dejaron esta carta abajo —me la puso sobre el escritorio.

—Gracias.

—Por nada.

Abrí el sobre y me quedé completamente en blanco. No podía ser lo que estaba leyendo.

¡Maldición!

Me levanté y tuve que hacer un enorme esfuerzo por contenerme. Tenía ganas de destrozarlo todo.

Alicia no podía haber renunciado.

Cogí su renuncia y salí de la oficina. Tenía que encontrarla, tenía que hablar con ella. No podía hacer eso y ya no por mí. Si decidía no seguir conmigo, lo entendería. Pero que esperase el tiempo que le quedaba, que aceptase lo de Rylon. Lo que fuera, pero una renuncia no.

No porque podía joder su carrera. Una renuncia podía perjudicarla hasta con la oferta de la empresa de cosméticos.

Que se fuera con ellos si quería, ¡pero que hiciera las malditas cosas bien!

Conduje hasta su casa y golpeé la puerta varias veces.

—¡¡¡Alicia!!! ¡¡¡Abre la jodida puerta!!! —si no la echaba yo abajo antes.

Pero nada, no lo hacía. Desesperado y temiendo terminar en un coche policial, volví a mi auto y a la oficina. Tendría que llamar a Lorena para que me ayudara a encontrarla, porque el móvil lo tenía apagado.

Una maldita tortura era todo eso.

—Señor...

—No estoy para nadie —le gruñí a Josefa antes de entrar en mi despacho.

Cerré de un portazo y me sobresalté al verla sentada, dándome la espalda.

—Espero que yo no entre dentro de ese nadie —se levantó lentamente y me miró a los ojos. Echaba fuego y yo no entendía qué demonios le pasaba.

¡Si el que tenía que estar enfadado era yo!

Era ella quien estaba renunciando al trabajo. Era ella a quien ¡no parecía importarle el daño que eso le podía hacer a su carrera!

—Te juro por Dios que no sé si alegrarme por verte o pedirte que te vayas porque estoy a punto de ahorcarte —rugí—. ¿Qué demonios es esto? —lancé al aire su carta de renuncia, cayó al suelo.

—Mi renuncia —dijo con tranquilidad.

—No me digas —la ironía en mi voz.

Dios sabía que me moría por besarla y por hacerla mía, pero en ese momento me vendría mejor azotarla hasta que entendiese las cosas. No había luchado tanto para meter la pata en el último momento.

—Me ha llamado el director de Rylon.

—Ah... Felicidades, sabía que lo lograrías. Estoy feliz por ti.

—Señor, dame paciencia... ¡¿Se puede saber por qué has renunciado a ese proyecto?! —exclamó y yo enarqué las cejas al verla perder el control de esa manera.

Si no fuera por lo tenso que estaba por mi relación laboral y personal con ella, habría soltado hasta una carcajada, divertido.

—Porque es tu proyecto, no de Bilmarkt.

—Zopenco de los demonios —resopló—. Esto no tiene nada que ver con lo personal, Iker. Hemos ganado. ¿Cómo se te ocurre renunciar?

—El proyecto es tuyo. Estés en esta empresa —señalé el papel en el suelo— o no, es tuyo.

—Pero yo lo hice sintiéndome parte de esta empresa. No quería reconocimiento. No de alguien que no fueras tú —suspiró.

—¿El mío? Quizás no te lo dijera, pero siempre he creído en ti. Te dije que eres la mejor porque es lo que siento.

—También le dijiste barbaridades a él —suspiró—. No me dolió el hecho de que insistieras en que ese proyecto era de tu empresa, Iker. Me dolió el sentirme poco, me dolió el que hablastes de mí como una más, una novata. Que lo soy, pero me he partido los cuernos aquí, contigo. Me dolió que en ese momento fueras capaz de denigrarme de esa manera para que tu empresa quedase por encima.

—Eso no es así —dijo rápidamente—. Joder, no ocurrió así.

—Lo escuché, Iker —suspiró con tristeza.

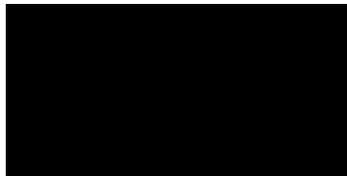
—Pero no fue por poner a mi empresa primero, joder. ¡Fue por ti!

—Sí, claro —rio con ironía—. Me infravaloraste por mí.

—Déjame explicarte. Después de eso toma la decisión que quieras, pero dame al menos esa oportunidad —le señalé la silla y ella me observó unos segundos antes de sentarse.

Coloqué la otra silla frente a ella y recé para que me creyera.

Capítulo 21



Lo vi coger aire y sabía que estaba nervioso, pero yo también.

Me había levantado esa mañana y había entregado la carta de mi renuncia en la empresa. Iba de camino a casa cuando recibí una llamada en el móvil, era el director de Rylon felicitándome por haber ganado el concurso. El proyecto era mío porque, al parecer, Iker había renunciado por Bilmarkt.

Me entró una mala hostia impresionante.

Así que volví hasta allí para enfrentarlo. Había trabajado muy duro para conseguir ese contrato y ¿volvía a hacerme sentir como una mierda?

Esperé hasta que llegó, iba a poner las cartas sobre la mesa. Tenía unas cuantas explicaciones que darme.

Porque yo no quería ese proyecto para mí, ese proyecto lo había hecho para ellos.

Tenía que saber que no era eso lo que me había dolido, sino su actitud.

Esperé a que se explicara con paciencia y rezando para que no tardase porque estaba poniéndome de los nervios con tanto meneo de pelo.

—Al salir del hotel ese día, Rylon mostró interés por ti. No supe cómo gestionarlo y metí la pata. Nunca fue mi intención desvalorar tu trabajo, lo único que intentaba es que no te vieran, que no te ofrecieran nada cuando yo aún no había sido capaz de ponerte por delante el contrato que hacía semanas que tenía preparado —fui hasta mi escritorio y lo cogí.

—¿De qué hablas? —lo agarré cuando me lo ofreció, pero no lo miré.

—Tenía una oferta para ti, pensaba ofrecértela después del concurso. Era mi manera, equivocada quizás, de demostrarte que no me importaba si nos llevábamos a matar, si ganábamos o si perdíamos, pero que te quería con nosotros —pues eso sí que no me lo había imaginado—. Sentí pánico cuando noté su interés. No quería quedarme sin la mejor de mi equipo, en eso fui muy egoísta. Era mi manera de asegurarme de que no rechazarías mi oferta.

—¿Cuándo preparaste ese contrato?

—Hace semanas, no sé el día exacto, Ángel te lo puede decir.

—¿Habiéndonos acostado ya?

—No.

—No lo entiendo, Iker. No me has soportado nunca. ¿Para qué mantenerme aquí?

—Porque eres la mejor. Y lo de odiarte o no soportarte no es así...

—Es lo que demostrabas.

—Porque soy un gilipollas. Lo he hecho todo mal. Por eso intenté rectificar esta mañana con Rylon. Ellos te quieren en su equipo y si tú te quieres ir con ellos o con quien sea, estás en tu derecho. Por más que me duela perderte como jefe, te ayudaría. Pero no de esa manera —señaló al papel del suelo—. No renunciando a tu trabajo. Eso puede joderte, Ali —suspiró—. Si quieres tómate lo que te queda de baja, de vacaciones, ya veremos qué chanchullo hacemos para que no tengas que venir a trabajar. Pero una renuncia jodería tu carrera y lo sabes.

—¿Me antepones a tu empresa?

—Sí —dijo como si fuera evidente—. Por culpa de ese maldito contrato y porque yo no he sabido hacer las cosas, te he perdido. No quiero ese contrato. Es tuyo. Quiero ver cómo te lo reconocen porque lo mereces —las manos por el pelo otra vez, de esa se quedaba calvo, seguro, en Turquía injertándose pelo lo veía—. Ya sé que no quieres seguir con nosotros, pero hazlo de otra manera. No te cargues todo por lo que has luchado.

—¿Tan fácil?

—No lo es —suspiró—. No me es fácil decirte adiós. No me ha sido fácil llegar hoy y no encontrarte aquí, pero si tú necesitas otras cosas, si estás mejor en otro lado, que me resulte más o menos fácil a mí no importa.

—¿Qué piensas de Rylon?

—¿Para trabajar allí?

—Sí.

—Bueno, es una gran multinacional. No sé cómo funcionan ni en qué puesto te querrían ya que la publicidad se la hacen empresas externas. Pero no dudo de que puedes tener un gran futuro con ellos.

—¿Más que aquí?

—Sí —dijo rápidamente—. Sin duda.

—Gracias por la sinceridad.

—Es lo mínimo después de haber sido un gilipollas contigo. Te perdí, acepto eso. No solo a mi empleada, también a mi amante, a la mujer que quiero —me quedé en shock al escuchar eso. ¿Me quería? No, él no...— Me lo tengo merecido.

Dejó caer la cabeza entre sus manos y suspiró pesadamente antes de levantar la mirada hacia mí.

Me dolía verlo así, como si fuese un perdedor. Porque él no lo era.

Lo había hecho mal, seguro, pero yo tampoco lo había hecho del todo bien.

No estaba ahí para que lo pasase mal, solo para que me diera las respuestas que necesitaba para poder entender por qué era así conmigo. No me había marchado porque quería escuchar su visión de todo eso, por qué había actuado de esa manera.

Conocer su renuncia al proyecto me hizo hervir la sangre. No podía permitirlo, era rechazarme a mí nuevamente.

Por eso fui a encararlo de una vez.

—Siempre he pensado que estarías deseando que terminase mi contrato para darme una patada en el culo.

—Ya, bueno —sonrió, triste y avergonzado—, me comporté como un capullo, es normal que lo creyeses.

—¿Por qué actuabas así conmigo? Desde el minuto uno fuiste desagradable. ¿Qué te hice, Iker? Porque te juro que me lo he preguntado muchas veces.

—Nada y todo —respondió—. Te vi esa primera vez y sentí que me faltaba el aire. Hermosa, dulce, inteligente... Y mucho más joven que yo —sonrió—. Supongo que entré en pánico y me defendí de mis sensaciones. He pasado meses haciéndolo y solo ha ido a peor, porque nunca he podido dejar de mirarte —reconoció—. Te retaba y disfrutaba viendo el fuego en tus ojos. Siempre has sido como una droga para mí —dijo avergonzado—. Hasta que ya no pude soportarlo más, porque fue una maldita tortura tenerte cerca cada día y no podé tocarte y lo hice, te besé. Porque me estaba muriendo de los celos. Eso complicó las cosas, porque si antes me costaba, después de tocarte ya fue imposible no desear más. Todo eso me ha llevado a perderte. No estoy orgulloso, pero tampoco sabía cómo hacerlo —lo vi llorar por primera vez y sentí que se me encogía el corazón—. Me enamoré, Ali y tenía tanto miedo a perderte que, al final, es lo que hice.

En ese momento pensé en todos los momentos que habíamos vivido juntos. En esas miradas, esos besos, esas sonrisas. Ese deseo crudo que había entre los dos.

Esa noche en casa de mis padres abrazándome.

Y ahora, desnudándose ante mí aunque creyese que me iba a marchar de su vida para siempre.

—¿Y no vas a luchar? —susurré.

—Juré hacerlo antes de ir a buscarte al pueblo. Pero te miro ahora, Ali y... Yo no soy el hombre que necesitas, no soy suficiente. Te he hecho daño —lloró, rompiéndome el corazón— y no soporto eso. Quiero verte bien. Feliz en tu trabajo y feliz en tu vida. Parece que yo no puedo darte eso. Ni como jefe ni como hombre. ¿Cómo voy a luchar entonces? Prefiero perder yo si con eso sé que tú ganas.

No sabía cómo controlar las lágrimas en ese momento. El muy imbécil...

Se levantó y miró por la ventana. Las manos en los bolsillos y su cuerpo en tensión.

Miré los papeles que aún tenía en la mano y sonreí.

—Espero ganar —dije cuando me levanté.

Él se tensó aún más, pero sin girarse para mirarme.

—Lo harás.

Salí del despacho y di un portazo, a ver si así salía de su estupor.

—¿Te vas? —preguntó Josefa cuando me vio limpiarme las lágrimas.

—Depende de él.

—Entonces no —sonrió ampliamente.

Le guiñé un ojo y me despedí de mis compañeros, llamé al ascensor y no tardó en llegar.

—¡¡¡Aliciaaaaaa!!! —gritó una voz conocida, haciéndome sonreír.

Capítulo 22



Escuché el portazo que dio y cerré los ojos con fuerza. Ya estaba, ahí se terminaba todo.

Había prometido luchar, pero por ahora tenía que entender que era imposible. La había dañado y ella quería alejarse. Y por más que me doliese, tenía que respetarla.

La quería y su felicidad era lo primero.

Tenía que aceptar la derrota.

Me giré y sentí una opresión en el pecho. Ya no la vería más por allí, ya no volvería a tocarla.

Tenía ganas de correr tras ella y pedirle que se quedase conmigo, que me diese una oportunidad, pero no podía hacerlo. No debía.

Entonces fruncí el ceño cuando vi un bolígrafo sobre unos papeles en la silla.

Me acerqué y los cogí. Pestañeeé sin poder creérmelo.

Había firmado el contrato. “Yo también te quiero”, ponía bajo su firma.

El corazón se me iba a salir del pecho, sentí que me faltaba el aire.

—¡¡¡Aliciaaaaa!!! —grité, corriendo tras ella.

La vi entrar en el ascensor y llegué antes de que las puertas se cerrasen. Ella estaba en una esquina, sonriendo y llorando a la vez.

—Dímelo —le ordené —las puertas cerrándose.

—Con una condición.

—La que quieras.

—Aceptarás el proyecto de Rylon.

—Es tuyo.

—Es nuestro —dijo.

Asentí con la cabeza y me pegué a ella, pero sin llegar a tocarla.

—Ahora dímelo —ordené.

Ella sonrió ampliamente y me miró con picardía.

—Yo también te quiero.

—Joder —me abalancé sobre ella y devoré sus labios. Me temblaba todo el cuerpo por la necesidad de sentirla mía—. Te quiero —dije sobre sus labios—. No sabes cuánto te quiero —y

volví a besarla hasta que el ascensor llegó abajo y escuchamos carraspear a algunas personas.

Cogí su mano y tiré de ella.

—No corras, Iker. Llevo tacones.

Me paré, la cogí en peso y la puse sobre mi hombro, haciéndola gritar y reír.

—Neandertal —reía.

—Vete acostumbrando.

Porque ahora sí que no iba a volver a separarse de mí.

La metí en el coche y conduje hasta mi casa. Nunca había estado allí, pero tampoco era el momento de enseñarle nada. Tendría toda una vida para acostumbrarse a ese lugar, si quería que nos quedáramos ahí.

Volví a cogerla como si fuera un saco de patatas y la dejé sobre mi cama cuando llegué al dormitorio.

—O te follo ahora mismo o voy a sufrir un infarto —gruñí, tumbándome sobre ella.

—¿Qué clase de romanticismo para después de una discusión es ese? —rio.

—El mejor. No hay nada mejor que follarte.

—Capullo —rio.

La besé y ambos terminamos gimiendo. Nuestros cuerpos necesitando al otro. Nos desnudamos con rapidez y cuando entré en ella, creí morir por el placer.

—Joder, Ali, no voy a aguantar.

—Pues no lo hagas —dijo con la voz entrecortada.

Me reí, no pude evitarlo. A ella no le importaba nada en ese momento, su orgasmo vendría rápido y ya sería feliz.

Y yo iba a tener que hacer lo mismo para poder durar más tiempo la siguiente vez, pero esa iba a ser de vergüenza. Hacía demasiado tiempo que no la hacía mía. Lo sentía una eternidad.

Le besé el cuello y agarré su pecho, lamiéndolo después. Cuánto la había echado de menos. Cuánto había soñado con tenerla, otra vez, entre mis brazos.

Y un rato antes había tenido que renunciar a todo eso pensando que era su felicidad. Y eso me había partido el corazón.

Entré y salí de ella con rapidez y cuando su vagina se contrajo por su orgasmo, grité su nombre y me derramé en su interior.

Salí de ella y me coloqué de lado, pegándola a mi cuerpo. Tenía los ojos cerrados y los abrió poco a poco, regalándome una sonrisa.

Levantó una mano y acarició mi cara.

—Creo que también te quise desde el primer día —susurró, emocionándose.

Y en ese momento prometí que daría todo por mantener siempre lo que teníamos. Daría todo por verla feliz.

Rezando para que fuese conmigo.

—En realidad ese contrato no es válido —dije un rato después mientras estaba apoyada en mi pecho, acariciándolo.

Sus dedos pararon y me miró a la cara, con el ceño fruncido.

—¿Por qué no?

—Porque no lo leíste.

—Bueno —se encogió de hombros—, me fio de ti. Pagas bien, ¿no? —bromeó.

—Hay que cambiarlo todo.

—¿Por qué?

—Porque nos vamos a casar —y sí, se lo dije así, a bocajarro— y la mitad de la empresa será tuya.

—¿Qué demonios estás diciendo?!

Se levantó como un resorte y yo me quedé allí, me acomodé mejor, con los brazos bajo mi cabeza y sonriendo mientras la veía como me gustaba: desquiciada y echando fuego por los ojos.

—Pues lo que dije —enarqué las cejas.

Si es que me encantaba verla así.

—Eres un gilipollas, ¿lo sabes?

—Sí, pero me quieres igual. Así que a joderse —me encogí de hombros como pude, porque en esa postura no era fácil.

—No me vas a dar la mitad de la empresa ni ahora ni nunca, jamás aceptaré eso, así que ¡no me toques los ovarios!

—Mi esposa será la dueña de esa empresa. Y puesto que esa serás tú, pues a joderse de nuevo —dije todo lo serio que pude, porque tenía ganas de soltar una carcajada al verla así, tan desinhibida, caminando de un lado para el otro, desquiciada.

—Escúchame, neandertal. Soy y seré siempre una simple trabajadora, ¡que te quede claro!

—Jum...

—La mitad de su empresa, dice, ¿pero se puede ser más idiota? Capullo de las cavernas —gruñó.

No pude aguantar más y reí a carcajadas. Me moví rápidamente y la alcancé, tirando de ella hasta hacerla caer en la cama, conmigo.

Forcejeé un poco hasta que conseguí que se calmase y que no se levantase de nuevo.

—Déjame.

—Nunca.

—Iker...

—A ver si yo lo entiendo —estaba boca arriba, yo encima de ella y me acomodé mejor entre sus piernas. Tenía una erección impresionante a esas alturas, así que no pude evitar que mi

miembro comenzara a buscar su sexo y que entrara de nuevo, haciéndonos gemir a los dos—. Te enfadas porque quiera convertirte en mi socia —salí de ella y volví a entrar, la sensación era perfecta.

—No aceptaré eso jamás —repitió y gimió después.

—Pero no me has dicho nada sobre lo de convertirte en mi esposa.

Noté cómo su cuerpo se tensaba y sonreí. Me quedé quieto, dentro de ella y me apoyé sobre manos.

—Ya, bueno...

—¿Sí?

—No me había dado cuenta de eso —carraspeó.

—Mentirosa —dije tras soltar una risita. Acaricié su rostro y la miré con todo el amor que sentía por esa mujer—. No es la manera más convencional de pedirlo teniendo en cuenta que te estoy follando en este momento.

—No me había dado cuenta de ninguna de las dos cosas —dijo con ironía y movió las caderas para pedirme más.

Le di un rápido beso en los labios y me moví un par de veces más.

—Seguramente tendré que hacerte una proposición más formal.

—No lo dudes —su voz estrangulada cuando metí la mano entre los dos y rocé su clítoris.

—Pero me gustaría saber, antes, la respuesta.

—¿La respuesta a qué? —estaba tan perdida en las sensaciones que había olvidado hasta de lo que estábamos hablando.

Dejé mis dedos quietos y esperé a que se le pasase el momento de neblina por culpa de la pasión.

—¿Te quieres casar conmigo?

—Iker...

—Si no sé cómo ser un jefe o un novio, imagina un marido —resoplé—. Sé que es precipitado, que a lo mejor necesitas más tiempo. Esperaré lo que sea necesario. ¿Pero me harías el hombre más feliz del mundo convirtiéndote en mi esposa?

Ella lloró y yo acaricié su nariz con la mía.

—Ay, Dios.

—¿Lo estoy haciendo mal otra vez? —ella negó con la cabeza— Tendrás que ayudarme, porque no sé cómo hacer esto. Solo sé que te quiero —dije con sinceridad.

—Sí, quiero —dijo ella, emocionada y me hizo llorar hasta a mí.

—¿De verdad?

—Siempre y cuando olvides lo de la empresa.

—Jum... —salí de ella y volví a entrar.

No iba a olvidarlo. Ella era la mejor, la mujer que amaba y que, por suerte, sería mi esposa. Ella era parte de esa empresa porque era parte de mí. Y lo entendiese o no, sería suya también.

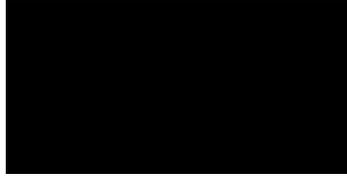
Como yo era suyo.

Solo necesitaba un poco de tiempo para hacerla entrar en razón.

—Te quiero, nena —dije antes de derramarme, de nuevo, dentro de su tembloroso cuerpo.

La quería más de lo que nadie se podía imaginar.

Capítulo 23



—¡¡¡Aliciaaaaaa!!!

Puse los ojos en blanco mientras todos mis compañeros se reían. Después de volver con Iker, me tomé unos días libres, lo necesitaba mentalmente y volví al trabajo para firmar el nuevo contrato.

—Alicia, ¿adónde crees que vas?! —me cogió en volandas antes de que entrase en el ascensor y me dejó en el suelo a mitad de camino, cuando le di con el pie en las pelotas.

No fuerte, pero le di para conseguir que me dejase en paz.

Y en ese momento me daba igual si toda la oficina estaba mirando. Hasta Josefa y Ángel habían salido para no perderse el espectáculo.

—A mi casa, voy a mi casa.

—Será a nuestra casa —dijo con la voz estrangulada, pero de mal humor.

Acababa de hacer la mudanza porque era un jodido grano en el culo y yo estaba pagando un alquiler para terminar viviendo con él.

Accedí y las cosas nos iban bien. Menos cuando estábamos en la oficina y él se convertía en el capullo de mi jefe.

—Aún no entregué las llaves de mi casa, ¿recuerdas?

—No me toques las pelotas —enarqué las cejas, porque era lo que acababa de hacer—, otra vez —carraspeó.

—Pues deja de actuar como un imbécil.

—Vale. Ahora entra y firma ese contrato.

Puse los ojos en blanco, se trataba de eso.

—Ya te dije que no voy a firmar eso. Rehazlo.

—¿Pero qué problema tienes?

—¡Que no quiero ser tu socia! —estallé.

Nadie hablaba, ni siquiera respiraban.

—¿Por qué no? Serás mi mujer y...

—¡¿Os vais a casar?! —un coro de voces a la vez.

—Sí —dijimos los dos, pero ese no era el tema.

—¡¡¡Lo sabía!!! —otro coro de voces y yo refunfuñé, se podían ir a la mierda todos.

—Es mi regalo de bodas.

—Pues organiza un buen viaje de novios y listo. Ya tienes un buen regalo. Pero no voy a aceptar eso.

—Ali... —me pegó a él y no, por ahí no que me perdía— ¿Qué te cuesta hacerme feliz?

—Deja el chantaje emocional.

—Hombre, yo lo veo justo, merecer ser su socia.

Miré a Carlos con ganas de estrangularlo.

—¿Y tú qué pintas en esto? —como estaba enamorado de nuevo, porque era otro el definitivo de verdad según él, le encantaba una historia romántica.

—Pues teniendo en cuenta que el drama es para todos, pues mucho —rio.

—¿A que debería de aceptar? —preguntó Iker.

El coro de voces gritando sí y yo quería estrangularlos a todos.

—No lo voy a hacer. Olvídalo. Quítatelo de tu cabeza de neandertal, no voy a... ¡Bájame! —grité cuando volvió a creerse que yo era un saco de patatas— ¿Pero dónde vamos? —pregunté cuando entramos en el ascensor.

—A casa, a ver si así te hago entrar en razón —gruñó, haciendo reír a todos.

Lo intentó, pero no claudiqué. Aunque a punto estuve...

Así que como no había podido él solo, me la jugó esa noche. Sus padres nos invitaron a cenar y, para mi sorpresa, los míos también estaban allí. Así que no solo era uno contra mí, sino siete contra mí. Lorena y Ángel incluidos.

Terminé saliendo a tomar el aire antes de darle un sartenazo.

—¿Más tranquila?

—Déjame, traidora —resoplé.

Lorena rio y se sentó a mi lado, haciéndome sonreír al final.

—Te quiere.

—Lo sé, Lore. Pero no voy a aceptar eso. No lo quiero.

—Bueno, pero él lo intenta —rio—. Siempre fue cabezota.

—No me había dado cuenta —bufé—. A la que veo feliz es a ti.

—Lo soy, Ángel es maravilloso y vamos a irnos a vivir juntos.

—¡Felicidades! —me alegraba mucho por los dos.

—Gracias —sonrió ampliamente—. Pero la boda va a esperar, aún tengo que terminar la carrera —solté una carcajada, era todo un caso.

—Te quedan pocos meses.

—Sí, esta vez sí —rio.

—¡¡¡Aliciaaaaaa!!!

Puse los ojos en blanco, pero qué pesadito estaba.

—No sé cómo lo aguanto —suspiré.

—Fácil. Porque lo quieres. ¿Prefieres esto o estar sin él?

No tenía ni que pensarlo, sin él nunca. Aunque me desquiciase.

—Joder, nena, me habías asustado —resopló al llegar hasta mí—. ¿Estás bien?

—Sí, solo salí por no estamparte la sartén en la cabeza —dije cuando se arrodilló entre mis piernas.

—Ah, bueno, entonces bien —sonrió—. ¿No quieres postre?

—¿Qué postre?

Lorena carraspeó, malentendiéndolo, pero no iba a la cosa por ahí.

—Mi madre hizo tu tarta de chocolate favorita.

Lo miré con ganas de querer matarlo, era parte del chantaje.

—No voy a aceptar ya me drogues.

—Bueno, ya lo harás —se encogió de hombros—. Porque cuando hay que firmar el día de la boda, nadie mira lo que firma, ¿no, Lore?

Su hermana soltó una carcajada, yo una maldición y él sonrió como si fuese un santo. Un santo demonio es lo que era.

—No sé cómo te aguanto...

—Porque me quieres —me dio un beso.

—Mejor me voy —rio Lore, dejándonos solos.

—Tampoco sé por qué te quiero.

—Eso ya no lo sé, pero mejor no intentes averiguarlo no vayas a dejarme y me destroces —resopló.

Me reí, cuando quería era un dramas.

—No tengo pensamiento de dejarte.

—Me alegro.

Coloqué las manos alrededor de su cuello y le di un beso.

—Ni siquiera se me pasa por la mente, por mucho que me desquicies.

—Menos mal... —otro beso.

—Pero no me toques mucho los ovarios por si acaso.

—Eso ya no puedo prometerlo —rio, haciéndome reír.

—Cavernícola.

—Pero me quieres.

—Eso sí —resoplé—. Eres el grano en el culo que quiero conservar toda la vida.

—Estupendo —mordió mi cuello—. ¿Comemos tarta o comemos el postre en casa?

—¿Cuál postre es ese?

—Uno que lleva besos... —me besó.

—Hmmm...

—Lengua —lamió mi cuello.

—Sí...

—Y follarte hasta dejarte sin aliento —dijo en mi oído, haciéndome gemir.

Me levanté y él también lo hizo.

—Creo que mejor...

—¿Sí? —su cara de petulancia.

—Como chocolate —y corrí hacia dentro de la casa.

—La madre que te parió —rio antes de perseguirme y cogerme en volandas.

Reí a carcajadas mientras me dejaba en una silla en la cocina. Todos nos ignoraban ya, estaban hartos de nosotros.

Se me hizo la boca agua cuando probé la tarta.

—Esto tiene que estar en la boda —iba a tener un orgasmo allí mismo.

—¿Ya elegisteis fecha? —preguntó mi madre.

—No —dijo Iker—. Aún no hemos hablado de eso. Para mí como si es mañana, cuando Ali quiera.

—Y una mierda mañana, con todo lo que hay que preparar —protestó Lorena.

—Tampoco tanto, queremos algo sencillo —le dije.

—Aun así necesitamos algo de tiempo —intervino mi futura suegra—. Al menos seis meses.

—No pienso esperar seis meses —la frase de Iker me hizo sonreír.

—¿Qué más te da, si vives con ella? —preguntó su madre.

—Mucho —respondieron, a coro, todos los hombres de la mesa.

—Es que no es lo mismo —dijo mi padre al ver las miradas femeninas.

—Para nada —concordó mi suegro.

—No —dijo Ángel.

—¿Y tú qué sabrás si aún no te has casado? —resopló Lorena, haciéndonos reír.

—Pues no sé, pero los apoyo —rio él.

—¿Tres meses? —pregunté.

—Iríamos cortos, pero vale —concordó mi madre.

—Ni de coña tres meses.

—¡Iker!

—No, Ali. Un mes, en un mes tiene que dar tiempo.

—¡Un mes?! —su madre casi se desmaya.

—Si quieres, claro —me miró, contrito.

Negué con la cabeza, con él no se podía. Pero por mí también me casaba al día siguiente, así que...

—Un mes entonces —dije dejándolo asombrado y haciendo que todos los demás hablaran a la vez, ya desesperados.

—¿Segura? —susurró Iker, mirándome.

—Sí —sonreí—. ¿Para qué esperar más?

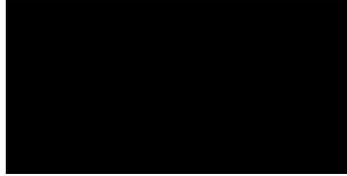
Cogió mi cara entre sus manos y me besó.

—Joder, nena, cómo te quiero.

Pues como yo a ti, pensé.

El que para mi desgracia era mi jefe sería, para mi fortuna, mi marido.

Epílogo



Dos años después.

—¡¡¡Aliciaaaaaaaaa!!!

Por mí podía gritar todo lo que quisiera, no podía responder. Estaba en la cama, muriendo por el dolor.

—Dios, nena, ¿qué te ocurre? —preguntó cuando llegó hasta a mí.

Le había mandado un mensaje un rato antes pidiéndole que volviera a casa.

—Me duele.

—¿Pero qué pasa? —Lorena entró en el dormitorio, su madre detrás.

—¿Has alarmado a todos? —no me lo podía creer.

—No tendría que hacerlo si me hubieses hecho caso y estuvieses con ellas —gruñó.

—Joder, Iker, que tienen vida.

—Bueno, tú eres más importante —y punto. No lo dijo, pero sonó a eso.

Hacía casi dos años que nos habíamos casado. La boda había sido preciosa, algo íntimo y el viaje de novios perfecto. Era muy feliz con él aunque siguiese sacándome de mis casillas en el trabajo.

Porque a día de hoy seguía empeinado en que me asociara con él, pero no lo había conseguido. Quizás algún día, pero por el momento no. Era su empresa, su sueño y yo era feliz en mi puesto.

Y así se iba a quedar.

La vida de pareja no era fácil, a veces teníamos nuestras diferencias, pero siempre encontrábamos una solución. Y de eso se trataba, ¿no? De seguir queriéndonos cada noche y de volver a elegirnos cada día.

Y todo estaba bien, estable y tranquilo, hasta que el test de embarazo dio positivo. No tenéis ni idea del embarazo que me dio...

Se había leído más libros sobre gestación que diez matronas juntas, con eso os lo digo todo.

Con el paso de las semanas logré que se relajara. Lo conocía y sabía que actuaba así por el miedo a perdernos al bebé o a mí. Pero al ver que todo marchaba bien, se tranquilizó.

Eso y porque le dije que si me alteraba, el niño podría nacer con una mancha en la cara horrible y más cosas que me inventé. No encontró explicación científica, pero como era cosa de mi abuela... Mejor no llevarme la contraria y arriesgarse.

Y ahí estaba, con dolores de parto, suponía yo, y pensando que se quedaría calvo de verdad.

—Tus padres ya vienen de camino también.

—Joder, Iker, pero si aún no sabemos... Joder —gruñí, eso dolía.

—Sí, sí lo sabemos —afirmó mi suegra—. Ya avisé al hospital, así que vamos.

—Ay, ¡que voy a ser tía!

—Joder, que voy a ser padre —la cara de Iker descompuesta.

—Iker, el miedo para después. Le duele —le advirtió su madre.

Me miró y apreté la boca, qué jodido dolor.

—Vamos, nena —me cogió en brazos y me llevó hasta el coche—. Todo va a salir bien, ¿vale?
—asentí con la cabeza— ¿Y sabes que te quiero?

—Joder, que sí lo sabe, ¡vámonos ya! —mi cuñada montada en el coche, perdiendo la paciencia.

Así era la vida al lado de mi jefe...

Iker



Lo miré otra vez, seguía dormido.

Lo miraba como cada diez segundos para saber que estaba bien. Intercambiaba mi mirada entre mi hijo y mi mujer.

Cuando volví a mirarla a ella, dormida en el sofá de casa, sonrió. Hacía una semana que había dado a luz y yo solo me había separado de ellos cuando no tenía más remedio que hacer algo en la oficina.

Mientras, siempre había alguien de la familia ayudándola. Ella estaba bien, pero no quería que se sintiese sola.

Eso y que toda la familia estaba loca con Marcos. Cómo no, si mi pequeño miniyo era perfecto.

O casi perfecto, porque tenía el explosivo carácter de su madre, un genio... Me iba a divertir de lo lindo.

No sabía por qué la vida me había regalado tanto.

Me había comportado como un capullo con ella desde el principio. Estuve a punto de perderla y, por suerte y sin merecerlo, se quedó conmigo.

Me levantaba cada día con una sonrisa en la cara, feliz al verlos. Eran todo lo que siempre había querido y más.

—Hola, nena —sonreí al mirarla—. ¿Cómo estás?

—Bien. Dentro de poco volveré al trabajo.

—Ni de coña —negué rápidamente.

—Iker, sabes que no soporto no hacer nada.

—Lo sé, pero tienes que guardar reposo aún. Y estar con el bebé.

—Pero si al bebé me lo llevo, obvio.

Puse los ojos en blanco.

Si fuera por ella lo haría, porque no se separaría de su hijo. Sabía que estaba nerviosa porque después del éxito de la campaña de marketing a Rylon, nos llovieron los contratos y estábamos desbordados. La empresa había crecido y la verdad es que se notaba su ausencia, pero lo

lograríamos.

Ella y el bebé eran lo primero.

—Obvio, pero te quedas en casa.

—Pues aunque sea en casa, tráeme mi ordenador. Tengo que hacer algo mientras él descansa.

—Ya veremos...

Eso significaba que “ni en broma, sigue soñando”. Tenía que descansar y eso era lo que iba a hacer. Ya se reincorporaría cuando fuera, no había prisa.

—Eres un grano en el culo —resopló.

—A joderse —me guiñó un ojo.

El pequeño lloró y yo no tardé ni un segundo en cogerlo. Me senté en el sofá de nuevo y lo puse sobre mi pecho. Entonces se calló.

—Lo malacostumbras —rio Alicia, pero ella era igual que yo.

Y sus abuelos. Y sus tíos... Era lo que tenía ser el bebé de la familia.

—Ven, no te pongas celosa —le guiñé un ojo y ella rio.

Se acomodó sobre mi pecho, su rostro al lado del de nuestro hijo y les di un beso en la cabeza a ambos.

Y nunca en mi vida me había sentido tan dichoso como en ese momento.

Había sido un cobarde, podía haberla tenido antes en mi vida, pero mis miedos eran mayores. Menos mal que pude con ellos. Menos mal que ella me dio una segunda y hasta una tercera oportunidad.

La vida se trata de eso. No de ser perfecto y no fallar, sino de caerse y levantarse. Y de luchar por lo que se quiere.

Y yo a ellos dos los quería más que a nadie en el mundo y no iba a dejar que nunca, nadie, les hiciera daño.

Eso sí, seguiría desquiciándola porque era parte de lo nuestro y eso no se podía cambiar. Pero no le molestaba, disfrutaba tanto de ese ¡¡¡Aliciaaaa!!! como yo.

—¿En qué piensas? —me preguntó.

Bueno, habría que hacerle un resumen de todo lo que pasaba por mi cabeza.

—En que te quiero, nena.

Eso lo resumía todo.